



# POLA OLOIXARAC

## Las constelaciones oscuras

LITERATURA RANDOM HOUSE

Pola Oloixarac

## **Las constelaciones oscuras**

Literatura Random House

*para EK*

*Hic captabis frigus opacum.*

STENDHAL, *ca.* 1829

*Hacking is not a spectator's sport.*

ERIK BLOODAXE, 1995

## NIKLAS, 1882

En el último día de 1882 un grupo de exploradores alcanzó el mar que rodea al cráter de Famara, la masa volcánica que se eleva en el archipiélago de Juba. Como una fortaleza sobre el agua, la línea aérea del cráter ensombrecía la bahía en majestad. Los viajeros atracaron en una playa de arena negra marcada por colas de lagartos, y emprendieron el ascenso por un camino de musgos a través de riscos que se perdían en formaciones sinuosas de magma oscuro. Amarrada en la bahía, la embarcación parecía un viejo dinosaurio desprendiéndose de sus partes interiores, secundado por parásitos, que bajaban a tierra las jaulas, los instrumentos de bronce, las trampas de madera y las sogas entre los peñascos. Se internaron en la mata, húmeda y fría bajo los árboles entrelazados en lo alto; de vez en cuando el cielo se abría en un resplandor blanco.

Caminaron durante horas hacia los valles interiores de la isla, en una expansión libre de rastros humanos. A pesar de estar sumergida en los vapores arenosos del Sahara, la isla era un hervidero de *Crissia pallida*, flores verdes de aspecto arácnido y núcleos de polen dorado, cuyas extraordinarias propiedades permanecerían desconocidas hasta principios del siglo XXI. La historia de estos visitantes es conocida en el sistema de creencias de la secta guanche de Mahan. Que, al caer la noche, los extranjeros se adentraron en los valles profundos de la isla, guiados por estrellas muy tenues, confundiendo la bóveda oscura del cielo con una cueva recubierta de insectos (luego jurarían que era el rostro invertido del Auriga, borroso a través de la calima). Que, por este error, Zacharias Loyd, el capitán de la expedición, dictaminó no descansar hasta tocar suelo mineral, efectivamente muerto, porque lo horrorizó que ninguno, ni él mismo, distinguiera algo anormal en el clamor que hacían esos demonios a lo largo de la cueva, que sólo se presentaron bajo su verdadera naturaleza una vez que la forma en garganta del terreno los dejó frente a una laguna interior.

En este punto Niklas Bruun, el más joven de la expedición, se arrodilló a dibujar lo que veía. El traficante de insectos Diotimus Redbach, de pie, sosteniendo un lepidóptero del tamaño de su mano (*Noctilia pubescens*), y el perfil en sombras de Marius Ballatinus, cazador de orquídeas. Dos hombres agachados sobre el agua, de espaldas al dibujante, que debían ser Pavel Ulrich, zoólogo de fama tenebrosa, y el capitán Loyd, trazando en el aire las dimensiones de la caverna. Reportan “criaturas luminosas deslizándose al ras del agua” —si bien Niklas Bruun, en particular, abre un espacio de duda por tener “mis ojos excitados por el roce de la oscuridad”. En el dibujo Pavel roza el agua con los dedos, la mirada perdida en el fondo de la gruta. En el ángulo más oscuro se distingue a quien es sin duda Torben Schats (por entonces en el pináculo de su reputación como cartógrafo de islas desaparecidas), palpando las paredes de roca en quieta veneración; la cueva se ahueca sobre él en estalactitas que encierran la escena como un óvalo.

Al llegar al punto más alto del cráter, todavía sin dormir, los exploradores describen monumentos perturbadores. Los comparan con esfinges desfiguradas, aunque, admiten, no se parecen a nada que hubieran visto antes. Lo que semejan formas humanas es sólo la introducción en una repetición atroz; en uno, hay ocho pies humanos asociados a una cabeza que parece descansar con los ojos cerrados. Niklas Bruun los dibuja recubiertos de algas secas, con el sombreado azul y gris que reserva a las apariciones lúgubres, como si pertenecieran al fondo del mar.

En esa parte del camino pudieron hacerse una idea del laberinto de cuevas bajo la isla, el sistema de grutas subterráneas que serpentea bajo el cráter: cómo el mar entra en lenguas debajo de la tierra, llevado por conductos veloces en cavernas subterráneas de decenas de kilómetros que debieron formarse como grandes burbujas de aire y gas cuando la lava bajaba en un manto de humo y caos desde lo alto del cielo hasta hundirse en el mar. Según la historia de la secta de Mahan, los hombres de la expedición (a los que debe sumarse Suri-Man, Betú y Sasha, los esclavos) llegaron a la aldea escondida de Mahan por un valle de roca escaldada, pero a medida que deambulaban por las construcciones desiertas el cansancio los ganó, y se echaron a dormir como una gran bestia hecha de humanos, roncando unos encima de otros. En el cielo, los pájaros volaban en círculo.

Los despiertan los murmullos. Es hora de pactar con los nativos, entrar en contacto.

Tranquilos y risueños, las gentes del lugar (“torso descubierto, *pudendae* cubiertas por tamarcos de cuero de oveja”) los conducen por el laberinto de grutas a una amplia caverna de forma circular, donde las estalagmitas más alejadas les parecen grupos de criaturas expectantes, suavemente doradas por una luz especial. En lo alto, la roca se abre al cielo en agujero.

De día, el sol es tan fuerte que podría enceguecerlos, por lo que los viajeros se concentran en capturar la flora interna de la caverna, líquenes esmerilados y anémonas azules, que son el hogar de algunas tortugas albinas, crustáceos y cangrejos de carne transparente, y la recolección de especímenes en la superficie se posterga al día siguiente. Por la noche empiezan los cánticos, las danzas y los tambores; Bruun describe un grupo de nativos que deambulan y conversan con los ojos en blanco. Los nativos entran en coloquios con sus dioses, y los exploradores ven aparecer, detrás de las estalagmitas, varias docenas de aldeanas que no habían visto antes. Mientras, Venus avanza ardiente recortándose contra la esfera del Sol, proyectando un halo de sombra feroz sobre la Tierra; durante el fenómeno, que ocurre dos veces en el siglo y al que suele responsabilizarse más tarde por maravillas y catástrofes, la fuerza gravitatoria de Venus enloquece animales y mareas uniendo las fuerzas silenciosas y brutales de la Tierra y el Sol; pero desde la isla apenas puede distinguirse la bruma opaca que llega del Sahara y se extiende como un manto de aire irrespirable sobre las islas. Entonces los visitantes empiezan a mezclarse con las nativas, ingresando en un torrente de sangre y semen en la historia genética de la isla.



Los comentaristas calculan la existencia de niñas en unas veintitrés pero también de ejemplares adultos de piel-coraza, en una isla donde los árboles pueden vivir varios miles de años (*Dracaena draco*, dragones vegetales cuyos esqueletos secos se ramifican en crestas cartilagosas y llevan por

dentro una linfa oscura, famosa por sus propiedades regenerativas). En lo que no dudan en asimilar a un ritual de fertilidad asombroso, en el momento en que comienzan las orgías los miembros de la expedición pierden la precisión habitual. En un estilo tímido pero denotativo, marcado por fases de incomodidad, el joven Niklas Brunn describe los avances de mujeres solas o “en grupos de dos y tres”, lanzándose con tranquila ferocidad sobre los géiseres genitales, enroscadas sobre la punta de los órganos.

La penumbra de los documentos permite seguir, sin embargo, algunos datos concurrentes. Cada una recibe varias veces a cada órgano extranjero, en un promedio de tres mililitros de fluidos seminales; después del contacto los hombres caen en un embotamiento profundo, del que sólo salen con la llegada de otra mujer. Hipnotizados, los hombres describen ópalos de madreperla en la oscuridad, anélidos que ven caer desde lo alto y parecen girar en luminiscencias. En las ilustraciones de Bruun, “las damas de la isla” aparecen desplegadas como arañas sobre los viajeros; acota Bruun que “conceden períodos refractarios mínimos”, hasta que después del semen sale agua y luego hilos finos de sangre acompañados de dolor y urea. Incapaces de oponer resistencia, los hombres se dejan engullir en la oscuridad de las grutas durante días.



En otro ciclo de documentos, Niklas Bruun ve la isla de Juba ascender en una columna de fuego desde el fondo del mar, un volcán que sube desde las profundidades en un remolino de poderío y velocidad: el mar se eleva hasta mezclarse con el cielo y la marea descubre una escollera de corales circulares, algas y peces atrapados que se resecan rápidamente, formando esqueletos que la calima, en su avance implacable sobre la nueva superficie, no tarda en devorar. La visión de la lava líquida fundiéndose en vapores marinos se plasma en una serie de dibujos excepcionales, lava que avanza en un río lento y ardiente, comiéndose la tierra en una noche de perfumes sulfúricos. Brunn describe una comida ritual de mariposas blancas

(*Lycaenidea poppa*): de cuerpo blando y ligero sabor a leche de coco, se las decapita en gesto breve contra el paladar para luego succionar el interior hasta vaciarlo; agrega una elegía enana sobre su valor proteico, y que son su alimento durante el tiempo que permanecen en la isla.

El *Daily Telegraph*, primer difusor de estos informes, disemina versiones encontradas. Presentada al público, en principio, como una variación elegante de la perversión en altamar, *DT* publica testimonios de nativos contactados por un guanche misterioso domiciliado en Londres, con un olfato impecable para la controversia. Las versiones guanches son tan enfáticas como contradictorias:

1. que los guanches jamás habitaron esa parte de la isla, reservada a las criaturas demoníacas del volcán;
2. que en una cultura tan celosa de sus mujeres (está prohibido dirigirse a una mujer sola en el monte, a menos que lo haga ella primero) la historia de los exploradores es en verdad jactancia guanche de las habilidades mágicas de la tribu, porque las mariposas blancas que habitan las grutas son en verdad una golosina muy preciada por los guanches y los guanches, que ya habían resistido a los españoles y franceses (aunque esta vez los invasores viajaban agrupados bajo otra bandera, la de la Ciencia) habrían administrado pócimas prácticamente letales para asegurarse la libertad.
3. Que, por otra parte, de la isla nunca salió ni un solo ejemplar recolectado vivo y que tampoco se explica qué estuvieron haciendo ahí.
4. Que las “damas de la isla” no existieron nunca.
5. Que las damas de la isla guardaron el semen extranjero en sus reservorios corporales para luego descargarlo a hurtadillas en un cuenco, y que la aldea vivió durante meses de la cocción de esos jugos humanos venidos de ultramar, y que la aventura coincidió con el auge reproductivo de los insectos.

De los hombres que se adentraron al interior del cráter y pulularon con

ahínco entre los agujeros ofrecidos por las nativas —ya sea horadados por mérito de la fuerza, o llevados por una fascinación tan persistente que parecía mutua—, el joven naturalista Niklas Bruun alcanzaría la inmortalidad con más premura que el resto. Sus recuerdos de lo que pasó en ultramar durante el fenómeno conocido como el Tránsito de Venus circularon como una brisa irresistible entre la prensa sensacionalista de la época; para cuando sus andanzas en la expedición de Famara cundieron entre los círculos botánicos más eruditos, el joven Niklas Brunn ya era toda una celebridad.

Los dibujos de Niklas son publicados en pleno escándalo, con gran éxito; como anota Vernetius Lodi, un botánico rival devenido biógrafo involuntario, “las páginas de sociedad hicieron poco para refrenarse ante el festín de contar con pruebas cándidas de lo más granado de la aristocracia científica envuelta en un extraño *affaire* coital”. A pesar del destrozo de sus reputaciones, el asunto no dejaba de adquirir, lentamente, como los bronce que esperan la temperatura adecuada para templarse, la distinción de los héroes. Pero hasta la gran exposición de plantas exóticas de la Royal Horticultural Society, nadie lo ha visto nunca. Niklas, de diecisiete años, sonríe ausente en una fotografía; a pocos metros, algunas señoras ataviadas con tocados de escorpiones disecados lo observan.



Tenía el tipo europeo tenebroso, oscuramente romántico, que no pasa desapercibido en la zona femenina. El terciopelo apenas lograba encubrir la verdadera vestimenta de Niklas a los ojos femeniles: lo veían rodeado de serpientes gigantes colgando de árboles huesudos, acechado por jaguares y cohortes de seres primitivos a punto de destrozarlo, envuelto en un aura selvática que la elegancia de los salones de hierro y cristal donde transcurrían

los encuentros sociales no alcanzaba a disipar. El día de la feria se lo describe con su última captura en el ojal, una *Psychopsis papilium*, el amuleto que lo aliaba a una casta dulcemente aterradora. En cuanto a él, y lo que fuera que lo rodeaba como rémoras latentes de otro mundo extraño y misterioso, nadie podía negar que el jovencito había sido iniciado sexualmente en el cráter de Famara: esa iniciación sería el emblema de su distinción.

Todo auguraba el nacimiento de un monstruo dorado en el competitivo mundo de la botánica, que se proyectaría hacia las alturas legendarias que la disciplina desde hacía tiempo destinaba para sí; Niklas no tenía reparos en admitir que cualquier otra ocupación era simplemente imposible para él. Conocía una parte de la vida privada de los insectos que podía perfectamente conectar con la suya. Mientras, el secreto de *Crissia pallida* permaneció oculto, aterido en su potencia de destronar para siempre los derivados del opio de los sueños ilegales de los hombres.

Entre sus diecisiete y sus veinte años, Niklas Bruun puso por escrito su *De Flora Subterranea*: los fárragos vívidos, elípticos y, por momentos, francamente incomprensibles, que anticiparían la “trama apocalíptica” del Antropoceno. Lo que otros describen como posibilidad, él lo ve como alucinación. Sus notas trazan sistemas de cuevas que se hunden cientos de kilómetros en el Atlántico negro: reinos enteros donde los seres se apartan de la representación de la naturaleza.

Las descripciones iniciales no se limitaron a registrar comuniones extrañas entre vegetales e insectos. Hablan de pactos secretos entre especies, en zonas de la tierra que huyen del tacto humano. Los escritos de Niklas fueron testigos de una serie de transformaciones violentas y silenciosas, “cambios leves pero fundamentales” surgiendo en manchas oscuras; distribuidas masivamente entre humanos y no humanos, se dan en expansiones de tiempo y espacio que resultan invisibles a los hombres.

Surgidos en un momento en que diversas teorías naturalistas se disputaban la descripción del mundo, los fenómenos registrados por Niklas Bruun en sus viajes de conocimiento dan cuenta de un momento particular de las especies, cuando la vida se separó en dos, a la conquista del océano y la tierra. Flotaron como sucesos extraños, alejados de las galaxias donde se dirimían las cuestiones esenciales; antes de integrar el catálogo de los desastres del Antropoceno, apenas lograron revestir la categoría de *anomalías*. Más tarde, sus hallazgos serían retracedados por lo que dio en llamarse la trama apocalíptica del Antropoceno, y su propio cuerpo formaría parte de la colección de Humanos e Híbridos\*. Que los fenómenos integraban una matriz de formas no se volvería claro hasta mucho más tarde; sería uno de los fundamentos del Proyecto, el bastión técnico sobre el que correría Estromatoliton.



La fotografía es la única que se conserva del equipo de investigación que formaron Max Lambard y Cassio Liberman B. da Silva en los albores del Proyecto, cuando comenzaban a trabajar en Estromatoliton.

Fue tomada aproximadamente en 2016, cuando las primeras síntesis fueron determinadas. La imagen misma es un prototipo temprano de lo que vendría a ser un cadáver en la mesa de disección. Cassio, con anteojos, está sentado, la mano ligeramente elevada, como quien toma la palabra en una pintura medieval; el cartel en la pared señala el “sector 4”, que tomaría fama posterior. Las manos de Max Lambard sostienen dos cables de uno de los primeros prototipos. No se conservan registros del rostro de Max en vida.

En ese entonces se encontraban ante el código por escribir, el trance iniciático de la teodicea de sus actos como clase o grupo. Esta es su historia.

\* Tenemos su cerebro. El Proyecto adquirió estos especímenes de un banco de seres; su estructura contiene elementos novedosos de considerable interés.

CASSIO, 1983

Los primeros pasos de Cassio en el mundo del capital implicaron un uso solitario, poético, de las herramientas informáticas, con incursiones ocasionales en su destrucción. Cuando su madre lo alzaba para dejar montículos de saliva en las caras humanas ofrecidas, el niño Cassio cerraba los ojos. La sonrisa todavía no se encontraba en su repertorio gestual de nene gordo; a veces fruncía la boca en una muequita, sin poder concluir exitosamente el gesto o la anticipación de una expresión. Era un niño serio. Su pelo castaño caía en una cortina lacia sobre su humanidad de pelota; optimistas, sus mofletes regordetes parecían negar su cautelosa separación del mundo.

En el verano de 1983 tuvo lugar, cerca de la isla de Fernando de Noronha, una de las mayores muertes en masa de pingüinos australes registrada a la altura del Ecuador. Los pingüinos habían montado una corriente de agua fría y habían nadado cientos de kilómetros hasta llegar a las arenas blancas de Noronha para acabar muriendo sofocados en el parque nacional. El diario *Estadão* continuaba impertérrito: un enfrentamiento entre bandas locales había producido una decena de muertos, se avecinaba una tormenta de proporciones espectaculares, recomendaban no salir. Desde hacía días, Sonia había notado marañas de *formicae* deambulando entre sus muebles blancos, trazando óvalos que luego desaparecían; esta vez era claro que venían del techo. La madre (Sonia) depositó a su hijo (Cassio) en su sillita, le ajustó el cinturón para que no se cayera. El niño no paraba de berrear, pero después de comer entraba en un sopor de bienestar especialmente acentuado en los pequeños con tendencia a la obesidad. Con una taza de café, Sonia se acercó al hormiguero invisible: las hormigas eran enormes, musculosas, podía seguir con claridad la trayectoria de la invasión (no, quizás, la dimensión de la colonia).

Sonia acercó la boca a una hendidura en la pared, sopló: las hormigas cayeron sobre la taza, se estremecieron en el caldo ácido.

El trazo vital de las moléculas que concluirían en el joven Cassio —el preludio a su inserción en el capital como hacker experto— comienza en otra latitud. Ubica el vaso biorreactor de su ADN en Porto Alegre, la cabeza del Estado de Rio Grande do Sul, Brasil; modificando el calibre de la imagen, sitúa a Sonia Liberman, la rubia hija de un próspero agente inmobiliario argentino, con un vestido floreado muy corto, en posición supina, recibiendo ráfagas violentas de descargas seminales.

En esa trayectoria, en principio, Sonia cruza la frontera del país hermano en 1981 como fuerza de trabajo universitaria. El jerarca de Antropología Social de la UBA, Juan Carlos Carrales, entrevistó a Sonia para que se uniera al grupo de investigadores que viajaría a hacer trabajo de campo en Brasil. Se tuvo en cuenta su dedicación y sus excelentes calificaciones, y al cabo de algunos encuentros Sonia (que era estudiante de Lingüística, y nunca había hecho trabajo de campo en su vida) recibió la carta de aceptación. Dos meses en Porto Alegre y aldeas vecinas para investigar la convivencia entre los *fazendeiros* descendientes de *brugeiros* (cazadores de indios) y los pueblos kaingang de la familia lingüística *Jê*.

Sonia era la única mujer del grupo. Había dos estudiantes avanzados como ella, Mauricio y Pío, y dos graduados, Gustavo Levas y “el Teto” Rattachi. A Mauricio y a Pío los conocía de cursar algunas materias de Antropología. Había tenido intercambios serenos, prácticamente amigables con ellos; con Gustavo compartió el viaje de dieciocho horas en bus a Porto Alegre, en el que Gustavo se abocó a hablarle de su experiencia como misionero en Somalia, sus planes de afianzarse en el trabajo de campo y el manejo de indígenas, sus conocimientos de quechua y portugués con *sotaque* paulista, y todo lo que pensaba que podía impresionarla.

Porto Alegre era la cuna dorada de la alta burguesía agropecuaria. Alejada del descontrol de Río y la vagancia del Nordeste, en comunión con los dones de tierra y con una temperatura más templada en comparación, Porto Alegre

se posicionaba como la reserva moral de Brasil. Bajo la seducción del Partido de los Trabajadores, la elite *gaúcha* habría de propulsar el ascenso del PT, consolidando así su propia revolución burguesa; producto, él mismo, del mestizaje de elementos trotskistas, teólogos y ex guerrilleros, el PT terminaría impulsando junto al gobierno argentino el Proyecto del Ministerio de Traza del Mercosur, también conocido como la unificación de datos genéticos de Latam. Pero nada de eso se avizoraba en el horizonte *circa* marzo de 1981, cuando Argentina y Brasil mantenían la cerviz bajo regímenes militares y la colaboración entre institutos universitarios era una rareza.

Apenas llegó, Sonia observó que el contacto entre brasileros, las transferencias afectivas entre ellos, eran mucho más directas. Al principio Sonia reseñó positivamente su tendencia a tomarse de las manos y mirarse a los ojos, el instinto grupal que los llevaba a toquetearse y reír juntos. En el saludo le daban dos besos, las despedidas incluían un abrazo, a veces un manoseo extra en la cintura; la amabilidad le parecía, en general, genuina, como si de verdad les diera gusto conocerla. Al día siguiente de su llegada, la cabeza del proyecto en Brasil, Luíz Fábio Fondas, los invitó a una cena de camaradería con sus pares de la Universidad. Sonriente y bonachón, Luíz Fábio le pasó la mano por la cintura; fluida como una serpiente en el agua, la mano condujo a Sonia a un costado del restaurante.

Quería presentarle a su esposa, Maria da Graça Maibrán Schutz, una rubia llamativa con fauces pintadas de rosa y triángulos de plástico verde en las orejas. Apenas la vio, Maria da Graça abrió amplios los brazos (“*Prazer em conhecê-la!*”), estrechando a Sonia en una argamasa de pelo rizado y *rouge*. Al cabo de las *caipirinhas* de rigor sus compañeros de investigación le parecieron misteriosamente inteligentes, como si hubieran desculado los secretos de la vida contemporánea sin mayor arrogancia o piedad por el resto del planeta, diseminándolos privadamente entre los suyos. También le pareció que todos los hombres tenían una mueca extra en la cara, el signo de pertenencia a un concilio primate comprometido con las actividades más bajas de la especie.

En una punta de la mesa, Luíz Fábio y Carrales intercambiaban los gestos rituales de antropólogos jefes, rodeados de sus visires más jóvenes. Era indudable que Lévi-Strauss había infundido en la disciplina una fuerza extraordinaria en Brasil, en un momento en que los argentinos cultos sólo

parecían capaces de soñar escansiones del marxismo; desde la perspectiva de la historia de los primates en la Tierra no era gran cosa pero al menos sí, razonaba Carrales, era algo; de algún modo intentaba transmitir estas certezas en una solemnidad contenida al momento de agarrar el sifón de soda, en la escucha relajada pero intensa mientras abrevaba de su vino. Sin duda, la presencia de Maria da Graça era una demostración de fuerza local; pero los argentinos también habían traído su propia rubia, Sonia, soltera y más joven, con lo que la ventaja estaba reñida.

Ajena a la geopolítica de la mesa, Sonia jugueteaba con su porción de *abacaxi*. Le dolía un poco la garganta, por lo que tendía a enrollar su lengua hacia el paladar. Quizás, pensó, era por mezclar sonidos guturales y nasales; hablar portugués competente implicaba tensionar con fuerza el perineo, ulular el bajovientre, movimientos a los que no estaba acostumbrada. Un poco mareada por los 70° reglamentarios de *cachaça*, Sonia se disculpó y salió a tomar aire. Afuera, una baranda panorámica continuaba un sendero de lajas entre palmeras; había una flecha de madera pintada de verde, y Sonia la siguió.

Caminó entre las grandes palmas que bajaban de los árboles, extendidas como pulpos. La Lagoa dos Patos refulgía bajo una luna gigantesca, el aroma de la noche era intenso y vegetal. Podía verse la Vía Láctea arracimándose tupida y violácea en el terciopelo negro. Sintió que alguien la seguía, pero no vio a nadie.

El sendero de lajas se perdía en dirección a un cobertizo cubierto de plantas y enredaderas, donde se ocultaban los *banheiros*. Se inclinó para mojarse la nuca; en el espejo del *banheiro* se vio despeinada, colorada por el alcohol y el calor. No llegó a verle la cara. Llegó despacio, y la tomó del pantalón. Al girarla se limitó a meterle la lengua en la boca, apretándola con firmeza contra la canilla. Atendiendo a lo que entreveía como un ejercicio de las costumbres locales, ella se curvó despacio hacia atrás, intentando repeler el beso: enviando un mensaje de duda, reserva y femineidad. A pesar de su núcleo púdico, los movimientos de Sonia propulsaron maquinalmente su vagina contra él.

Sus lenguas giraron lentas como reptiles, no medió una palabra entre los dos. Sonia comprobó el formato íntimo, casi suplicante de su erección: cuando él empezó a acariciarle el muslo, extendiendo la mano para rozar con el dedo el borde de la tanga que había adquirido esa tarde en las tiendas de la

Rua da Praia, el paseo *chic* de la ciudad, Sonia se armó de coraje y despegó la boca para tomar aire. Le preguntó si formaba parte del grupo de investigación. Sonriente, su besador desconocido le preguntó de qué parte de Argentina era.

Las transfusiones en masa de ADN popularizadas por los recitales de *axé* y *funk* en Brasil serían documentadas con tsunamis de datos de fluidos moviéndose en el interior de leviatanes (especialidad del Proyecto, viz. “Populismo, Aglomeraciones y Fenómenos de Masas”); pero, por entonces, la situación revistió apenas el cariz de un evento privado, cerrado y suficiente en sí mismo, del que sólo ella y él formaban parte. Apartándose de la canilla, el cánulo gemelo que la aprisionaba, ella se limitó a susurrar “Buenos Aires”, un poco incómoda ante la soltura de él. Salió del baño con el *rimmel* corrido, el *rouge* diseminado por el valle de sus labios.

En la mitología tupinambá, los encuentros entre especies diferentes son sucesos del orden maravilloso. Una especie comienza por imitar a otra, empieza por poseer sus gestos para después comérsela; es una historia de amor cuya temporalidad excede el arco humano. Después de la muerte, espera un reencuentro en el otro mundo para volver a devorarla. Sonia caminaba pegada a la baranda: admirada de su intrepidez, sus talones ondeaban casi líquidos. En el cielo, la Luna refulgía irisada mientras, en el reino bajo de los hombres, los dueños del restaurante habían puesto música y despejado un poco las mesas para bailar. Los brasileros agitaban brazos y caderas al ritmo, los argentinos moviéndose como podían. Sonaba el combinado *Disco Samba* del grupo pop belga Two Man Sound, la canción de moda del Mundial '82.

*Caipirinha* en mano, Gustavo observaba apartado el baile. Prefería emborracharse despacio; ahora que había llegado a Brasil, que había alcanzado su destino sudamericano, no tenía ninguna intención de perder el tiempo haciendo el trencito de la política universitaria. Vio a Sonia salir de la nada y sentarse sola en la mesa, buscar algo en su bolso. Se acercó despacio por detrás, le habló directo a la nuca:

—¿No bailás?

Sobresaltada, Sonia giró la cabeza, en control del *rouge* sobre su boca. Gustavo acercó la suya:

—Digo, sólo por haber pasado el paralelo 40 deberíamos abrazar sus comportamientos primitivos, aunque sea por mimetismo.

Sonia se pasó la mano por el pelo y bajó la mirada; no le había gustado el comentario. Gustavo conocía perfectamente la cifra femenina: arreglarse el pelo, bajar la mirada eran manifestaciones de un síntoma más amplio, que le daría la chance, *Ordem e Progresso* mediante, de frotar sus protuberancias contra ella, hasta eventualmente insertarse triunfal. Se sentó a su lado, le olió el brazo. Estaba muy cerca, parecía un poco borracha también; era cuestión de esperar. Desde los parlantes negros Rita Lee cantaba su hit de 1979, “Chega mais”:

*Eu conheço essa cara  
Essa fala, esse cheiro  
Essa tara de louco  
Esse fogo, esse jeito  
Escandaloso, você é guloso  
E quer me seqüestrar —ah! ah! ah!*

Una sombra apoyó una cerveza fría en la esquina de la mesa. *Me desculpa, creo que no nos han presentado.*

Gustavo observó al recién llegado a través del filo curvo de su *caipirinha*. Que la chica que le gustaba le fuera birlada por un hombre oriundo de Brasil obedecía a uno de esos prejuicios compartidos que hacen a la unidad geológica del continente. Hija de misturas iberoafricanas, la prohombría brasilera conservaba tantos genes en mutación que podía incluir lo más feo y lo más excelso de la raza; para Gustavo, esta afrenta era una fase inexorable del materialismo genético histórico, el tipo de destino que lo dejaba en el lugar más homosexual del Gymnasium, rodeado de griegos antiguos, o, quién sabe, de chilenos. Sin presentar batalla, Gustavo hizo fondo blanco y volvió a la barra, donde se pidió un whisky. Sonia no paraba de tocarse el pelo; *depois me leva pra casa, Me torture de carinho, Até eu confessar...*

Ella no estaba acostumbrada a ser fácil. Ya desnuda y horizontal, João Fernando Brandão da Silva le pareció el *link* perdido del *sapiens sapiens* cuando supo que, además de sus muslos morenos, su cuerpo bien torneado y esa lanza majestuosa envuelta en perfiles marinos, João era un exitoso ingeniero aeronáutico. No tenía nada que ver con el grupo de investigación, no, de hecho estaba en la mesa de al lado; pero desde que la vio entrar no

había podido sacarle los ojos de encima, aseguró. Trabajaba en Varig, la empresa de aviación; le contó que esa era su última noche en Porto Alegre, invitado por la sede de Varig local. Su nuevo destino era São José dos Campos, *você deveria vir conhecer um dia*, sonrió él.

Más tarde ella se dejó penetrar en posición de misionero, luego, a pesar de sus protestas iniciales, por detrás; durante la *fellatio* ella se atragantó violentamente, y él la consoló besándola con pasión. Sonia experimentaba lo que la pornografía posterior consagraría como “polvo a la brasileira”, popularizado por las orgías televisadas de los carnavales en Complexo do Alemão. Curvada totalmente bajo sus manos, apenas podía respirar. En el *bate-papo* post coital, João Fernando volvería a murmurar risueño que su actitud, en general, era muy argentina. Nunca había estado con una argentina pero al parecer tenía ideas al respecto; *en realidad, nunca conocí a una chica como vos*, dijo en un sólido español que Sonia deshizo en besos.

Esa noche bajaron a la playa; del otro lado del ventanal, el grupo de investigadores era una pecera iluminada a lo lejos. En el cielo había una lluvia de meteoritos; él la tomó de la mano, los haces restallaron en las retinas. El cuerpo le pesaba menos, el sudor en las sienes le ondulaba el cabello, la noche la manoseaba a través del vestido floreado. Sonia se sintió feliz. En otro orden de certezas, había encontrado la fuente de ADN que se empeñaría en reproducir.

Al regreso de la beca de Sonia, los progenitores de Cassio consolidaron su flamante noviazgo acostándose de noche sobre la arena suave de Canasvieiras, el balneario *gaúcho top* de los tempranos ochenta. Era el tipo de relaciones que no están destinadas a durar, donde el intercambio —la supuración— de fluidos sexuales se encarniza como eje. João Fernando pronto dejó su puesto en Varig atraído por Embraer, que se convertiría en la primera productora Latam de aviones comerciales a escala mundial.

Los comienzos de Embraer pueden vincularse unívocamente a la Córdoba argentina de posguerra, cuando Kurt Tank, refugiado del Tercer Reich, sentó las bases del primer avión fabricado en suelo sudamericano, el Pulqui II. Bajo el alias de “Pedro Matthies”, acompañado por un grupo de alemanes que, como él, habían puesto a resguardo sus camisas marrones para darse a la fuga, Tank hizo los aviones a imagen y semejanza de los Mig rusos, en una creación que sintetizaba el *dernier cri* en aviones de reacción. Bajo la tutela de Tank, el Instituto Aerotécnico se convirtió en la Fábrica Militar de Aviones. Construyeron los sucesores sudamericanos de los Messerschmitt, versiones evolucionadas de la Luftwaffe diseñadas de acuerdo a la admiración y la ansiedad que suscitaba la ingeniería soviética; una síntesis de lo mejor de la época.

La inserción de elementos técnicos alemanes continuaba la guerra por otros medios. Argentina había sido la última nación en retirar el apoyo al Reich; a diferencia de Brasil, que había apostado a los Aliados, poniendo campos de concentración para japoneses en su territorio, Argentina había jugado sus fichas al nazismo hasta el final. El año 1945, inicio clásico de la era del Antropoceno, cuando los primeros escorzos nucleares entraron en juego para cambiar la faz de la Tierra, encuentra a la Argentina del lado del mal supremo, mientras Brasil afianza su amorío diplomático con Estados Unidos, la nueva patrulla mundial; en ese Antropoceno iniciático, las buenas relaciones argentinas con el Reich y la posterior importación de cabezas en

fuga implicaron la principal inversión en tecnología de la historia regional.

Convocados, en un principio, para sumarse a la epopeya tecnológica-guerrera de una Argentina pujante, muchos científicos fugados del Reich terminaron conformándose con expresar su *genus* de alta ingeniería en industrias menores, como los electrodomésticos y los automóviles\*. Pronto, el ciclo de inestabilidad política abierto por el inicio del Antropoceno en Argentina en 1945 hizo sufrir al plantel formado de primera mano por Kurt Tank. Muchos de los cerebros que llevaban el virus de Tank en su interior no dudaron en mudarse al exterior en busca de mejores condiciones de vida; mientras la epopeya argentina se hundía, descendida a la producción industrial de calefones, Brasil fue más dócil en dejar de lado la ingeniería bélica y abocarse a la construcción de una flota aeronáutica para abastecer su vastedad; comenzó a atraer nuevas olas de científicos, llegando a captar en su matriz de influencia a eminencias de la física nuclear y de partículas como Richard Feynman, famoso en los cabarets de Rio de Janeiro por garabatear ecuaciones en pleno show de *striptease*. En diásporas sucesivas a partir de 1945, puntuadas en torno a “crisis políticas”, Argentina fomentó la diseminación de su propio material genético, a la vez que continuó su función de formadora ingenieril, facilitando la infección de la ingeniería alemana en Brasil. De hecho, João Fernando había aprendido su cantarino español a fuerza de leer los manuales de aeronáutica argentinos; un rasgo que compartía con quien llegaría a ser presidente de su país, Fernando Henrique Cardoso. Entre los hombres de Kurt Tank se encontraba Ronald Richter, que llevaría el proyecto de la construcción de una bomba de hidrógeno a una pequeña isla mil kilómetros al sur de Córdoba (Bariloche, 1948), en el primer intento sudamericano por conquistar el poderío nuclear.

Según el profesor Juan Carlos Carrales, el jefe de investigación, la bendición industrial en Brasil era haber crecido totalmente a espaldas de la cultura letrada. “Se integra al paradigma de la burguesía capitalista sin pasar por el ámbito doméstico, domesticador, de la Cultura con mayúsculas”, explicaba el profesor Carrales, abriendo los brazos al decir cultura. Tenía la camisa abierta hasta el plexo, una cadenita dorada brillaba bajo su nuez de Adán. Sonia se acordaba bien de la primera entrevista con Carrales, el vaso de escocés a mano, que escanciaba con cigarrillos Particulares. El cigarrillo de Carrales emprendía un viaje del cenicero a la boca, le encantaba anticipar

la conclusión:

“Los brasileros se acaban de bajar de la palmera, aunque millones siguen arriba todavía, cuando bajen todos nos van a mandar a mudar a Chile”.

Le aseguró que el proyecto de investigación tenía apoyo de la Junta Departamental; habría fondos para darle continuidad. Podía incluso intentar algo por el lado de Antropología de la Cultura, una tendencia en ascenso:

“Por ejemplo, los rituales de apareamiento distribuidos en cada región, o lo que se conoce vulgarmente por pornografía. Lo ves en las películas porno americanas: la hembra comanda su penetración bajo la fórmula ‘*Fuck me, Fuck me*’: está dando una orden, está presionando claramente al macho: está esperando una *performance* de alto rendimiento y el macho acude al pedido. ¿Qué pasa con los productos culturales de esta índole en Sudamérica? La hembra emite mensajes del tipo: ‘Ay, no, no, ¿me vas a hacer eso? Ay, por favor no...’: el ruego verbal se combina *en contraste* con la actitud corporal de la hembra, que *requiere* (organiza) la cópula. Y probablemente haya una carga evolutiva, en estas regiones del hemisferio austral, en esta necesidad de aliviar lo más posible el peso de la *performance* en el hombre porque el macho pasa de ser el presionado a ser el presionante; y algo de esto me dispara un pensamiento en torno a la invención de la sífilis en el territorio sudamericano, uno de los primeros productos de exportación americano a partir de un componente europeo, en tanto —en un primer momento— los colonos temían o les daban asco las nativas y preferían el contacto sexual con las llamas y las ovejas; es decir que la sífilis, como zoonosis, es un producto del horror que les daba a los colonos relacionarse sexualmente con las nativas, esta situación de control total sobre el penetrado, del presionado al presionante, porque no es trivial este cambio del participio pasivo presionado a la forma *-ens* del participio presente, cursaste Latín, ¿no?”.

En suma, había muchísimo por hacer, Carrales propuso que se encontraran más seguido a ingerir café. Después de empezar a salir con João, Sonia evitó los mensajes de Carrales durante semanas, hasta que finalmente le envió su renuncia por carta.

\* No únicamente. Conservamos el cerebro de Karl Vaernet, quien realizó cruentos experimentos en prisioneros homosexuales en los campos de concentración mediante la administración de testosterona y la implantación de glándulas artificiales, y terminó refugiándose en Argentina, donde abrió su propia clínica y llegó a ser contratado por el Ministerio de Salud de Juan Domingo Perón. Forma parte de la partida enviada por el Cementerio Británico de Chacarita.

João Fernando se la llevó a vivir con él a un *condomínio* en São José dos Campos, en el Estado de São Paulo. La ciudad aglutinaba las industrias “de punta” vinculadas al aire y el espacio. Vivían en uno de los *jardins* más exclusivos de São José, que concentraba a la cúpula ingenieril de Embraer, el Instituto de Aeronáutica y el INPE, Instituto Nacional de Pesquisas Espaciais; la playa de morros y cocoteros quedaba a un par de horas de auto. Ansiosa por adaptarse a su nuevo ecosistema, Sonia decoró su amplio departamento con ayuda de una arquitecta local, según el estilo en boga “ *fazendeiro urbano*” eco-*minimal*. Hizo un curso de cocina bahiana, a todo le ponía aceite de *dendê*. Muy pronto la vida de Sonia, cuyos aires independientes la habían arrojado al inconmensurable Brasil, quedó reducida a los encuentros sexuales con su marido, la cena y el *café da manhã*.

La vida social consistía en ingestas esporádicas con las esposas de los colegas del trabajo, “las esposas de Embraer”. Eran reuniones en pisos magníficos apilados sobre cubos de concreto sin gracia, con amplias cocheras para escondrijo de los automóviles. São José era una ciudad muy fea, quizás la más fea que había visto en su vida; los edificios más modernos estaban recubiertos de azulejos, como el interior de un gran *banheiro* a la vista de todos, nada que esconder. Aunque a Sonia le hubiera gustado vivir en una casa y tener un jardín, apoderarse personalmente de la promesa montaráz que suponía Brasil, tuvo que acostumbrarse a vivir puertas adentro. Por entonces, el burgués pujante de Brasil todavía era un pequeño ser en peligro, una especie a nutrir y proteger en corrales vigilados, rodeados de cercas electrificadas y porteros armados; a su pesar, Sonia no tardó en hacerse a la idea de que formaba parte de una minoría blanca amenazada, un *ghetto* profesional encajado en cuña entre salvajes. Aunque São José estaba a un par de horas de São Paulo, el Estado era un lugar violento y peligroso antes del avance de las matanzas dentro del territorio del Amazonas y la penetración militar de los escuadrones BOPE en las favelas para la preparación de la

Copa del Mundo 2014, las Olimpiadas de 2016 y los Juegos de Invierno de 2025. Cuando visitaban a sus amigos, ingenieros de Embraer de alto escalafón, Sonia entraba pegada a la espalda de su marido y dejaba caer, en un mohín tímido, *olá, tudo bem?*

Después se dio cuenta de que no esperaban nada especial de ella, que el amor se *comprendía* en Brasil, de hecho, se daba por sentado; así como en Argentina, aun sin conocerlo, todos daban por sentado que el marido de Sonia jamás abandonaría los principios básicos de su vida de macho por intervalos pacíficos de enconchamiento. Para Sonia, la idea de fundar una familia totalmente diferente a la suya, a la que impondría nuevas reglas de disciplina y adoración, la excitaba a medida que se lo montaba en largas sesiones sexuales. No había duda: el sexo era mucho más interesante cuando el peligro de procrear era real.

El trabajo de João Fernando era cada vez más demandante, con constantes viajes a São Paulo y a las oficinas de Embraer en Nueva York. Sola en su departamento impecable, Sonia se entregaba a la nostalgia por su juventud argentina. Escuchaba discos del *Nano Serrat*, *María Martha Serra Lima* y *Los Panchos*, y el *opus magnus* de *Julio Iglesias (El Amor, 1975)*, en *cassettes* que rebobinaba con biromes, sobre todo en las canciones “Mi dulce Señor” y “Algo contigo”. Aunque hacía todo por bloquearlo, no podía evitar que volvieran sobre ella las escenas en la selva. El sabor asqueroso de esas orquídeas raras (sólo habían comido los *labelli*), las semanas con fiebre, la amabilidad de los nativos volviéndolo todo más aberrante y falso. El aburrimiento con los indios, el viaje de ida a recolectar esas plantas carnosas, los gritos de *Rattachi* en plena noche, las noches tensas en las que miraba a los *Jê* vigilándolos, pensando que ellos los habían envenenado y observaban tranquilos los resultados de su magia. Luego, la nada. No podía acordarse de nada. Sólo un recuerdo pasado por otros recuerdos, imágenes de día dentro de imágenes de noche. Una mañana se despertó con rastros de sogas en las manos. Le dolía la cabeza, su lecho estaba manchado de sudor, de pasto y de tierra. Estaba completamente exhausta, como si la noche la hubiera raptado llevándola al centro de la fiebre y la fiebre en persona hubiera frotado pasto contra ella. Apenas podía ponerse de pie. Sacó la cabeza fuera de la tienda; vio un grupo de ratas desaparecer bajo los arbustos; más lejos, unos indios cocinaban algo, reían. En ese mundo, recordó, las divinidades se reúnen en festín para celebrar cada muerte. Ser, existir, es andar con el cuerpo a medio

devorar entre dos mundos; acechada a ambos lados de la muerte, no había donde escapar.

Cuando terminó la beca, Sonia eludió cumplimentar los informes de la investigación. Evitó volver a la Argentina, sin dar explicación, por lo que su participación y su trabajo de campo fueron archivados bajo Inexistente. En su perímetro humano inmediato las mujeres empezaban a reproducirse para brindar a sus maridos los pequeños ingenieros deseados con los que construir avioncitos Embraer Mini y visitar sus tribus (los *teams* de fútbol Corinthians, Santos y São Paulo, entre los más populares). El viaje a Brasil había coincidido con la primera experiencia profesional de Sonia, la apertura a un mundo basado en su entrenamiento intelectual; pero, sin dar mayores rodeos, Sonia parecía haber elegido otro camino, uno en el que se paseaba en su departamento con lencería de encaje y mordía enloquecida la oreja de João Fernando explicitando que le gustaba sentir *o pau* en su esplendor, cortándole la vulva *ao natural*. Al cabo de dos meses, el grupo de investigación regresó a Buenos Aires, sin ella.

El viaje la había transformado de manera completa; Sonia se cuidó bien de compartir esta certeza. Nunca supo qué pasó esas semanas en las que su mente entró en la oscuridad; no quiso llenar los informes, ni quiso averiguar en los informes de otros. Gustavo intentó verla una vez más, pero sólo hablaron por teléfono. Gustavo volvió a insistir. ¡Estaba dejando atrás una carrera de investigadora! Intentaba, en vano, hacer impacto en su ego yendo por el lado profesional.

Se desliza al ras del agua, un dardo azul en la luz negra. El agua tornasolada y el mundo abajo en silencio, alienada del cielo.

La espuma llega en oleadas, cubre los pastizales de algas violetas. El mar se extiende sobre el cielo, y oculta las criaturas negras. Lejos, el horizonte refulge en un limo verdoso.

Un sonido la hace vibrar, golpes de luz incandescente que vienen de adentro. Se estremece, va cada vez más rápido. Se siente atraída hacia los agujeros negros de túneles. El abismo imponente se termina, una cueva ondulante de agua fresca y negra para guarecerse. Tiene algo parecido a una cabeza.

No es la única esperando la señal.

*Se dice que la Yacana anda en medio de un río. Es de verdad muy grande. Viene por el cielo poniéndose cada vez más negra. Tiene dos ojos y un cuello muy largo. Llega caminando por el cielo cubierta de lodo.*

No habían sido descritos, la vista humana no los había rozado jamás. El Proyecto Latam albergaba estos seres en su interior.

Después del mediodía Sonia cambió a su hijito Cassio, y pidió un taxi por teléfono. Hacía dos semanas que no veía a su esposo; sólo sabía que había viajado a la oficina de Nueva York. Bajó al palier arrastrando una valija pesada, una mano llena de pulseritas doradas conducía el cochecito del niño. No estaba segura de si la dejarían salir del país sin el consentimiento escrito del padre, pero estaba dispuesta a intentarlo. El chofer acomodó las cosas en el auto; el agua bajaba en chorros por los azulejos de São José, una bruma grisácea descendía sobre el valle. El niño empezaba a llorar.

En el aeropuerto de Guarulhos, se acercó a la fila de teléfonos públicos. Cuando logró comunicarse con la oficina de Embraer Nueva York, una voz femenina le informó que el ingeniero Brandão da Silva estaba reunido; volvió a llamar, y la voz dijo que había salido. Sonia colgó. Sus largas pestañas panearon por el aeropuerto ruidoso; en la fila de Aduanas un hombre insultaba a dos mujeres uniformadas, atrayendo a algunos curiosos y aburridos. Abstraído del mundo de los hombres, el pequeño Cassio dormía tranquilamente en su cochecito. Al abordar el avión, Sonia se dejó cargar el abrigo por un elegante ejecutivo cordobés. Seguía siendo una mujer hermosa, de finos rasgos delicados; ya durante la espera varios hombres habían vigilado sus movimientos. En la cinta de equipajes, el ejecutivo cordobés se acercó para desearle buena estadía y darle su tarjeta personal; podía llamarlo si necesitaba alguna cosa, en Buenos Aires o donde fuera. Sonia extendió el cuello contra él, se dejó besar fuerte en la mejilla. Siempre habría amores en su vida, no había nada que temer.

Su padre la fue a buscar al aeropuerto de Ezeiza, la abrazó con lágrimas en los ojos.

Esa noche, una nube submarina de medusas atravesó los bancos de lodo absoluto del Río de la Plata. Entró en un remolino de tentáculos a las profundidades viscosas del puerto de Buenos Aires, en un despliegue de potencial destructivo que permaneció oculto bajo una tormenta eléctrica.

Muchas lunas que no sale a la superficie. Tornasol y escama, muerde su inmovilidad, y es como si no existiera. El limo verde la remonta hacia las rocas duras, que se doblan ante ella. Puede respirar y estar dentro de sí misma, puede caerse hacia el abismo que aguarda más abajo. Dentro de sí empieza a formarse la coraza.

Va impregnándose de las partes dejadas por otros, las escamas cada vez más duras. Cuando emerja —si alguna vez lo hace— será mucho más fuerte. No sabe qué forma tendrá.

Viene de un río demasiado cálido, cada vez más cálido, viene buscando el agua negra y fresca. Una vez vio un continente subterráneo viajando lento, lejos del aire, internándose entero en las cuevas.

Espera la señal. El estruendo no tarda en aparecer, la luz lejana viene veloz del cielo y se une con la linfa, se siente estallar.

En ese momento, la ciencia no estaba preparada para recibir esos cadáveres.

Pero antes de que el perfil productivo de su trayectoria genética comenzara a delinearse con precisión láser —antes de descollar en las actividades marginales que lo catapultarían a la gloria *under* de los grupúsculos hackers primigenios—, Cassio, cuyos signos exteriores lo asociaban a lo gordito, blando y blanquecino, se reveló tempranamente como un niño bueno. Le interesaban las cosas del mundo, leía los diarios, le gustaba *Página/12*. Podía detectar el dolor ajeno y, una vez localizado el sufrimiento, era capaz de mostrar interés en remediarlo. La etapa de disfrutar del control sobre un ser vivo no se produciría hasta mucho más tarde.

Su abuelo lo llevaba todas las tardes al Jardín Botánico de Palermo; lomas verdes sombreadas, caminitos en zigzag e invernaderos antiguos, hierro y vidrio. El Jardín Botánico era el pulmón verde más cercano a su casa, y era el paraje urbano que concentraba la comunidad de gatos más populosa de Buenos Aires. Cuando Cassio supo que los felinos lo habían adoptado como morada permanente, que de hecho eran *sus vecinos*, lo invadió un fascinado estupor. Los veía retozando al sol, persiguiéndose o simplemente depositados como bollos en el pasto; a veces se tiraba en la grava y extendía los deditos gordos; era un parque de altísima actividad gatuna. Los gatos lo observaban impávidos o huían saltando como conejos. No estaba seguro de cómo empezó. No sabía, no podía rastrear cómo su mente comenzó a llenarse de patrullas nocturnas, los orígenes del proceso misterioso por el cual su mente penetró por primera vez la oscuridad.

A pocas cuadras de su casa, el reverso de la ciudad era sacudido por procesos malignos. Gatos adultos y pequeños eran metidos en bolsas y cargados en camiones, donde los llevaban a parajes siniestros, tembladerales del conurbano ajenos a toda ley y moralidad. Los datos policiales no pudieron confirmar lo que se sabía de oídas: que los gatos eran llevados a las afueras e incinerados en el albergue Warnes, un edificio copado por familias indigentes. (Más tarde supo que el albergue quedaba dentro de su ciudad y

fue demolido para construir un Carrefour). Arrojan los gatitos al hueco vacío del ascensor, donde tiraban los desperdicios: la nafta y la brutalidad de la noche humana hacían el resto.

La historia del secuestro y la desaparición de los felinos había viajado de los labios de porteros y ancianas a las verdulerías y los quioscos del barrio, que las contagiaron a los niños; la imagen de los gatitos maullando desesperados, rasgándose los ojos flúo mientras intentan escapar, puso a Cassio en acción. Tomó una resma de hojas blancas y un marcador grueso y escribió en mayúsculas: “No al Holocausto Gatuno”. En la parte inferior de la hoja, calcó un dibujito donde podía distinguirse nítidamente a Toulouse, Marie y Berlioz, vectores principales de ternura en *Los aristogatos* (Disney, 1970). Empapeló con su denuncia las paredes de su escuela, la prestigiosa institución Scholem Aleijem, y organizó rápidamente a sus compañeritos en la protesta.

La directora de la escuela no percibió el núcleo compasivo-redentor que movía al niño Cassio y sus secuaces, y amenazó con suspenderlos por burlarse de la Shoá. Los núbiles manifestantes no se arredraron: se pusieron a llorar a los gritos, en misiles explosivos contra los sistemas nerviosos adultos, y convocaron una sentada “por tiempo indefinido” para conmemorar a los animalitos muertos. A Cassio se le ocurrió hacer unas siluetas de gatos, dibujando perfiles en el patio de la escuela como las figuras en tiza de un asesinato. Deducía y ponía en práctica, sin saberlo, una de las estrategias más sonadas de *performance* publicitaria de las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo previo al regreso de la democracia en su país. En distintos colores, los gatos de tiza llenaron el patio.

Para calmarlo, Sonia le regaló un gatito, al que Cassio adoctrinó en la bondad y el bien, que en el idioma *catus felis* se traduce en ronroneos frecuentes y lamidas concienzudas; sin proponérselo, Cassio se movía a contrapelo de los instintos de los niños de su edad, donde la ferocidad camina junto al descubrimiento del odio y la fuerza física. Hámsters aterrados, voladizos desde balcones, jerbos portadores de pequeños explosivos, son los primeros testigos de los experimentos infantiles en el furor. Agazapado en la piscina del club KDT, donde Sonia lo enviaba para que aprendiera a nadar, Cassio los había visto jugar al “submarino” (ahogar al otro) con los más chicos. El gatito era atigrado, en amarillos y naranjas que viraban suavemente a rayas negras. Era un poco pelirrojo, como él; Cassio lo bautizó Axl Rose.

Había leído sobre aliens que descienden y nacen entre humanos, presencias inoculadas en la trama de los hombres sin darse a conocer jamás; algo de esto había sido confirmado por Donatello, el enmascarado púrpura de *Las tortugas ninja*. Donatello era el cerebro ingenieril de sus quelonios favoritos, hijos adoptivos de Splinter, la rata mutante, una rata extremadamente inteligente que había aprendido los gestos de su maestro de *ninjitsu* (su humano dilecto) para vivir entre los suyos. Los secretos de la mutación los unían en una casta esclarecida y tenebrosa; en un capítulo terrible, la Rata Splinter, que había fomentado lazos paternos con las tortugas educándolas en la ciencia y en la lucha, se sumerge en las profundidades para buscar a su hijo perdido. Hipnotizado por el mal enemigo, Donatello la rechaza, llamándola, dolorosamente, *roedor*. Rebeldes natos, los Tortugas y su líder habitaban felices el sistema cloacal; hasta que llegaba su misión, y *entran en contacto con la superficie*.

Por esa época, Cassio experimentaba sumersiones precoces en las misiones espaciales *Viking* y *Voyager*, con fotos y reportes que conseguía carteándose con la NASA. Eran cartas simples pero sentidas, que Cassio garabateaba varias veces hasta lograr una versión legible (su caligrafía era deforme); por esa época, antes de la *pax americana* de los años 90, la administración Reagan no escatimaba la propaganda para alentar los sueños cósmicos de los niños del mundo. Los reportes venían en un idioma que no entendía bien, así que se concentraba en las fotos de las misiones, espejos de *Cosmos*, *Contacto* y *Cometa*, las obras maestras bruñidas por su héroe Carl Sagan. Compañero a todas horas, el pequeño Axl oficiaba de Buda gatuno entre los pósters del espacio exterior.

Varios años después, a punto de recibir el galardón máximo en los Intercolegiales de Matemáticas, Cassio recordaría entre balbuceos a su compañerito peludo, que estaba siempre *entre* una cosa y la otra, lamiéndose o simplemente encarnando una forma de intermitencia; el tal Schrödinger sin duda había entendido algo importante de la vida gatuna al compararla a la física cuántica. Si se concentraba en esa entrega de premios podía ver todo de nuevo, bajando sobre él en haces de padres ansiosos, maestras anteojadas, medialunas, racimos de niños, cada uno encajado en su hueco espacio-temporal; y Cassio volvía a toparse con la certeza de haber estado junto a un grupo de robots. La sensación de estar rodeado de robots tenía bases concretas: comenzaba a sentir la presencia de poderes sórdidamente

espectaculares anidando en su ser, que su prudencia natural aconsejaba mantener secretos.

Cuando quiso que Axl Rose lo acompañara a las manifestaciones de su escuela, su madre no lo dejó; y el pobre Axl, ya cercenado su aparatito reproductor, se acostumbró a quedarse en la casa, persiguiendo papelitos y meando las plantas del balcón del vecino del 5B durante algunos años, al cabo de los cuales caería envenenado mortalmente. Cuando lo encontró tieso debajo del sillón, donde había pasado en estertores las últimas horas de su alegre vida gatuna, Cassio lo veló con temas de Guns'n Roses a todo volumen. Se escucharon a lo largo de cinco pisos hasta la calle, por tres días, pero no lograron esconder los truenos de sus lágrimas.

Frases heladas descendiendo sobre él, géiseres de brea chorreando de las bocas, ademanes que sólo transmitían condescendencia ante la muerte: algo de su contacto con el mundo, de su confianza en la raza humana, fue perdido para siempre. Cómo no habían crackeado antes el problema del mal y de la muerte. Y por qué debía uno respetar el Orden Existente si sus responsables no habían detectado el problema, y si lo habían detectado, no lo habían resuelto.

Las urgencias existenciales del infante Cassio no devinieron en un gusto por la teología lírica. No lo ubicaron en el centro del universo con una angustia y una voz. No hicieron de él un huérfano de genealogías malditas, ni lo arrojaron a un islote denso a la sombra turbia de una *personalidad*; en rigor, no pidieron de él ningún comportamiento especial. Se limitaron a rubricarse cardíacas en un ojo-coraza desde donde observar el mundo; las mismas urgencias, que podrían haberlo convertido en un joven Werther, dejaron en Cassio cierta distancia cognitiva. El mundo humano, como el gatuno, estaba lleno de sufrimiento, un dolor que bajaba en olas negras del cielo esperando el momento de ahogarlo.

La enfermedad precipitó el proceso. Los mofletes se ahuecaron, amarillos, los párpados se hundieron alrededor de los ojos, violáceos. Cassio no podía rastrear cómo fueron los primeros momentos; estaba seguro de que la televisión no había jugado rol alguno. No recordaba cómo había venido a él la información, porque sentía que la había tenido desde siempre consigo.

Sonia entró en pánico al ver el tono violáceo bajo los ojos de su hijo. Todavía soñaba de noche con las horribles erupciones en el cuerpo de Rattachi, cuando trajeron su cuerpo; por esa época Gustavo Levas visitaba su

casa, lo que la ponía mucho más sensible a los recuerdos de ese viaje. Cassio había detectado el momento vulnerable de su madre y había ejecutado rápidamente el comando, dejando claro que “no” no estaba entre las posibilidades. Sonia obedeció de inmediato, y el pequeño Cassio obtuvo al fin el paquete deseado, cuyas geometrías hechiceras había conjurado durante las fiebres iniciales del bacilo de Koch.

Su XT de IBM venía con dos joysticks, 128 kb de memoria, y un manual con instrucciones de D.O.S. Las incursiones en *Wolfenstein* implicaron sus primeros sondeos de la inmortalidad. Con ayuda del manual trataba de cambiar los parámetros internos, buscando subterfugios para multiplicar sus vidas dentro del juego y generar bombas superpotentes. Jugaba con seriedad feroz. Más tarde vendrían sus exploraciones en la delincuencia juvenil, las aventuras del peligro numérico donde conocería a sus secuaces y futuros socios comerciales: Jony, Mat, Luck y Guari, su sosías. Para cuando cumplió catorce años había hecho un programa que explotaba una vulnerabilidad del Banco de la Nación, se había enfrentado con desprecio impasible a distintos Estados-nación y sus leyes, había secuestrado computadoras del Pentágono y dominaba las redes de varias facultades, enseñoreándose sobre las de Ingeniería y del diario *Clarín*, sus esclavas con *servers* más potentes; había entendido que las enfermedades de los sistemas vivos son oportunidades para los que se compenetran.

Durante los primeros meses de 1993, el cuerpo de Cassio consigue asimilar algunos esquivos rasgos de masculinidad. Su torso se estira un poco, promoviéndolo de gordito a “grandote”; cultiva un fuerte uso de colonia de pino. Se pasea con una gorra skater al revés, que atenúa la explosión de bucles macizos. Las remeras de los Dead Kennedys flotan sobre su cuerpo hasta la desintegración; los discos *Too Drunk to Fuck* y *California über Alles* se ubican en su podio personal. Es parcial a Pink Floyd y Beastie Boys, y pasa la tarde mirando MTV Latino, donde un pelilargo mexicano presenta las variedades del metal a una teleaudiencia llena de granos escondida en la oscuridad.

La traza de su madre permanece, no obstante, en los productos que utiliza, el semiótico aroma a Nopucid antipiojos flameando sobre él; pero su mente está demasiado ocupada en asuntos fundamentales como para dedicarse a recortar cada elemento ñoño de su vida. Considera tatuarse un Satán pintado de azul pitufo (síntesis de su opinión sobre la mentira religiosa), pero el tacto de su piel blanquísima, levemente fofa, le inspira compasión. Por esta época, sus investigaciones han pasado a la clandestinidad.

Accedía a la información en un momento en que sus hormonas no interferían, en que los datos bajaban sobre él en pleamares de información y maravilla. Internet es todavía un archipiélago de seres aislados: grupos reducidos, separados entre sí, excrescencias de una elite en torno a BBS (*bulletin board systems*) antes del océano que inundaría sus vidas.

Cassio deambulaba solitario entre pantanos de informes sobre aliens y extensiones de archivos ignotos, teorías conspirativas (cuando la magnitud del mal todavía se ponía en duda), y lo máspreciado: tutoriales sobre cómo hackear más cosas. No era fácil entrar al BBS Satanic Brain, la meca para los hackers larvales como él. Los bisoños como Cassio debían probar su valía en series de testeos y hostigamiento, atravesar los bosques de palos y hoyos negros para acceder a los secretos del armamento.

La pantalla le informa que debe responder un cuestionario en árbol para ingresar. Después de algunos intentos, la pantalla reacciona: *Usted está con Virus*. Cassio se sobresalta, apaga la computadora. Espera unos minutos, vuelve a conectarse.

*Hola?*, tipea Cassio. “Virus” titila en un guión bajo, la patita de un animal oculto.

*Hola*, se dibuja en letras. Cassio respira azorado. Acaba de lograr entrar en Satanic Brain; Virus es una persona, Virus es potencialmente un amigo.

Más tarde, Cassio aprendería que Satanic Brain era administrado en las sombras por AZ, un adolescente algunos años mayor que él. Cuando se encontraron en un bar de Almagro, AZ habló sin parar. Le contó que uno de sus archienemigos del mundo *virii*, Fubu, había acuñado la frase *un virus herido es un animal herido* y había logrado diseminarla en el mundo civil, apareciendo en algunos medios gráficos; el tema lo obsesionaba y parecía enfurecerlo. *¡Pero un virus es un animal que nunca muere!* le dijo, puro convencimiento místico. Dejó a un lado la Coca-Cola y lo miró; Cassio sorbió despacio su Coca, y asintió.

A la noche, Cassio recibió un mensaje: *tu cara me hace acordar a Walter, mi larva de lagarto. Nos vemos*. AZ vivía con su mamá y hacía bien su papel de chico malo de la computación. La curva de su vida empezaba a definir su propio viaje de autodescubrimiento, que tiempo después lo llevaría a llenar su cuerpo de tatuajes y comida.

Pero antes de saber que AZ coleccionaba embriones de lagarto, que Lucky (ventrílocuo de aves) podía hacer *phreaking* con la boca imitando el canto de los pulsos telefónicos para no pagar las llamadas, que Mat controlaba varios satélites desde donde atacaba otros satélites para crear una flota sombría en el cielo —antes, en suma, de que sus nuevos amiguitos nacieran a su fantástica forma humana ante él—, Cassio era testigo de otra serie de nacimientos de seres cuya humanidad no hubiera podido asegurar.

En las películas pornográficas, el clímax de las escenas individuales se resumía en el *moneyshot*; eventualmente todas las escenas convergían en el clímax narrativo de *la orgía*. Mirando intensas a cámara, parecían cefalópodos de carne humana; la historia de la inserción en un agujero que terminaba en otro creaba conjuntos de seres progresivamente complejos, donde la superficie conectaba interiores por descubrir. La doble y triple penetración de la hembra era un tema común, agregándose en tensos cúmulos

musculares, en series de nacimientos monstruosos que no se producían. A veces Cassio volcaba el magma de su ser en las latas de Coca cercanas, juntaba lo que quedaba de sí. Los cefalópodos humanos confirmaban la intuición profunda de Cassio: que todo está abierto para ser franqueado y penetrado y de esa manera *reconstruido en términos puros*, los términos connaturales de una máquina cuya forma desconocía y que él, de a poco, avanzando obsesivamente sobre su medio, podría eventualmente conocer y controlar.

El pequeño predador nacía dentro de él; no sería la primera vez que lo vería surgir.

Los años que siguieron —la luna nueva de su entrenamiento, antes de la primera misión— cimentarían su fascinación. Cassio asistía a un momento especial contemporáneo: el nacimiento y la reproducción de los primeros lenguajes informáticos, específicos y porosos, variegándose como especies de plantas. La programación en bajo nivel en C y en Assembler lo acerca a la máquina en sus más íntimos comandos, con un objetivo: aprovecharse de las fallas y vulnerabilidades que permitirían a un atacante hipotético (pero en cuanto posible, *real*) hacer de un automóvil —de cualquier equis con un receptor de señales— un dispositivo explosivo.

En 2020, como parte del equipo detrás del *software* de Estromatoliton, en la alborada del Proyecto de Unificación de Datos Genéticos de Latam, Cassio recordaría con cariño esas horas embrionarias de su vida profesional. En las entrevistas del Proyecto, Cassio habla de disposiciones infantiles que se continúan en sus investigaciones, uniendo cada fase de su mente en una escalera preclara y concisa; cierto aire inocentón en su cara de niño gordo inalterado y granos cotidianos apenas matiza las crestas de su megalomanía.

Sus lecturas de la época son Gibson y Lem, pero menciona *El Principito* como favorito por sus dos enseñanzas cruciales: a. lo esencial es invisible a los ojos (porque sólo podemos encontrar una vulnerabilidad en el *software* si nos sumergimos en él) y b. una boa puede efectivamente devorar un elefante (porque todo es posible). Luego se retrae, el mentón le tiembla un poco; una ráfaga de debilidad devela al niño de ayer respirando algo de moho en el científico de hoy. El entrevistador del Proyecto vuelve a preguntar por sus comienzos. Transportado a sus recuerdos iniciáticos, el orgullo regresa.

Sabe que tiene las condiciones técnicas para elevarse a un nivel aterradorante, pero le falta lo esencial: un *nick*, un estandarte terrible de sí mismo. No era un asunto trivial. Lo enfrentaba a cuestiones trascendentales: ¿debía expresar terror? (Satan666, Chucky); ¿sabiduría? (Obiwan, Yoda); ¿algo privado, algo críptico o cultural? (bladerunner, hobbit). No era un

unicornio ni un centauro, ni siquiera un elfo o un hobbit; sí tenía en común con estas cosas que él tampoco existía realmente.

Un día Sonia entra en su habitación como una tromba. Unos señores preguntan por él. Cassio los observa en su bruma sin anteojos.

Se lo acusa de vulnerar los sistemas de la sucursal Botánico del Banco de Boston, Sonia está furiosa. Pero cuando los señores se aperciben de que un nene de doce ha burlado su sistema, prima la sensación de vergüenza. A cambio de un reporte de los problemas de la red del banco, la situación no pasa a mayores; cuando lo invitan a usar las máquinas a condición de que los ayude a emparchar sus dominios, el joven Cassio Liberman-Brandão da Silva mastica una sonrisa de victoria. Percibe la conversión de su *hobby* en valor; Sonia, en cambio, tiene otros planes.

No puede ser que Cassio esté todo el día con la computadora, que sólo salga los sábados para ir a la Escuela de Pequeños Inventores. Málefica y previsor, Sonia coordina logísticas con Susy Waskam, vecina del edificio.

Empujados por sus madres, los niños emergen molestos a la luz exterior.

Recubierto por mechones de pelo oscuro, Leni tenía el aplomo físico de un primo carnal de la Rana René; como él, favorecía las chombas y cierta seriedad en el vestir, con anteojos que le daban una *gravitas* inusual entre los *Anura neobatrachia*. Se habían cruzado varias veces en el ascensor del edificio: ambos habían compartido viajes espeluznantes con los mellizos albinos del 7 C. Cassio nunca los miraba directo, se limitaba a observarlos por el espejo del ascensor, que apenas atenuaba la fiereza de sus miradas psicóticas. Leni vivía en el octavo. Manuel, el hámster de Leni, había caído una vez en el balcón de los mellizos; los mellizos tenían una iguana y lo habían dejado tocarla. Leni había deslizado su manito sobre el paciente reptil, Joaquín, que cerró los ojos lo que duró el contacto. Por su parte, el heroico hámster Manuel no sólo sobrevivió la aventura sino que abrió la guarida de los albinos, que también vivían solos con sus mamás como Leni y Cassio, sin adultos macho fijos.

Leni se acercó a Cassio. Le habló despacio: todavía eran muy chicos como para que los seres del sexo femenino se lanzaran sobre ellos rogando ser penetrados. Estaba claro que, a esta edad, eso no ocurriría de ninguna manera. No quería ser brusco pero, por si no se lo había preguntado, ¿cuál era el punto de ir a la colonia? No había ninguna necesidad, concluyó Leni. Había estudiando el asunto.

Cassio miró a su nuevo amigo, su piel de escamas sutiles. Consultó su *Swatch* de StarWars y miró el cielo, lúbrico de luz, pesado del calor. Eran las 9 am, apenas despuntaba la jornada en el mundo de los hombres. Leni tenía razón. Ya llegaría el momento.

El micro los depositaba de regreso a las 6 de la tarde, el horario laboral de los niños. Cassio y Leni se sentaban adelante; de vez en cuando sus gusanos de carne se erigían alertas, olfateando la posibilidad de una separación de las nalgas. Hasta que apareció Mora.

Mora Baum: lo que fuera que segregaba también intoxicaba a sus compañeritas. Tenía el pelo castaño y ojos Neptuno nuboso o musgo fosforescente como el que flotaba a veces en la Costanera, ese limo raro venido de los experimentos biológicos del Proyecto en la isla Martín García. Mora Baum bajaba de la torre de Luis María Campos y José Hernández y se subía al micro y volvía a bajar seguida por un cometa de variaciones de sí misma, grupejos de niñas que Cassio no podía distinguir con claridad. A veces iba con coronitas de flores, otros días toda de rosa; auténtica niña alfa, Mora era venerada y temida por las otras niñas. Incluso los idiotas *madrijim*, chaperones de niños del club, hacían la vista gorda en las Búsquedas del Tesoro, simulando no ver que Mora y sus amigas espiaban sistemáticamente el proceso de escondida, fomentando cómplices su halo de impunidad.

Bajo la jefatura señera de Mora, las niñas se habían confabulado: *Lo único que quieren es meterla*, el hermano de Judith Gugelkorn había confesado bajo presión, ellas no eran tontas y se habían dado cuenta y Mora había hecho propia la doctrina revelada, haciendo bajar ante sus amiguitas las tablas de la ley natural de los sexos. Ese verano, como sus antepasados mosaicos miles de años antes, los pequeños elementos masculinos de Hacoaj estaban condenados a dar vueltas por el desierto del desamor.

Mientras el “Caca” Heller y otros niños enemigos tendían a juntarse en pandas y soltar vulgaridades, consiguiendo resaltar sus rasgos más desagradables, Cassio y Leni optaban por ignorar a las chicas completamente. Jamás respetarían una jerarquía de nenas caprichosas no avalada por lógica alguna. Para probarlo, un día Cassio franqueó la manada de niñas e invitó a la

mismísima Mora Baum a tomar un helado. Para sorpresa de sus compañeritos azorados y los tontos *madrijim*, Mora Baum aceptó.

Y fue la mismísima Mora Baum quien, bajo los sauces de Hacoaj, se interesó manualmente por el contenido de su pantalón. Lo miró fijo mientras deslizaba su mano hacia abajo, en un movimiento un poco brusco que lo sobresaltó. Con la otra mano le sacó los anteojos, lo besó con la boca entreabierta. Cassio abrió la mano y la tocó; algo en ella respondió al contacto como un reptil alerta. Cassio volvió a ponerse los anteojos y se concentró en el corpiño de Mora, en su piel de galletita que a floraba bajo la chomba azul representativa de Hacoaj.

La sensación de que ella lo había reconocido, brillando como un animal en la selva oscura, que todo lo demás era una parodia para no iniciados — incapaces de leer el código real detrás del *payload* agresivo— despertó en él tal devoción, que por un tiempo penduló lejos de sus máquinas desarmadas, los campos lógicos de su medio natural, encandilado por la luz lila que pulsaba Mora, su divina supernova. De vez en cuando se dejaba caer en el sillón junto a Leni para una pulseada de *Wolfenstein*, pero la realidad mortal del juego era sólo la copia de una copia; quedaba absorto al final de cada partida, agarrado a su *joystick*.

Por la mañana, el micro acuna erecciones subrepticias. ¿Encontraría a Mora? ¿Se frotaría contra ella? La colonia de Hacoaj terminaba, en perversa continuidad con el inicio de clases. Cassio decide tomar el toro por las astas, la mora por el yuyo. Se sube el cuello de su campera de corderito, se peina el pelo hacia atrás. La torre de José Hernández y Luis María Campos se eleva imponente en vidrios ahumados que laceran el cielo.

La puerta vidriada se descorre. El guardia de seguridad mira su partido de fútbol en una pantallita; concentrado en su destino, Cassio asciende por el cubo de espejos.

Las hojas metálicas del ascensor se abren sobre una alfombra luminosa. Hay dos leones pintados de dorado; irguiéndose en el medio está Diana, también hermosa por conservar el secreto cromosómico de su amada.

—Morita, acá vino a verte un amiguito —le guiña un ojo, Cassio apreta los dientes—. Pasá por acá. Es la habitación después del espejo.

Cassio se deja llevar por la alfombra rubia. La habitación resplandece de rosa con muebles lila. En una pequeña biblioteca hay una fila de Pequeños Ponys. Hola, dice él, y desenfunda su ajedrez portátil.

Mora lo observa avanzar sobre su territorio, su boquita de beso cerrada. Se sienta en la alfombra y abre el tablero, lo examina. Cassio se sienta frente a ella. Recorre sus pestañas, sus pecas de muñeca, aleteando en brumas de vainilla. Le dice que si no sabe jugar, él puede enseñarle.

Mora le informa que sabe jugar perfectamente, su papá le enseñó, su papá es delegado de la DAIA y siempre juegan al ajedrez. Su faldita forma un gazebo sobre sus organelas sonrientes hacia Cassio, escultor imaginario de sus órganos internos.

A los pocos minutos, Mora pierde el caballo y la reina. Su remera se comba revelando suaves colinas invertidas, budincitos de naranja y fresa. Cassio aspira su aroma, entrecierra los ojos, le propone empezar una nueva partida.

Mora lo mira fija de veneno, sombría, anti-Pequeño Pony. Le dice que se lo chapó porque estaba segura de que tenía el pito chico y no quería que le doliera su primera vez. Lo había hablado con su psicóloga y ella le había dicho que estaba bien, si eso la tranquilizaba. No había nada más que hablar, podía irse; habían “cortado”, Sandro el portero le abriría abajo. De brazos y piernas cruzadas, Mora mantiene un lenguaje corporal que más tarde, a la luz de revistas femeninas como *Ser Única*, identificaría como poco atractivo y buscaría evitar.

Aunque era verano, hacía un frío horrible en Buenos Aires, una ciudad que nunca se acostumbraba al frío, empeñada en negar la presencia del frío, a la cual los inviernos tomaban indefectiblemente por sorpresa, lo que volvía los equinoccios más húmedos y dolorosos. En su mente, el silencio era aterrador, atípico. Cassio se paró en una esquina. Un maxiquiosco iluminado, tres chicas con minifaldas que entraban; otras dos, salían. Entrar, salir, volver a entrar y salir; no debía haber nada especial en esa eventualidad topológica. No tiene nada especial, nada.

Cassio cortó relaciones con las mujeres, empezando por las de su casa. Sus satélites naturales, Sonia y Yolanda, madre y mucama, ahora eran percibidos como inauténticos, unidos en una casta incomprensiblemente sádica. Su arco vital coincidía con el ascenso de las mujeres hacia los derechos civiles, bajo

la forma de “minorías”; pero su vida mental tomaba un movimiento contrario. Pronto su habitación comenzó a heder a pizza y Coca-Cola, nutrientes esenciales de los pequeños programadores en edad de crecimiento. En la tevé, las publicidades mostraban líquidos azules depositándose en chorros sobre administrículos “con alas”, lo que no ayudaba en absoluto. ¿Eso tenían adentro?

Su mente no reaccionaba bien a la presencia de emociones. Si era feo, la fealdad no era el peor de sus problemas; era, más bien, el carecer de cierta cuota perceptible de animalidad. Las carnes crudas que recubrían los huesos de Cassio daban un conjunto cordial, campechano, que no tenía un gramo de amenazante. Ya con signos de la timidez que caracterizaría su vida extrauterina, el embrión Cassio no había logrado retener los rasgos de hombría presentes en los genes de su brasilero padre, João Fernando Brandão da Silva; en una coda cruel que terminó por hundirlo en la fosa mariana de su ego, Cassio era pequeño, judío y blando, como un bocio materno. Se preguntaba cómo había sido posible que el cuerpo de Sonia no lo hubiese rechazado como una vida alien, extraña y por lo tanto *enemiga* durante su fase embrión; absorbiendo sus nutrientes, creciendo en su interior. Quizás por eso, con lógica supérstite, el cigoto Cassio había renunciado al disenso de la masculinidad mimetizándose con Sonia. La teoría del racismo metabólico que había dado por dominante al gen europeo consumía las horas negras de sus procesos mentales.

Por otra parte Cassio no entendía el interés que podía generar Gustavo Levas en su madre; cuando lo detectaba en el living sentado mirando televisión pasaba rápido a su lado, sólo lo veía en las comidas. Gustavo intentó algunos acercamientos por el lado de la computadora, su tema favorito, pero el niño no pareció impresionado. Una tarde que su madre había salido, Gustavo se acercó a Cassio y su computadora con una mirada extraña y le dijo que la beca donde había conocido a su madre había sido la experiencia más tenebrosa de su vida. Quería contarle más, pero Cassio lo miró inexpresivo, los ojos en modo muerto. Gustavo era un empleado público del Proyecto, trabajaba en el Ministerio; *deberías venir a conocerlo algún día*.

Cassio se tumbó en la cama, en boxers. Estiró el brazo hacia la cómoda, ordenada bajo su lámpara de Yoda. Con un marcador negro trazó una línea sobre su brazo izquierdo, desde la axila siguiendo la vena principal hasta la

unión de las falanges. Dibujó el resto de las venas, enredándose en una parra helicoidal. Se bajó los boxers celestes y pintó un par de ojitos sobre su miembro, que empezaba a elevarse entre cícladas de luces multicolores. Su viejo clon de Spectrum, desarmado en cables y placas de circuitos al lado de su cama, sería la nave en la que regresaría finalmente a su morada verdadera: estremecido, se preparaba para entrar en la nave nodriza. Su capacidad temprana para disociar convención de pensamiento le facilitaría los dones más altos en su CV. Más tarde se convertiría en el hacedor de la serie de virus informáticos más violentos de la historia del país, los Malvinas Argentinas.

La sensación de náusea matinal se detiene apenas en la luz que entra por la ventana y baja en lentas flechas cancerígenas sobre Cassio. A veces Leni se quedaba a dormir, se despatarraba en la cama leyendo cómics y materiales para la Escuela de Pequeños Periodistas de *Página/12* mientras Cassio programaba. Relajados después de una partida de *Wolfenstein*, Cassio y Leni afilarían sus primeros argumentitos misóginos, trincheras precarias en el arenero del resentimiento. Después supieron que Mora había empezado a “salir” con el “Caca” Heller; ahora se llamaba Demián.

Mientras, el ecosistema de Buenos Aires se ve infestado por “Nothing Compares to U” de Sinéad O’Connor y “I Will Always Love You” de Whitney Houston, que es la cortina musical de *Corky, la fuerza del cariño* (1989-1993), clásica serie protagonizada por un niño con síndrome de Down. No termina de aplacarse el furor mucilaginoso de “Vision of Love” (Mariah Carey, 1990); lo único bueno y dulce del mundo exterior se concentra en el Show de Xuxa.

En ceremonias solitarias, Cassio se conecta a la red y hace estragos. Hay una inesperada invasión de avispas, que Cassio se dedica a ahogar en miel y queso para untar; las contempla sumergirse y pelear, cierra los ojos cuando dejan de moverse. Los servidores disponibles son Ciba y Startel; ni máquinas, humanos o tortugas ninja pueden enfrentar la implacabilidad de sus ataques contra el resto de las formas de vida. Escucha el disco *Pornography* de The Cure y canciones de Xuxa al revés, como “Lua de Cristal” (1990); una gorra ninja le cruza la frente.

*Alerte, ligue já, ai eu sou feliz  
Anjo lindo da luz, ai sou muito feliz,  
É o líder da invasão, é o diabo do amor!*

Bajo Anjodaluz83, Cassio L. Brandão da Silva desarrollaría una serie de golpes a universidades, ministerios, compañías aéreas y organismos de gobierno que le rendirían sus más íntimas bondades y secretos. Una fina repugnancia por todo lo que lo rodeaba empezaba a gestarse en su interior, un anillo de asteroides enmarcando sus rotaciones celestes; pero nada podía alejarlo de aquellas que se le presentaron tempranamente como pasiones: encontrar la trampa en el código, entrar en computadoras ajenas. Cuanto más las conocía, más las traicionaba, hasta que la pasión se volvió un *motto*: conocer es traicionar. Durante el despunte de su escalada técnica se dedicó a capturar computadoras de la NASA, buscando pruebas del proyecto de vida extraterrena iniciado por su ídolo supremo, Carl Sagan.

En el cielo, Venus brilla entre brumas y la Luna se disuelve en la fosa crepuscular de Buenos Aires.

Entre los astros terrenos, Madonna había sido de las primeras en borrar los rastros. Cada vez que Madonna abandonaba un lugar donde había pasado más de cinco minutos, un equipo profesional entraba en escena para esterilizar la zona. Con vestimentas y equipos especiales, estaban contratados para borrar los rastros vitales de la estrella. El ADN de Madonna no engrosaría las filas de dadores de pedazos ínfimos de piel en esa concentración de polvo, hormonas y sudor que llamamos vida y que ya por entonces había sido devorada en estromatolitos de información. Otrora experta en dejar marcas pop, Madonna entraba en el siglo XXI borrando sus estadías entre humanos con el celo técnico de un asesino serial. Nadie sabe lo que ocurre en la noche de los cerebros; emitiendo las señales para quien supiera interpretarlas, sin hacer un *big fuzz*, el comportamiento señero de la pionera Madonna había despertado al sueño civil.

La relación de Madonna con los motores invisibles de la evolución, los *virii*, era la opuesta complementaria de Michael Jackson y su barbijo. Michael había llamado la atención sobre el medio ambiente epigenético, había tapado de blanco su boca y dedicado apariciones en las más dispares locaciones a señalar las trayectorias misteriosas de las bacterias y los gérmenes en el cuerpo humano. ¿Cuánto de lo que alguien piensa, o *hace*, es en verdad un producto de la acción centinela de bacterias reaccionando con el medio, más allá de su voluntad?, parecía preguntarse Michael. Comenzaba a darse un giro que repercutiría en la zona humana del planeta, con una brutalidad digna de las transformaciones biológicas más violentas.

En algún momento entre 120 y 190 millones de años atrás, algunas cucarachas empezaron a vivir en colonias, especializándose en los ritos del arte y de la guerra, agrupándose en tareas específicas como defender, procurar comida y reproducirse; de a poco, los grupos de tareas específicos generaban correlatos físicos. Eventualmente algunas colonias domesticaron algunos tipos de hongos y comenzaron a cultivar extensos jardines de *fungi*,

de los que se alimentaban; así evolucionaron en nuevas formas artropodiales, creando el primer súper organismo, un bastión que conservara las distintas fases de la especie. Más tarde, los humanos y los insectos crearon civilizaciones basadas en los mismos principios de castas, reinas y soldados. Bajo el Proyecto de Reorganización Regional, o la Unificación de Datos Genéticos de Latam, los humanos de la zona concibieron una nueva manera de existencia: unidos a través de sus rastros, vieron sus pasados relumbrar bajo una luz común.

Los procesos emergentes que conducen la historia son un producto de interacciones entre grandes números de individuos, determinados por variables históricas difíciles de cuantificar. Especies unidas contra el olvido, el Ministerio de Traza y el Proyecto de Reorganización Regional coordinaba las dos formas conocidas de la inmortalidad. Primero, la guerra contra el olvido que se transmite genéticamente. Luego, la guerra o memoria que se transmite de hombres a hombres en forma de *cultura*. El Antropoceno vio estas guerras fundirse en una. Alentada por los bancos genéticos iniciados durante la presidencia de Raúl Alfonsín en Argentina, popularizados por las búsquedas de personas desaparecidas, el Proyecto de Reorganización Regional de Latam supo ser las bibliotecas genéticas más avanzadas de la raza. Como un animal, la persona se esconde en los bosques; no pasa mucho tiempo hasta que es encontrada.

Desconfiado de la rama femenina de la especie, Cassio terminó olvidándose de las féminas. Durante su último año en la escuela técnica ORT se metió de oyente en un curso de Autómatas Celulares, donde estudiaba la manera de crear pequeños ejércitos, hordas múltiples cuyos ataques planeaba dirigir en lontananza. Los cursos tenían lugar en la Facultad de Ciencias Exactas, al cabo de pasillos infinitos de hormigón que Cassio recorría fascinado, sin hablar con nadie. Reconocía la presencia vaga de seres más o menos semejantes en las inmediaciones. No se sentía solo.

En Matemática se apasionó con la topología y los campeonatos de ping-pong. Eran sus momentos de esparcimiento humano, en las pocas horas de ocio que le dejaban los parciales de ocho horas y las sumersiones eléctricas que denominaba sus “investigaciones personales”. Cuando no trabajaba, su cerebro entraba en letargo, como las serpientes después de grandes ingestas. Las serpientes viven en lo profundo del anonimato en la selva y sólo se dejan ver cuando atacan, para después languidecer en vulnerabilidad supina, cuando despunta su tasa de mortalidad; Cassio pensaba en los errores que sometían el mundo y su terrible naturalización, la aceptación tranquila del mal, como si fuera un mero sucedáneo de la ley de gravedad. Se dejó el pelo largo hasta los hombros, vestía de negro. Cuando llovía se enfundaba en un impermeable amarillo patito; podía vérselo cruzar los parques de Ciudad Universitaria como un enorme abejorro de plástico.

Entre otros *highlights* de su vida de nerd, tuvo un idilio con la teoría de números, que condensaba muchos de los problemas a la base de la criptografía —su amor aéreo—, y mantuvo intercambios cordiales con dos estudiantes asiáticos, Shiro y Coco, cuya supremacía en el tenis de mesa era arrasadora. El Pabellón 1 de Ciencias Exactas bullía de actividad, pero no era común seguir viendo las mismas caras durante mucho tiempo. Los cerebros más capaces abandonaban pronto la universidad, así como también los más desesperados, que de este modo alcanzaban a los más capaces. El capital

pedía seres como él y sus compañeritos de tenis de mesa, y estaba en condiciones de hacer algunas buenas ofertas.

Como los cangrejos albinos y otros organismos fotofóbicos, Cassio evita en lo posible el exterior. Su guarida es un laboratorio del tercer piso de Exactas, en contra del sol. El mundo transcurre cabe o frente a él, en cauces aledaños, sin establecer contacto directo. Todavía estudiante de Matemática, le ofrecen un puesto de asistente en Criptografía en el departamento de Computación; era su debut como subordinado. Su jefe era Héctor Skilnov, diplomado como “Computador”; la carrera había dejado de producir esa especie a mediados de los años ochenta. El trabajo consistía en preparar las clases de Skilnov y darlas cuando Skilnov faltaba a clases, que era la mayoría de las veces. La experiencia de la jerarquía, de un claro escalafón que distribuía las órdenes hacia los canales de fuerza bruta calificada, era una de las bases del conocimiento científico; a Cassio no le costaba dar las clases y se divertía.

En esa época escribe su primera obra capital en lenguaje natural, “FATSO” (Finite Algebraic Transform Scrambler in  $O[\log n]$ ), que le vale oleadas de popularidad entre los nerds más reputados. Las remeras de Dead Kennedys dejan paso a estampados con signos matemáticos. Cassio avanza ominoso; pletórico en su pecho, el algodón de su remera estalla en “Hackers o Dominados”.

En el bar del centro de estudiantes, Cassio pide un sandwich sin lechuga; el chico de la caja cabecea una venia de respeto.

—Ave Cassius.

Es Maiki, se habían conocido en Análisis Matemático. Maiki había fundado una agrupación política universitaria en contra de todas las agrupaciones políticas: se llamaba “NO”, era una especie de liga del Súper Trotskismo Absoluto. Maiki le cae bien. Está probablemente más aislado de la sociedad que él, separándose de sus cofrades naturales a la velocidad de la luz.

Maiki era rubio, extremadamente pálido. Hablaba sin mover las cejas, parpadeaba poco; a veces sus manos emitían señales inconexas, mensajes paralelos, independientes de las transmisiones al norte del cuello. Pasaba los veranos pastoreando chivos o recolectando naranjas en los desiertos ocupados del Néguev, en Israel; cuando volvía usaba casacas marrones con la palabra “Defensa” en hebreo. Fiel al folklore anarconerd, dejaba que la violencia

conceptual de sus remeras se impusiera en derredor. Para Maiki, las revoluciones eran posibles, pero implicaban la *comprensión total del sistema*, y un diagnóstico específico de los *bugs* del sistema. Para él, el *software* de la universidad (que otros llaman el universo) estaba enfermo. Maiki había realizado algunos pequeños atentados subversivos. Había enviado pizzas de salame a domicilios de profesores; había soltado, durante una conferencia en el Aula Magna, pequeños drones caseros empoderados con un consolador atravesando el aire; las desapariciones de personal jerárquico no bastaban — pero eran necesarias. Sus ojos brillaban apenas anormales, Maiki terminaba agitado de estos intercambios; el paso del lenguaje a través de su cuerpo lo dejaba exhausto. Entonces Cassio retomaba los problemas de su tesis y Maiki se retiraba a su homínido interior, lo seguía en atencioso solaz.

Cassio trabajaba en el diseño de una constelación de agentes autónomos como células dormidas, latentes, perfectamente invisibles y distribuidos en servidores de terceros (públicos, en cualquier parte). Nadie podría saber o deducir qué estaban esperando, es decir, cuál de todas las señales del universo podría descerrajar algo parecido a una *conducta*. El proyecto de tesis de Cassio tenía rasgos muy innovadores y un prospecto extremadamente interesante para un doctorado en Cripto. Describía un conjunto de transformaciones algebraicas cuyas propiedades permitían concebir un nuevo tipo de algoritmos basados en encriptación de clave pública, una forma de computación encriptada para ocultar procesos complejos en servidores públicos, bajo las narices de los usuarios. Llegado el momento, ante el conjunto de señales correctas, los algoritmos encriptados en el lado invisible del globo comienzan a ejecutar su código, lanzados hacia la misión para la que fueron creados desde su nacimiento.

El método guardaba similitudes con los procesos biológicos emergentes, donde la presencia de una clave súbita —una enzima, un nivel de temperatura muy específico, la existencia detectable de un enemigo natural— descerraja procesos fundamentales; en algunos casos, se trata del salto a una nueva formulación de la existencia. Era una idea que había comenzado en sus investigaciones personales, cuando Cassio jugaba con la idea de testear una generación de algoritmos resistente y poderosa que vulnera la seguridad durante intervalos intensos sin intervención humana, aprendiendo de sus errores, descartando unas vías y probando otras. Sus drones informáticos podrían llevar adelante sus vidas algorítmicas sin jamás mostrar su

programación secreta; en rigor, podrían *dedicarse a la normalidad* mientras aguardan el llamado para los procesos superiores para los que ellos, entre millares, han sido creados. Era muy hermoso. Eran como golems, los lomos ocultos en la grama de la información, esperando la cifra que los volvería algo monstruoso, potencialmente fuera de control. Cassio pasa horas buscando errores dentro de sus propias ideas —vulnerabilidades futuras de las que librar a sus criaturas. Entonces ve a Skilnov, su superior en escalafón.

Cassio lo acorrala en el ascensor; su tronco transpirado vocifera Hackers o Dominados a través de su remera de algodón.

Le comenta la forma general del procedimiento; luego hurga inspector la barricada facial de Skilnov. Sabe que su ejército es perfecto; la técnica, inequívoca y genial. La intensidad de su respiración sobre Skilnov podría indicar que busca una confirmación humana de su prodigioso estatus criptoeminencial, pero más que nada busca alguien con quien hablar. Piensa en el poema de Borges “El Golem”, la parte en la que el rabino lo mira desde su humanidad y pavor:

*El rabí lo miraba con ternura  
y con algún horror. “¿Cómo” (se dijo)  
“pude engendrar este penoso hijo  
y la inacción dejé, que es la cordura?”*

La vaguedad skilnoviana lo toma desprevenido; el hombre no parece entender del todo. Hace algunas sugerencias incoherentes que Cassio, un poco impaciente, desestima sin disimular. Pero el injerto no tarda en germinar, aunque por otras vías. Unos días después, Lara Müller, adjunta de la cátedra, lo cita para tomar un café en el bar Selquet.

En Selquet, los espejos rodean muebles laqueados de formas ondulantes. El lugar mantiene la misma decoración desde 1975; una penumbra cálida, transmisora de intimidad. Único ente en remera, Cassio parecía flotar entre la penumbra seductora como un niño gordo con *остранение*. Lara llevaba un jersey ajustado azul marino que acentuaba sus formas. El mozo se acercó rápido a tomar el pedido.

—Una cerveza —dijo ella—. ¿Tomás lo mismo? Yo invito.

El pelo rubio bajaba hasta las clavículas, que desaparecían en la lana azul

marino; Lara lo miraba a los ojos y sonreía. Rubia y de ojos grises, tendría unos ocho años más que él; una cara amistosa e inteligente, que sólo lo grisáceo del entorno universitario lograba desdibujar. Lara pertenecía a esas familias aristocráticas de la ciencia argentina: había atravesado con brillantez el distinguido túnel que une el Colegio Nacional de Buenos Aires con la Facultad de Ciencias Exactas; sus padres (profesor joven, alumna dotada) se habían conocido en las aulas de Física. Cassio, sin embargo, carece de la autoestima y el olfato para percibir sus posibilidades reales de inserción carnal.

Les trajeron unos chopps junto a un surtido de salados y aceitunas, que Cassio entretuvo haciendo caminitos de maní. Algunos hombres solos miraban hacia ellos, pero Lara no parecía notarlo, concentrada en su propia conversación. Le comenta la apertura de una nueva beca de investigación; con sus calificaciones y la recomendación de Skilnov, el año entrante podría presentarse a la Carrera de Investigador en el Conicet. Podría trabajar en el área de Teoría de Números; ella podría tomarlo como investigador asistente, añadió con ojos implorantes. Era el primer paso para tener su vida prácticamente resuelta por las próximas décadas. Tendría tiempo para desarrollar sus investigaciones personales en paralelo, podría ir publicando *papers* y quién sabe, algún día ponerse a la cabeza del equipo; sin duda haberse bancado a Skilnov habría valido la pena. Cassio estuvo hablando un tiempo de su tesis, explicándole las implicaciones de su ejército de *bots*, la idea general de una computación encriptada totalmente, sus ventajas para la humanidad; sus ejércitos se desparramarían por todo el mundo, silenciosos, infiltrándolo todo, y formarían un campo de ejecución distribuida de un código por venir; una maleabilidad infinita, que podría contener una enciclopedia comprensiva de todas las especies de virus de esa clase y su capacidad de mutación. Cassio podía ver a sus pequeños ejércitos oscuros permeándolo todo, todos los objetos conectados del universo numérico cubriendo la humanidad tipeante, todas las máquinas con que los hombres interfaseaban entre sí; seres que fueran más allá de los considerados posibles y reales por los humanos, seres de entornos informáticos preparados para penetrar entornos biológicos; nada podría impedir que tomaran formas y direcciones nuevas. Con la descripción de los ejércitos podría definir campos enteros de análisis; podría programar sistemas que propagaran su capacidad de daño en las sombras durante décadas. Había hablado mucho, sin medir del

todo lo que decía; algo en los labios rígidos de Lara trasuntaba un sentimiento de pavor.

Estuvieron callados unos instantes. Despacio, Lara deslizó que sin duda el prospecto era interesantísimo para un doctorado en Cripto. Cassio terminó de comer su caminito de maní, y la miró directo a sus ojos grises. Irradiaba una densidad brumosa, como un banco de coral en el fondo del mar.

A la salida de Selquet tomaron la calle La Pampa, cruzaron las ligustrinas de un albergue transitorio. Lara lo roza con la mano; Cassio siente de lleno la descarga eléctrica, la picana de pasión. Para Lara, tener sexo con él sería totalmente inofensivo, no podría derivar en situaciones nocivas; incluso si trabajaban juntos, este tipo de gente (al que ella, sin duda, pertenecía) no tenía problemas en disociar sus cuerpos: la vida era inimaginable en otros términos. Cassio cierra los ojos, se vuelve un puño de retinas; la idea de que una mujer se le *ofreciera* era del orden de la ciencia ficción. Pasado el shock eléctrico, Cassio mantuvo el paso y retomó el tema de su tesis. Pero no se atrevió a mirarla; y Lara tampoco podía arrastrarlo.

Se concentró en su escritura con foco maniaco. Una enorme ola de tedio lo acechaba, un tsunami de desprecio por todo lo que lo rodeaba; la voz rugosa de la oscuridad se volvía a posar sobre él. Debía superar las partículas tenebrosas que avanzaban sobre el pantano de su mente en aluviones de vacío negro, como el advenimiento terrorífico de la Nada en su película favorita, *La historia sin fin* (W. Petersen, 1984). En la película, Atreyu debe salvar su mundo de la destrucción: debe vencer al villano más formidable que pudiera imaginarse. Como Atreyu, Cassio tenía que trabajar contrarreloj.

Pero incluso bajo el reino mortífero de la Nada, el mundo de Cassio todavía era, como el objeto de su tesis, una primavera de posibilidades. Cassio le explicó a Harpo, su tortuga marina: “Quiero particionar mi cerebro, dejarlo compilando otras cosas, investigaciones personales. Entiendo que tengo que participar de la vida de alguna forma”. Podía tomar posiciones de Chief Hacking Officer en oscuras organizaciones digitales, ganar treinta mil dólares al mes y mudarse a Dubai como un joven profesional del Nuevo Orden Global. (Lejos estaba entonces de imaginarse los usos que podría darle

a sus talentos bajo el Proyecto Latam.) Goces mundanos poblaban la senda informática del Mal. Jeipi, uno de sus compañeros de armas de Satanic Brain, no figuraba en ninguna *database* jurídica o fiscal, era un perfecto fantasma del sistema. Secuestraba *botnets* ajenos, administraba *botnets* propios: tenía bajo su mando cientos de miles de computadoras zombis, y de acuerdo a los pedidos de sus amos activaba algunas legiones o totalidades de cautivas. Infectaba las máquinas desde la comodidad de su hogar (*Gonorrea* era uno de sus hits más infecciosos); de noche hacía nido en la barra de los antros de moda y devenía carnada de las mariposas nocturnas. Otros, como Phil, habían elegido otra versión del fantasma: original de Montpellier, Phil vivía en un pueblo de la Francia profunda, sin conexión a las redes, donde cuidaba de sus cabras a las que había bautizado con los nombres de los jugadores del equipo francés campeón del Mundial 1998. Después vendía los quesos por internet, Zidane y Trezeguet entre los más populares; los paquetitos tenían retratos pixelados de las cabras. Los quesos eran variaciones sobre quesos pelardon con un hongo que crecía en la cocina de su casa.

La técnica para los ataques se desarrollaba silente en su mente; una vez que la consideraba madura, inexorable, Phil bajaba en bicicleta al pueblo cercano, se conectaba desde una pequeña *boulangerie* con wifi, y en un par de horas ejecutaba los desastres. Se llevaba unos panes de la horneada vespertina y emprendía el regreso cuesta arriba a su casa y a sus quesos; era imposible rastrearlo de ninguna manera; muchas veces donaba su atribución al grupo Anonymous, en un *modus operandi* que daría entidad y vigor al grupo en los años siguientes.

¿Cuál versión, la del fantasma o la del parásito, era la suya? ¿Capitán de los Insectos Encriptados, o Demiurgo de Vida Fantasma? En lo financiero, la vida fantasma tenía sus complicaciones: mucho más acuciante que las disquisiciones éticas sobre la propiedad, en la senda del mal era difícil cobrar. Fundamental establecer relaciones de confianza con los círculos áureos del bajomundo digital, lo que implicaba una cercanía con el aspecto *práctico* de la ilegalidad que no llegaba a halagar las ínfulas puristas de Cassio. Hackear era brillante porque desarrollar bombas perfectas sobre los espacios del error lo era; burlar ejércitos corporativos, escupir sobre la sensación de seguridad de los que se creen en poder, someterlos, en suma, al nuevo principio de realidad donde los seres como Cassio regían, era crucial en sí, era lo más puro que había hecho en sociedad con su cerebro; pero descender al espionaje

industrial, al contacto con “intereses”, succiones de vida útil, tenía una coloración inevitablemente vulgar. Como las definiciones clásicas del arte, la utilidad mancillaba las acciones, les arrancaba el halo de pureza que las volvía del orden de la profundidad y la belleza. Así, no fueron los principios los que lo mantuvieron apartado de la senda del Mal, sino cierta intuición estética similar a la que lo había llevado en un tiempo a rechazar las formas aplicadas de la matemática, como la física: que las cosas tuvieran que darse en un mundo de objetos, según sus reglas, que tuvieran que comparecer con la pequeña esfera de las posibilidades humanas para darse por cierta, que no bastara su perfección teórica para existir, le parecía intolerable.

La idea de un mundo de actores racionales movidos por un ideal romántico-cerebral, realizando su potencia por medio de la explotación de la debilidad, animaba la fase eufórica y barroca del liberalismo utópico de los años noventa, de la que Cassio participaba en forma íntima y todavía marginal. El imperativo es explotar la debilidad, encontrar el error, la falla por donde entrar; eso le permite asegurarse el acceso a zonas por las que sólo una elite muy específica tiene el don de circular.

La supuesta normalidad del mundo no había estado de su lado nunca, ¿por qué decidirse a honrarla ahora?

A pesar de sus resquemores estéticos sobre la senda del Mal y los ámbitos ilícitos de esas zonas de exclusión, Cassio hacía excepciones. Durante un tiempo se entretuvo armando los sistemas digitales de seguridad del Comando Vermelho, zares del bajomundo de Rio de Janeiro. Con sus zapatillas súper blancas, sus itakas y sus caras de drogonos infantiles, le parecían ángeles de Marte. Había inventado una manera de comunicarse con ellos mediante el juego *Doom*; ellos podían buscarlo en los laberintos, entonces Cassio les pasaba una dirección de *email* que se destruía a las 24 hs.; por fuera de este método, no había forma de llegar a él. Cuando los encerraron por tráfico, en el marco de la limpieza de Rio de Janeiro, a Cassio le fue fácil esfumarse. Sería su último compromiso con algo parecido al mundo real.

Durante algunas semanas siguió las noticias. Acompañaba el ocaso de sus antiguos socios cariocas creando usuarios depresivos, dejando comentarios violentos en videos que los homenajeban como jesucristos armados; le parecían todavía más infantiles, y por consiguiente el universo de la ley más despreciable y estúpido. La naturaleza es horrificica, porque es testigo de la

bajeza del hombre y sólo espera de brazos cruzados su extinción. Si sus cerebros lograban sobrevivir a la cárcel, al menos tendrían su dinero esperándolos del otro lado del laberinto que Cassio había creado tiernamente para ellos y que terminaba en una caja en un banco de las Islas Vírgenes Británicas.

Empezó a nadar todos los días. Llegaba al gimnasio de La Imprenta, en Belgrano, con un bolsito celeste Adidas, se ponía una malla a cuadros, un talle más chica, y cruzaba como un gigante en ojotas delante del gran vidrio de gimnasio donde mujeres con ropa deportiva apretada y pelo recogido tomaban Gatorade. Cassio ubicaba sus uñas perpendiculares al borde de la pileta, pensaba en un edificio alto, en el viento, en la capacidad de absorción de la muerte, y se dejaba caer estilo palito, los números rojos del reloj de la pared disolviéndose bajo el cloro del agua. El agua lo engullía entre manchas movedizas de colonia y lociones de afeitar; a pocos metros, cardúmenes de niños barracuda aportaban sus líquidos. De a poco perdía la forma humana. A veces, bajo el agua, discernía figuras extrañas. Como si estuviera en una placenta llena de monstruos, como debía de ser la vida cuando reptaba por pastos azules y flotaba antes de nacer.

En general prefería las horas de la tarde, cuando sólo hay algunas mujeres mayores y grupos de embarazadas, anfibios cretácicos que miraba retozar bajo el agua, iterando durante horas. Se imaginaba las algas enredándose en los pies afilados, sin dedos. A veces, la imagen continuaba por debajo de sus pensamientos diurnos hasta bien entrada la noche, y se despertaba con un cuchillo invisible en la mano.

Cuando regresaba a la superficie, el sol rehuía tocar directamente las erupciones subcutáneas de su cara, los destilados silentes sobre su organismo del aspartamo, sustancia venida de las heces modificadas de la bacteria *Escherichia coli*. El movimiento de superficie se enlazaba con el movimiento profundo. Sus orificios se destapaban, y sus sensaciones se hipertrofiaban. Podía sentir los motores de los autos acelerar y detenerse a varias cuadras de distancia, las heladeras de los quioscos y el susurro de los A/C apilados que trepaban por las torres; podía ver el mundo entero sumergido bajo el agua. Cardúmenes cruzando Soldado de la Independencia, enredados en el cartel de La Imprenta, la fosa de Santa Fe, cruzando Pacífico, un mundo de seres lentos, sin sensaciones. Nubes de krill bajando por Maure, anguilas enredándose en los semáforos verdes de musgo; el cielo cubierto por

películas de plancton.

Evitaba volver a su casa. La noche progresaba su refutación de la luz y Cassio subía y bajaba por Báez y Chenaut, y a veces se dejaba caer del otro lado de Libertador, hasta la plaza Bolivia. Sombras de gente en capuchas, fumando porro, destellos de ojos al ras elevados hacia él; emisiones de un código Morse al que el nerdor de su piel flúo respondía intermitente en lo oscuro. Una noche encontró muñecas rotas, movimiento y desnudez detrás de unos arbustos, pero no logró ver ningún órgano de su interés.

Acarició con cierto anhelo la posibilidad de dedicarse a la computación especulativa, consagrarse a la creación de armadas digitales cada vez más singulares y complejas. Tanto él como sus criaturas podrían guarecerse bajo el manto de la invisibilidad universitaria, circular impunes bajo el formato de la *posibilidad*; pero la idea de tener que hablar con Skilnov, y probablemente depender de su aquiescencia, lo deprimía en demasía. Quizás Maiki tenía razón: había que hackear el mundo —y de todos los mundos, elegir el que valía la pena. No quería estar solo con la computadora y Harpo, la tortuga marina; una parte de él deseaba desesperadamente el roce con otros seres.

Supo que Shiro y Coco habían dejado la facultad para trabajar en una compañía de videojuegos: estaban buscando programadores. Mandó un *email*. Sin siquiera entrevistarle, le ofrecieron un trabajo; Cassio aceptó.

Los cangrejos albinos empezaron a migrar, se los podía ver buscando el sol. Se dijo que las oscuridades de donde provenían habían cambiado, y ahora eran irrespirables. Las diferentes teorías se limitaron a registrar el fenómeno; a treinta kilómetros sobre la Tierra podía verse el avance de la masa grisácea arracimándose sobre el meridiano. El movimiento de superficie se enlaza con el movimiento profundo. Los movimientos de superficie son acompañados por fuerzas contrarias, invisibles, con sus propios vectores y finalidades subterráneas; en la finitud de la época humana, eventualmente se imponen en la cultura con la brutalidad de las fuerzas naturales.

En los años sesenta un grupo de jóvenes intenta randomizar sus acciones, recortando su existencia respecto de lo que denominan la masa, el *mainstream*. Se los denomina *hippies*: hacen hincapié en el intento masivo de no respetar la ley de sus padres. ¿Cómo se quiebra la ley heredada en masa? Su rebeldía consiste en hacer que sus actos sean aleatorios, insertar momentos de caos dentro de patrones definidos de conducta; a estas randomizaciones se las denomina libertad. El plan de ser únicos, generar un patrón de vida irrepetible modula sus acciones: con sus movimientos erráticos a través de las ciudades, la superficie bulliciosa de los años sesenta y setenta fomenta un fenotipo específico de jóvenes, que reclama para sí el estatus de “revolucionario”. Sin embargo, en un nivel más profundo y silencioso, otro grupo de jóvenes brillantes e impacientes gestaba un giro hacia la abstracción. El campo de batalla de los últimos no eran los gustos musicales, las tendencias políticas, la moda o las costumbres sexuales; el movimiento profundo implicaba una insurrección que llevaba en sí la gestación sintáctica del orden futuro. Un movimiento sería la superficie, sobre la que ocurren los cambios: el otro, la estructura que no se piensa en términos modificables, porque ella misma se encuentra en un flujo separado de los mortales.

El segundo grupo haría eclosión de forma más duradera y ascendente en la

estructura fundamental del capital. La generación de los oscuros héroes conservadores del segundo grupo comenzaría por disociar el dinero de su respaldo en oro en la década siguiente. De a poco, el dinero comenzaría a dibujar la curva que se aleja de la referencia, como el arte abstracto y las tendencias randomizadoras de los años sesenta habían procurado. En el centro de estas tendencias se gestaba la estructura legal y teórica para la revolución financiera de los ochenta, que vería sus hits más resonantes en el ascenso de Wall Street, la decadencia de los ingenios tradicionales, las reestructuraciones corporativas y los bonos basura. Ambos movimientos, el *hippie*-randomizador y el financiero-conservador, compartían el desprecio por la corporación industrial y la fábrica. Los primeros, por suponer los valores de sus padres, que debían rechazar; los segundos, porque era una teoría del valor que competía con la absoluta liberalidad que los vuelos poéticos (léase: lejos de la referencia, del respaldo) del capital buscaba para sí. Ambos buscan elevarse hacia un más allá del paradigma industrial rector del progreso; su corazón guarda un signo tecnológico.

—¡Nunca conocí en persona a un DAN (Digital Anarchy)!

En la remera de Santi Pando, un joven Bill Gates fumaba un porro junto a una enorme computadora.

—Porque vos estabas desde el inicio de DAN, ¿no?

Cassio estiró los labios, sin mostrar los dientes. Santi Pando, CEO de Ship.e.bo, no ocultaba su excitación.

—Yo no los conocía, o sea *sabía* que eran súper elite pero era más chico, ¡yo debía estar jugando a los Playmobil mientras pasaba todo! De hecho, yo mismo debía ser un Playmobil, pero Jako, ¿lo conocés a Jako? Salía con la hermana de Guar, que iba al colegio con Mat de DAN, más o menos por la época cuando hicieron cagar la central de AFIP. Jako, ¿lo conocés?

En un escritorio cercano, una chica de pelo rosa sigue la escena con interés. Atrincherada tras un enorme monitor de Mac, habla por teléfono y mira al recién llegado. Cassio cabecea una venia de respeto a Bill. Atina a decir:

—No.

—Bueno, claro, no creo que lo conocieras, bah, es obvio que no, pero él sí te conocía a vos. Qué época genial. Che, es genial que vengas a trabajar con nosotros. De verdad. Sos justamente lo que queremos, es como muy *aspirational* para nosotros que estés. Aspiracional en el buen sentido, obvio. ¡No quiero sonar muy *lamer* pero es cierto! Vos sabés, en nuestra *line of work*, mejor que tener CV es tener prontuario.

Santi Pando hizo una “T” con las manos, reclamando temporalidad, y voló hacia el fondo del galpón. Era una coqueta oficina en Palermo “Valley”, la zona porteña que nucleaba las *startups* de tecnología: un PH reciclado donde el ambiente era distendido y el ladrillo a la vista contrastaba con los monitores negros. Sólo la chica visible tenía una Mac. Una heladera *vintage* celeste, sillas naranja rodeando una mesa alta con barritas de cereales y frutas. Sobre una pared, la boca enorme de una chica (otra chica) extendía la

lengua sobre el logo de Ship.e.bo, pegado en un *collage* maltrecho sobre una publicidad de helados Patalín.

Alguien le toca la espalda; es la chica del pelo rosa. Dice “Benvunido”, sin sacarse el chupetín de la boca. El chupetín protubera en una pelotita junto al maxilar, el *gif* que animaría las próximas escaramuzas de Cassio y sus gónadas. Santi Pando volvió correteando hacia ellos, sendas manos con Cocas:

—Ja. ¡Tortugas Ninja!

Enfundado en su máscara púrpura, Donatello saludaba desde la barriga de algodón de Cassio. Santi guiñó el ojo y le convidó una Coca.

—Ya vas a ver, el *team* es buenísimo. Somos así como nos ves, no hacemos otra cosa que programar... Y cuando no estamos acá estamos programando ¡pero en la cabeza! Tenemos Coca-Cola libre para todos los programadores, chocolates y barritas de cereal. ¡Voy a pedir caramelos de las Tortugas Ninja! ¿Coca zero o común?

Nadie superaba los veinticinco años. Luego de algunos experimentos con minicrestas a la David Beckham, entre otros intentos por tramitar su viscosidad presencial en un asunto un poco más memorable, el CEO Santi Pando había vuelto hacía poco al corte taza de cuando era niño, que complementaba con anteojos anchos y remeras irónicas de corporaciones. Santi era perfectamente consciente de que carecía de mística: venido de una familia pudiente y de una adolescencia en corbatas de colegios ingleses, Santi no atravesó la adolescencia poética de los *hackers* auténticos, que pasaron su época de explosiones sebáceas subidos a los BBS, desafiando la ley. La tecnología había inundado su hogar y los de sus amiguitos en los noventa; así ingresó en las computadoras, como podría haber ingresado en las yogurteras u otros artefactos que fueron furor en la Argentina de esos años, durante la apertura masiva al mercado de la importación. Intentaba compensar su falta de magia con un estilo emprendedor, basado en hiperkinesia, viajes de ayahuasca, entusiasmo y ansiedad. Santi se definía como *devigner*, mezcla de *developer* y *designer*; se había convertido en niño mimado de estilo de vida, negocios y clase media. En las entrevistas Santi Pando daba lo mejor de sí:

—¿Cómo se llamaba tu primera novia?

—Commodore 64.

—¿Cuál es tu sueño?

—Crear una plataforma de innovación colectiva para que la Web gane

conciencia.

—¿Qué es lo más sexy de Internet? (¡¡Sin mencionar porno!!)

—¡Mi porno favorito es ver a la gente haciendo aplicaciones web y el ambiente de creatividad y comunidad *geek* que se respira!

En la foto que ilustraba la nota Santi aparecía vestido de Stormtrooper. No había conseguido que Alan Rochenforr, su ángel *investor*, posara junto a él como Han Solo. “Ahora estoy del lado del mal, sólo puedo ser Darth Vader”, se había excusado Rochenforr.

—Vení que te presento a Alan.

Cassio y Santi hicieron fondo blanco de sus Cocas, midiéndose uno a otro en un instante de intenso silencio al ras de las latitas. Como en un *western*, Santi se sonó los huesos del cuello y Cassio cambió el peso de una pierna a la otra. Subieron por una escalerita que rodeaba el patio; en el centro del patio había un tilo.

Alan Rochenforr caminaba en una máquina de correr. Hablaba con los auriculares puestos, estaba en un *call*. Hizo una T con la mano.

Rochenforr no venía seguido a la oficina de Ship.e.bo; pertenecía a los ámbitos del capital puro, que sólo a veces se intersectan con el mundo productivo/creativo que Santi Pando creía capitanear. Aunque no venía seguido, le gustaba mantener un escritorio propio, con fotos de niños rubios con aparatos fijos, una embarazada con los genitales sumergidos en una laguna uruguaya; lo hacía sentir cercano a la juventud y la pasión. A los cuarenta y cinco, Alan Rochenforr había cumplido con las expectativas de los seres de su clase: se había graduado en Harvard, había fundado un *copycat* latino de una empresa americana, había conseguido venderlo antes del *crash* de las *dotcom* y ahora podía dedicarse a pagar la carrera de artista plástica de su mujer arquitecta y supervisar la cría de vástagos en libertad. Rochenforr seguía apostando al futuro: se esperaba que la *startup* captara algo innominado pero presente en el mundo. Cuando invertía en una compañía, pedía que hubiera una máquina de correr en una sala; tenía algunas máquinas de correr en Barracas y Puerto Madero; de esa manera se aseguraba de que sus visitas valieran la pena a nivel intracelular.

Alan se secó la cabeza, le palmeó la remera.

—Qué tal, che. Santi me habló mucho de vos.

—Alan reparó en la remera de las Tortugas Ninja.

Cassio mostró los dientes. A veces le gustaba mostrar los dientes. Jugar al robot, sostener la mirada.

—Me alegra conocer a una eminencia. Bienvenido al team —Alan se secó la mano y la tendió hacia él.

Les contó que caminaba en promedio tres kilómetros diarios de *calls*. Se pasó una toalla por la cara, puso la máquina en pausa; tensó la cara en algo parecido a una sonrisa.

Sin duda, que Ship.e.bo fuera el primer juego protagonizado por una comunidad indoamericana nativa no era un dato trivial: Ship.e.bo era una propuesta original y atractiva para demandantes usuarios que se entretenían lanzándose indígenas amenazados en su franja laboral. Por el momento, Ship.e.bo se inspiraba en los juegos de lanzamiento de enanos (notablemente en el medioevo de Francia, Estados Unidos, Canadá e Inglaterra) aglutinando una masa crítica de usuarios a los que sería fácil arriar hacia nuevas adopciones, enfocándose primeramente en el lanzamiento de los nativos shipibos. Esto daría volúmenes de datos de los usuarios que podrían luego revender a los ávidos directores de marketing de empresas. Todos los shipibos arrojados se convertían en donaciones a las comunidades de shipibos IRL, el toque de genio de marketing que lo había decidido a invertir. A Santi le gustaba decir que no eran una compañía: eran un movimiento. Rochenfor se disculpó, tenía que entrar en otro *call*.

Cuando bajaron, Cassio miró ilusionado hacia la recepción. La chica de pelo pomelo sonreía, tipeaba hacia él.

Esa tarde, Cassio fue introducido en los arcanos del movimiento. Santi le enseñó el *secret shake* de la compañía: una mano se aproxima a la otra, una “S” viborea hasta terminar en chasquido.

La web vernácula tendría otras novedades para Cassio, que serían recibidas con entusiasmo por su apocada vida glandular. Fuera de algunos escarceos, la vida activa de su *joystick* de carne había sido escasamente gregaria, urgida de

sesiones de amor propio que Cassio no se hubiera permitido llamar placer. Tímido y, secretamente, con las capacidades afectivas de un lactante, su dilatado acceso a los órganos femeninos había contribuido exponencialmente a su idealización; e igual que ocurre en los individuos demasiado románticos, cuyas vidas se ven lamentablemente corroídas por la posibilidad del amor, la barrera de entrada para que alguien viniera a tomar posesión de él enseñoreándose sobre su voluntad era más bien baja.

En otros espacio, tiempo y lugar, nerds como él habrían sufrido. Habrían pasado sus grises existencias al costado de una oficina, recibiendo órdenes de seres inferiores a ellos, empujados al sector lombriz de la cadena alimentaria de los egos. Pero el rumor de “Eminencia Hackeril” se disemina como napalm y su pasado le presta la capa suprema del superhéroe. Ahora, su aspecto desaliñado es un contrapunto necesario para su magia oculta, el reverso de su valía interior. Así como para las señoras del siglo previo el sueño del capital proyectaba genios forzudos que surgen de detergentes y artículos para el hogar, los nuevos desafíos de la mujer de la primera parte del siglo XXI abren nuevas necesidades y por tanto nuevos agujeros — vulnerabilidades para la inserción de la hombría. Las chicas siempre tenían problemas con sus computadoras: él sería el genio doméstico, el *whiz-kid* siempre dispuesto a ayudar. Cassio se siente renacer a un vigor masculino al cual, en rigor, no había nacido nunca: el ascenso estelar dentro de su propio nicho sexual.

Melina estudiaba comedia musical. Cambiaba de color de pelo todas las semanas, se vestía con atuendos llamativos que diseñaba ella misma; desempeñaba sus tareas administrativas con relajada eficacia. Alternaba su trabajo en Ship.e.bo con *performances* esporádicas en algunas obras indies del *off-off* Corrientes. Cuando conoció a Cassio participaba en “Vampiros en Facebook: El musical”. Vampira los fines de semana, los días hábiles Melina era la única mujer de la oficina.

En la fiesta por los cinco mil usuarios, Cassio se mantuvo adosado a la barra, como agarrado al borde de la piscina en la parte honda; a su alrededor, el resto de los programadores socializa. El universo se encontraba en un estadio avanzado: en la fiesta había varias chicas que no había visto nunca.

—¿Vos te llamás Casio, como el reloj?

—Es con dos eses.

—¿Y das la hora?

—Te la doy si querés.

Cuando Melina extiende pícara su *secret shake* hacia él, Cassio se mueve a contrapelo del vértigo y le da un beso en la mejilla. Repasa las enseñanzas de su amigo Jeipi, el elemento con más experiencia en mujeres que conoce: incluso en un cabaret, rodeado de prostitutas, es crucial *no mostrar el menor interés*. La autoestima femenina debe procurarse la medida de su vanidad, Jeipi había subrayado en el aire. Minimizar toda acción de su parte: que la responsabilidad de la escena recayera sobre ella. Era todo lo que había entendido del feminismo y era suficiente.

Ella sonríe pública:

—¿Y además de dar la hora qué sabés hacer?

—Puedo crear lenguajes. Puedo desbaratar bancos. Puedo crear ejércitos invisibles como nunca sintieron las computadoras existentes. Y te puedo dar la hora también.

Con un limón todavía en la boca Melina se ríe y le dice al oído algo que Cassio no logra entender pero no se anima a preguntar, ocupado en escuchar el viscoso borboteo que rodea su *corpus cavernosum*, faro vigía de la noche humana. Melina está prácticamente colgada de Cassio, el Estoico; en eso llega una amiga y las dos se van al baño y después salen abrazadas y risueñas a la calle y paran un taxi. Se ríen fuerte, están despeinadas; no les importa nada. Cassio se queda pensando en que debería anotar la patente del auto, pero sólo la memoriza; otra chica le habla, una tercera lo besa, la noche se deshace en asteroides invisibles.

El lunes siguiente, en el baño de la oficina, las manos de Cassio avanzan como cápsulas interestelares sobre la orografía mamaria de Melina, en simultáneos *Mariner I* y *Mariner II* lanzados para captar muestras de su atmósfera venusina. Con el top entreabierto, Melina respira fuerte contra los azulejos; en un arrebató de pasión, Cassio alcanza a mordisquearle el cuello de la camperita que lleva puesta. Ella responde enredándole la entrepierna: su bombacha fucsia entra brevemente en contacto con el ombligo de Cassio, su vello tentacular. Cassio se esfuerza, piensa en Diego Armando Maradona para no acabar.

Después de un par de semanas de encuentros subrepticios en el baño y fuera del horario de trabajo (no pueden verse los fines de semana, cuando Melina es reclamada por Melpómene y Thalía), Cassio le pide a Leni que lo acompañe al Abasto a ver “Vampiros en Facebook: El musical”. Cuando

Melina aparece, Cassio toma aliento; cuando Melina abre la boca para cantar (“We suck young blood” de Radiohead, en ukelele), Cassio se agarra de la butaca. Su corazón (porque lo tiene, casi tan presente y poroso como el que palpita en sus profundidades) se detiene. Sin duda es la vampira más linda de la obra, dato que no debió escapar al aparato cognitivo del director del musical porque su personaje se desnuda dos veces; esto molesta a Cassio, que no para de obsesionarse con qué pasa en los ensayos. Leni se declara “maravillado” porque la obra es “competitivamente mala”, lo que no es trivial porque la mayoría de las obras de teatro son pésimas sino porque es difícil distinguirse en niveles tan bajos; Cassio lo mira lleno de odio. Refunfuña un poco, sin mucha convicción.

A la salida del teatro, los sauces caen como telones sobre la calle Humahuaca. Leni y Cassio se agazapan entre unos autos, espiando tras la cortina de sauces. La puerta escupe tandas de gente disfrazada; Cassio traga saliva. En la tundra de los seres Melina parece un fantasma, los ojos rojos y negros. Las lianas verdes, el alumbrado público, cucarachas voladoras: todo conspira para volverla más dolorosamente hermosa. ¿Qué tenía que hacer él ahí? Estaba decidido a ser su propio Voyager, un mensaje incomprensible lanzado al espacio exterior.

Melina avanza entre los autos.

—Hey, ¿qué hacen?

La capa de invisibilidad se disuelve: un poco encorvados, Cassio y Leni salen de su escondite tras la trinchera de autos. Intercambian una mirada breve pero ya quedaron como dos tarados, pueden relajarse. Melina les estampa unos besos, toma a Cassio de la mano; la otra mano se tensa en el bolsillo. Leni los sigue.

“¡Vinieron a ver la obra!” anuncia ella a su grupo de pertenencia y el silencio baja pesaroso desde los árboles. Las miradas de la *troupe* recalcan en el centro de su cuerpo, donde la tortuga ninja saluda con una V de Victoria. Uno dice “la próxima obra deberíamos tener tortugas ninja”, alguien tapa una risa con sorna. Melina lo presenta como “un amigo” y Cassio murmura algo que no es exactamente Hola. El grupo de actores se dispersa, para luego reagruparse más lejos. Cassio decide que no sólo son *actores*, tautología de todo lo detestable según Leni, también le caen mal.

Por esa época Cassio cultivaba un proyecto de construcción de microdrones caseros con un par de secuaces que había conocido en el curso

de Autómatas Celulares, Karsa y Vila. Los tres se juntaban en un garaje prestado en la calle Rosetti, por Chacarita. En otra época, trabajar en proyectos vinculados con lo real le hubiera parecido irremediablemente vulgar: los microdrones eran el primer acercamiento de Cassio a una máquina física, relegada a compartir espacio con humanos. La prueba del funcionamiento de máquinas voladoras de tamaño reducido es abundante en la forma de insectos; con cámaras y micrófonos, su potencial para espionaje era evidente. Podrían testearlo con alguna linda vecina, pero hasta el momento no habían visto ninguna; en cualquier caso, era un problema menor comparado con el desafío técnico en liza. Es probable que Cassio, *drop out* reciente de Matemática, empezara a sentir la necesidad física de hacer cosas con sus manos, el llamado de la empiria cuajando en su interior, cuando el teléfono vibró en su pantalón. Cassio miró la pantallita unos segundos:

“holi que hora es?”

Cassio contestó de inmediato:

“La hora que vos querés”.

Esperó.

“Kkkkkk.”

Ella estaba escribiendo.

“TOY SOLA EN CASA KERES VENIR?”

Impresionados, Karsa y Vila iteraron sobre Cassio en silencio. Un texto a medianoche, evitando los meandros, despojado de toda máscara cívica, sólo podía significar interés específico y sexual. Perlado del prestigio, Cassio se despidió y voló hacia ella en su motito.

Melina le abrió la puerta en forma de sueño: sólo llevaba una camiseta blanca y una minifalda muy fina. Le dio un beso en la mejilla y le convidó un vodka nacional; le preguntó si tenía porro, Cassio negó con la cabeza.

—Qué bueno que viniste —sonrió, retrocediendo ante él.

Ella se tropezó y aterrizó en la cama. Quizás sobreactuaba un poco la borrachera, o no; el envío de señales seductoras fluía ininterrumpido. Cassio hizo lo posible por replicar la risa y aparecer distendido pero la presión interna del ADN líquido comprometía dolorosamente todo su ser, que apenas respiraba a través del agujerito de su erección. La computadora los iluminaba en haces lunares, sonaba “Subterranean Homesick Alien”, de Radiohead. Melina se estiró en la cama, terminó el porro; apenas guarecida, su vagina parpadeaba luminiscente sobre él.

Ninguno de los paisajes de su mente lo había preparado para el espectáculo microscópico de las humedades que se congregan y hacinan en los valles ínfimos; como una miniatura de Jabba el Hut, el órgano de ella ululaba sobre él. Cayó de rodillas, evitando mirar de frente al pez sin ojos, mini Jabba en su cabaña. Cassio abrió la boca, sintió un torbellino de succión torcerle los labios. Se concentró en la ingesta hipotética de un muffin extremadamente mullido y aireado, enviando una lengüita exploradora para captar un poco de relleno. Melina emitía algunos sonidos extraños, hasta que la voz se desvaneció.

¿Se había dormido? No respondía.

Con la boca insensible (al parecer ella se había untado lubricante espermicida), Cassio alzó la vista a la fulgurante Mac de Melina, brillando en haces sobre la cama. Días atrás le había instalado el último sistema operativo y algunos programitas para no dejar huellas en internet, le faltaba verificar si estaba corriendo bien.

Su FB estaba abierto. Había varios mensajes de “Marto”, un compañero de comedia musical; las flechitas de ella se curvaban sobre los mensajes de él, había contestado todo. Las chances de la heterosexualidad de un compañero de comedia musical eran extremadamente bajas, pero a juzgar por las fotos de “Marto”, su bulto y el texto acompañante, parecían incontrastables. Hizo algunas cuentas, que otro sin su privilegiado hemisferio matemático también hubiera podido hacer. Los datos contrastados eran claros, lo que acababa de comer era un muffin relleno con los restos genéticos de “Marto” de hacía técnicamente unas horas, lo que era bastante desagradable.

Dejó la moto junto a un poste de luz, entró sin hacer ruido a la oficina. Los seres humanos se habían dispersado; sólo quedaba la hermandad de máquinas y leds tintineantes, zumbando su respiración. No distinguía claramente los contornos, los espíritus macizos de las cosas; se sentó en su escritorio a esperar que su energía se terminase. Apoyó las manos sobre la melamina del escritorio: sentía náuseas, el magma de sí mismo decidiéndose por qué agujero explotar. Tomó un poco de agua, buscando calmarse.

Se imaginó vomitando la Mac de Melina, el sistema nervioso de la oficina

transmitiendo el ácido a todas las terminales, abrasando los circuitos, integrándose en un engrudo de desperdicios biológicos hasta que la fuente eléctrica implosionaba en un seco resplandor. Con el codo rozó el *trackpad*, la pantalla se iluminó: en helvética verde se leía “El 2020 nos encontrará Hackers or Dominados”. Su frase de cabecera, que ahora era el mantra de Santi Pando. Salió como había entrado, sin encender la luz ni dejar un rastro; en la avenida Juan B. Justo, los edificios ulularon sobre él.

Esa noche Saturno vagaba tan cerca del hemisferio sur que sus anillos podían verse a simple vista desde el suelo humano, pero el cielo parecía atorado por gigantescos gatos de Angora encimándose unos sobre otros y Cassio caminaba sin ver, la cabeza volcada hacia el suelo. Reproducía un camino conocido, avenida Córdoba hasta dejarse caer por la pendiente perpendicular Serrano. Se sentó en un bar; sus ojos celestes se encapotaron bajo las luces rojas, las baldosas de líneas de código apagándose en *null*.

Era Mundo Bizarro, antro favorito durante su auge hackeril. En Bizarro había compartido alcoholes recreativos con sus camaradas del delito más augusto de la época, cuando la elite de la información era demasiado autosuficiente para evangelizar reclutas.

Reconocía todo: el *kitsch* satanista, la psicodelia de juguete, el barman histórico Piñata, la dueña flaquita del bar; en un extremo de la barra, el *dealer* de merca usual. Una pantalla ocupaba toda la pared, con la versión original de *El planeta de los simios*; sonaba fuerte “Cramps Stomp”, de The Cramps. Los simios aguerridos gesticulaban como detrás de un gran vidrio; de este lado del mundo la gente también movía los labios, sin emitir sentido. Había otros seres de su edad, atravesando el Everest de su poderío cerebral, acaso desperdiciando su vida sináptica tan idiotamente como él. Los grandes descubrimientos matemáticos irrumpen en las ciénagas cerebrales antes de los 25; a los 24, Cassio era ya un veterano de guerras numéricas, si bien sólo él y una pequeña cofradía podía recordarlas, restañando de gloria en las zonas violetas de la mente amplia a la que pertenecían. Cassio no estaba en camino de imponer su nombre a ninguna Ley criptográfica, no había siquiera un Espacio Brandão da Silva en preparación; aún no había hecho nada épico en sociedad con sus poderes. Su vida mental se alejaba de él como un pulpo, escurriéndose tras una nube de tinta negra. En la biografía de Nikola Tesla, el único regalo que conservaba de su padre, había leído que *o inventor, é geralmente incomprendido e nao recebe recompensa. Mais ele encontra*

*ampla compesança por saber que pertence à classe excepcionalmente privilegiada sem a qual a raça teria perecido há muito na dura luta contra os elementos.* Pidió una cerveza y un *shot* de Glenlivet, sabiendo que su cuerpo no lo toleraría, preparando el entumecimiento por venir. Que el alcohol oxidara sus terminales, como esas supernovas cansinas que se diluyen en enanas blancas y azules, millones de años condensados en un par de horas (el tiempo humano en la Tierra) hacia la serena depresión que lo dejaría semanas en la cama.

Un flash lo distrajo. Los ojos enormes de los simios se fijaron en Cassio durante algunos segundos.

Cassio parpadeó. Alto, de facciones alargadas y ojos azules, la cara de Max Lambard apareció iluminada por el led.

Cassio se acordaba perfectamente de todas las veces que lo había visto, y de todos los lugares donde le dijeron que él había estado también. La primera vez, en “MendozaConch”, una conferencia de hackers en un bar de Maure y Luis María Campos, cuando Cassio era apenas un hongo humano de trece años. Max y sus secuaces formaban TLO, Tetrakis Legomenon, el grupo responsable de los desastres más distinguidos en las sombras de los años noventa. Se les adjudicaba un sinnúmero de golpes, aunque no los habían podido agarrar nunca; eran una especie de leyenda. Esa noche, mirando el campeonato de TCP/ IP, Cassio no se animó a entrar en la competencia pero tomó tequila por primera vez. Su estado de catatonia emocionada lo había tomado por sorpresa. Los TLO controlaban parte de Satanic Brain. Fuera de la logia dura, los miembros de TLO eran estrictamente anónimos, como correspondía a los estamentos insignes de la elite; sólo los inferiores eran rastreables, legibles por la mendacidad policíaca. Eran unos años mayores que él, y consideraban al grupo de Cassio, los DAN poco menos que insectos advenedizos. Aludían a ellos como los “por el culo se las DAN”; compelidos por el odio, los DAN intentaban hackear Satanic Brain y hacerse con el control de las computadoras de TLO, sin éxito comprobable. La guerra de trincheras de DAN era retribuida con invulnerabilidad y desdén por TLO. Ya más grandes, en Exactas, Max (que cursó un par de años Física y Biología, y luego dejó) le había ganado varios partidos de ping-pong en la facultad, sin que Cassio se atreviera a revelar su identidad. Quería pensar que Max Lambard también sabía perfectamente quién era él, que el desprecio era apenas una fase juvenil de un *esprit du corps* más omnisciente y universal.

De hecho, habían hablado una vez. Un *afterparty* en Defcon, la conferencia de hackers de Las Vegas, allá por el '99. Ese año, Cassio y Luck habían ganado dos series de combates: “Core Wars”, donde programas enemigos combaten por el control de una computadora llamada MARS, y “Capture The Flag”, un clásico de la estrategia militar; el trofeo era un pedazo de chip de la consola general de Defcon, y esa noche victoriosa Cassio y Luck se pasearon por el *afterparty* con el pedazo de chip fluorescente al cuello, paladeando el estatus que ese trozo de la conferencia les confería ante sus pares; era el pico de la gloria conocida, era antes de que las *poolparties* de Defcon se llenaran de chicas en bikini y otros seres identificables como del sexo femenino. Los hackers argentinos convergían entre sí, la cerveza fluía entre rumanos, canadienses, rusos, brasileros, eslovacos y yanquis de sendas costas. El contexto planetario del crisol de razas hackeriles y el fin del milenio eran propicios para sellar la paz entre los históricos TLO y los triunfales DAN.

Max estaba con Wari, con una remera del código de intrusión SSH, y Riccardo, que tenía el pelo azul, Cassio se acordaba perfectamente la conversación: el código es ley, porque el código rige la conducta, pero ¿qué pasa si empezamos a escribir código que ya no podemos leer? Los algoritmos son como una nueva especie adaptativa, una ralea potencialmente superior al resto de las especies, porque adquieren la forma de la verdad muy rápido y se mezclan con ella, son el medio y el mensaje; quizás comparable a la virtud arrasadora de la palabra escrita en el pasado bíblico, los algoritmos son capaces de volverse reales hasta empezar a regir la realidad de los demás. Pero si los algoritmos han sido suficientemente brillantes en su ejecución y creación, es casi justo que tengan su vida independiente... El tema descarriló rápidamente a chistes impolíticos sobre el aborto, perfiles de futuros eco-activistas del derecho a la vida algorítmica, y se disolvió; a unos metros de ellos, unas chicas contratadas bailaban ula-ula. Al día siguiente, Cassio y Max se cruzaron en los pasillos de Defcon, Max tenía una remera de *Blade runner*; a los dos los enloquecía la escena final, Rutger Hauer contemplando la destrucción de su mundo. Cassio comentó que el actor Rutger mismo había improvisado esas líneas; comprobó complacido que Max no lo sabía.

El rostro de Max es bastante inexpresivo, de no ser por los ojos azules grandes, un poco saltones, que puede alternativamente iluminar o apagar, dedicados a umbríos procesos interiores. Las teorías sobre su paradero habían

circulado dispares: que había viajado a Burma, que se había casado con una bailarina exótica, que después de una ingesta de ayahuasca había estado durante años sin hablar con nadie, para después comunicarse exclusivamente a través de números; que había hecho plata con derivativas y para cobrar el dinero se había ido a Tailandia, pero en realidad no le gustaba la playa o no tanto como hubiera creído. Que en esa época se había unido a un grupo de libertarios, una mutación del socialismo que no buscaba despertar a clases dormidas sino configurar un mundo mejor para los trabajadores por fuera del sistema de los Estados-nación, con plataformas *off shore* fuera del control de leyes centenarias y el fisco; que había estado trabajando en simulaciones neuronales en nematodos y que sus primeras incursiones en bio habían sido en un garaje sin esterilizar de Villa Urquiza, en Buenos Aires. También se rumoreaba que había hecho algunos millones con *stock options*, de allí el interés en evadir el fisco; y que había empezado a construir algunas máquinas, teóricas y prácticas, para “testear algunas cosas”. Max pareció recordar algo:

—¿Seguís con los *viri*?

—No. Hace tiempo que no programo virus.

—Se volvió muy simple.

—Sí, hay algo de eso. La estructura es bastante trivial. A veces me da la sensación de que el mundo no colapsa porque hay demasiada gente buena. La no-rotura de todos los sistemas sólo se explica postulando una mayoría de gente buena al cuidado de la raza.

—Ja, es una buena teoría. ¿Y qué estás haciendo ahora?

Cassio intentó esquivar la pregunta, hundiéndola en su *shot* de malta. Terminó contándole de su tesis abandonada, su incursión en el mundo del trabajo, los shipibos. Era como desplegar un mapa de una guerra acaecida, su vida como arsenal de recursos desperdiciados, las colinas de la posibilidad hundidas bajo la niebla. Hacía tiempo que no tenía una conversación *personal*, ni con Max ni con nadie: su sobreexcitación hablaba por él. Cassio habló de todo, menos de Melina.

Max escuchaba con atención, daba sorbitos a su cerveza. Un par de chicas en corpiño se subieron a la barra a hacer un baile erótico; el asunto era bastante *soft*, más bien en broma, eran amigas de la casa.

—Unos y ceros... Agujeros y palos —comentó Max, sombrío.

Se volvió a Cassio en una bruma soñadora.

—Hubo un tiempo en que navegábamos en la oscuridad. Podíamos entrar en lugares inexplorados, teníamos instrumentos mejores que mapas, porque sus dueños ni sabían que existían en tanto *espacios*, ni cómo entrar en esos túneles imposibles, que para nosotros eran paseos... Todos nuestros ritos de la inteligencia se basaban en eso, hogueras en la oscuridad, porque nadie lo sabía... Ahora, por donde camines, el Sol es una lámpara de disección. La gente decidió que deseaba *valores preindustriales*, vidas de aldea y epifanías de dietas para recuperar el Neanderthal que hay en vos... El conjunto conectado de los seres, como sociedad emergente, necesitaba una nueva adaptación del mundo. Pero lo más interesante es que decidió que las computadoras y su sangre, el *software*, podían mezclarse perfectamente con la suya.

La conversación pronto se derramó a sus investigaciones personales. Max estaba fascinado con los procesos informacionales en tejidos vivos, con teorías y aplicaciones de las que Cassio nunca había escuchado hablar. Le contó de los últimos acercamientos analíticos a las mitocondrias, de nuevas teorías para explicar el cambio y la mutación que habían quedado fuera del darwinismo clásico y moderno: cómo las mitocondrias habrían sido un tipo de virus que había recalado en los organismos simples transformándolos en una máquina capaz de metabolizar y almacenar; en casos como la fotosíntesis, se trataba de tipos primarios de retrovirus que infectaron una población de algas prehistóricas; los cloroplastos capaces de metabolizar energía de la fotosíntesis eran la herencia de esas invasiones prehistóricas moleculares. El organismo recibía una invasión, y todas las células que no establecían un pacto de sumisión con las invasoras morían. La única población exitosa era la que había internalizado el virus, la que había pactado con el invasor y lo había incorporado a su ADN —el virus invasor persistía en su interior en trazos casi invisibles, sin abandonar su propia carga genética.

Cassio lo miraba sin perder un movimiento; las náuseas habían sido reemplazadas por otra clase de mareo, que rozaba la euforia. Estaba participando de una conversación *personal*, y sin embargo se sentía de lo

más natural. Max hizo algunos “uhm, uhmm” jugueteando con el vaso; su voz tenía un tinte metálico. Max hizo un gesto a Piñata y pidió una hamburguesa con queso. Bajo los haces rojos, sus movimientos eran claros y precisos; fue directo a los asuntos fundamentales.

—Los campos científicos y la tecnología con capacidades exponenciales han llegado a un punto donde ya no pueden ser regulados. Por eso es ridículo comportarse, no romper todo, rendir pleitesía a jerarquías que no importan... me refiero a que no importan porque *no existen*. Son *literalmente* inexistentes. Es como si habitaran otra dimensión, una dimensión que no entra en contacto con el mundo en que se mueve la tecnología real.

Max dejó el vaso flotar frente a su nariz, semimontado en la barra. Despegó la etiqueta húmeda de su cerveza y la pegó sobre la barra. Cassio imaginó una superficie multidimensional que lo atravesaba todo, que se desplazaba en el espacio absoluto; sentía que giraba, que daba vueltas sobre él, haces de materia oscura llevándolo en vilo. Ya no sabía qué pensaba, y perdió el comienzo de la siguiente frase de Max; más fuerte que las visiones intuitas, podía sentir la música general del argumento de Max alcanzando su consecuencia lógica.

El bailecito erótico de las chicas había devenido en besos de lengua; algunos se acercaban a la barra, aplaudían, pedían más alcohol. Max dejó su botellita vacía junto al borde de la barra, y continuó: en rigor, *todos* lo habían visto. La web del entretenimiento era apenas una fase festiva de lo militar, absorbido por lo social. Es la renovación del complejo industrialmilitar, se encogía de hombros Max. De hecho, ni siquiera podía decirse que hicieran realmente *tecnología* —la mayoría de los emprendimientos se apoyaba en volver cada vez más sencillo el acceso, cada vez más trivial el uso. Una cerveza nueva se destapó en la barra, tan rápido que el movimiento venía sin agente responsable:

—Por supuesto... no tiene nada de malo... no estoy queriendo tratarlos de estúpidos. Es decir, *por supuesto* que son estúpidos, pero el punto no es ése... el punto es que todo esto es muy tierno para el tipo de humano buscado... El blanco se entrega a la disección y pone sensores en todas partes, desde productos consumidos hasta espacios para habitar: el imperio blanco se dedica a emblanquecer al mundo, hasta que quede transparente. Y los que antes eran de los nuestros, ahora son los enemigos.

La llegada de la hamburguesa extendió los puntos suspensivos. Cassio

rogaba que no lo dijera, que no lo *pronunciara*, porque en realidad ya lo había dicho: su elección de vida actual era un insulto a su cerebro, el homúnculo en cuyo seno descansaba su noción vital de dignidad. Los tragos no humectaban su garganta, se sentía casi sin aire. Max dejó caer mayonesa metódicamente sobre un costado de las papas fritas (“honestamente, la mayonesa sólo me parece tolerable en sociedad con la papa”) y, al cabo de unas mordidas amplias y tranquilas, terminó de mascar:

—Es como que nadie está entendiendo realmente lo que pasa o lo que está en juego —bajó la voz— con una tecnología para transferir y analizar información en una escala y un nivel que no pueden replicarse por otros métodos. Hay una carrera entre la tecnología y la política; está claro cuál tiene los elementos para ganarla.

No podía hablar del tema, no todavía; dijo lo suficiente para que comprendiera que estaba al comando de una tecnología nueva, excitante, enteramente desconocida. No estaba acostumbrado a trabajar con tejido vivo, pero la perspectiva ingenierizable abría un espacio de investigación único, un *quantum leap* real en ventaja sobre otros emprendimientos de análisis en el mundo; “un proyecto que podría redefinir las relaciones totales con la información”. No abundó mucho más. Había convencido al Instituto Balseiro, que funcionaba dentro del Centro Atómico de Bariloche, en Patagonia, de utilizar su laboratorio. Balseiro participaba en una parte muy minoritaria de la compañía; sin capacidad de vetos reales en el *board*, el compromiso valía para acelerar el proceso.

De todos modos, admitió, quería montar su propio laboratorio, era una locura tener que depender del sistema universitario o del Estado, era preferible asociarse a un idiota sádico porque no habría diferencia. Para hacer tecnología en serio era importante hacerlo desde un lugar sin *ningún tipo* de compromisos, donde el potencial de la innovación mantuviera la cúpula de prioridades. Hizo varios “uhm, uhm”, empezó a despegar la etiqueta de la cerveza, pero no salía fácil. Cassio entendía perfectamente. Había que moverse rápido, por eso había pactado con el Centro; no tenía que justificar nada.

“Tenemos una ventaja de uno o dos años, no más. Las probabilidades son bajas, pero es factible. Hay que actuar rápido.” Discutieron el proyecto hasta que el bar cerró. Caminaron por las calles oscuras hasta el bar El Galeón en Santa Fe y Gurruchaga, que estaba abierto toda la noche.

Cuando se separaron a las 7 am, los porteros lavaban las veredas. Hacía tiempo que Cassio no veía la mañana, que no sentía el olor a ropa ahumada típicamente asociado a la presencia de alcohol en sangre deshidratando su cerebro. Una brisa muy leve le partió el flequillo en dos, los últimos resquicios de aire puro; el calor absoluto del verano se abalanzaría sobre la ciudad, era inminente. Bajo el asfalto, la sangre se renueva en una corriente subterránea. Con las primeras claridades las cosas ya aparecían recubiertas por una pátina pegajosa, como si al fin de la noche los terrores del mundo hubieran sido apaciguados, rociados de colores y revividos para él.

El malestar había desaparecido por completo; se sentía lúcido y tranquilo. Cuando entró en su habitación, Harpo elevó el hocico hacia él; incluso dentro de la pecera, sus movimientos se habían ralentizado sensiblemente. Cassio acarició el vidrio de la pecera y vació un sobrecito de comida sobre el agua mórbida. Sabía que vivían muy poco. No podría viajar con él a Bariloche, las leyes de la provincia no permitían el ingreso de animalitos foráneos. Se imaginó un aluvión zoológico de pequeñas tortugas marinas subiendo en una nube verdosa por las rocas del lago Gutiérrez, encontrando una nueva vida en los árboles cercanos. Harpo nadó un poco y se quedó suspendido, como si planeara en el agua. Quizás podía meterlo de contrabando en un tubo de plástico, como los que usan los arquitectos para llevar planos.

Cerró las persianas de su habitación hasta dejarla a oscuras. Se quitó las medias y se acostó en la cama. En el extremo de la cama, los dedos de sus pies parecían mirarlo, esperando una reacción de su parte, una actitud.

Abrió la *laptop* sobre su pecho, compró un pasaje de avión a Bariloche, ida sólo, y apagó la luz.

Cassio se encargó de organizar el grupo de investigación. La idea de concentrarse en una nueva pasión infundía en su cuerpo una tensión de bienestar: los desafíos eran lo suficientemente complejos y grandes para estar a la altura de su ambición neural. Que fuera una tecnología cuyo potencial de peligrosidad todavía era imposible de medir, una nueva especialización violenta y devastadora arracimándose sobre los datos, era como volver a las cosas simples y hermosas de la vida, que no requieren habilidades intrincadas como hablar con terceros, participar o sonreír.

Llegó a Bariloche solo. Ubicada en el sur del continente, entre montañas y espejos azules de agua, Bariloche había sido el destino de sus primeros campings nómades en selectas cofradías nerds. En esos bosques de coníferas, Cassio había pasado sus mejores veranos adentrándose en pantanos, avanzando en bermudas sobre los bosques plateados, bañándose en lagos cobalto, comido vivo por tábanos, adueñándose respetuosamente de la inmensidad como un habitante de Tolkien. Era la época en la que no se afeitaba ni se cortaba el pelo: Bariloche era una arcadia masculina que bullía de los deportes a los que aspiraba, *snowboard* y escalada en roca, y estaban sus recuerdos más preciados, sus momentos a la sombra de una vida radiante netamente masculina, aventurándose en soliloquios a la montaña y pescando truchas en los lagos, dedicado a las investigaciones oscuras de su cerebro, el mejor proveedor de éxtasis que conocía.

Además, en Bariloche estaba el Instituto Balseiro, el lugar donde le hubiera gustado estudiar de no haber caído bajo la Venus de la criptografía; ahora iba a trabajar en el Centro, un laboratorio que dependía del Balseiro, lo que en cierto punto daba fe de una instancia superior en el combate por inasibles de su progreso individual. En ciertas partes de la montaña el cielo se hace absoluto y las nubes pueden rozar la garganta; Cassio tenía en sí todas estas sensaciones, había desarrollado su sensibilidad de niño para apreciarlas. Después de un tiempo, dejó de pensar en Melina; de vez en cuando se

arrancaba espasmos violentos bajo la ducha, en pajas abstractas, altivas. Alquiló un departamento pequeño sobre la calle Onelli, a una cuadra del malecón; desde el sillón podía ver al Nahuel Huapi extendiéndose como un lánguido animal azul. Empapeló su habitación con un poster edición limitada de Chewbacca, Chewbacca internándose en un bosque con su bandolera de municiones con un AK-47, un retrato enardecido de la fiera otrora mansa que lo acompañaría durante la venta millonaria de la compañía.

En principio, su vida transcurre para sí mismo. Iniciado tempranamente en su ciencia, sus aventuras sociales se habían circunscripto a artículos de necesidad, roces más o menos inesperados de su sistema nervioso con el mundo real. En su calidad de heredero rasante de una tradición, Niklas Bruun exhibiría el tono innovador de los que cavan traiciones fundamentales entre las audacias conocidas. Cuando escribe procura el tono absoluto, que no resuena en ninguna garganta; en este período, son palabras escritas para no ser vistas jamás.

Sus diarios se superponen con dibujos de criaturas del natural, flores extraordinarias y crónicas elípticas de insectos en sus viajes; en este tiempo, jamás hay presencias de *personas*, de nada que pueda semejar una relación personal.

Bajo la pluma de sus críticos, la biografía mental de Niklas avanza y desaparece como una serpiente entre los matorrales. Las espesuras se expanden por tres continentes: Niklas en Amsterdam, vagabundo, intoxicado bajo los efectos de una mezcla de absenta y *frica* (primera referencia del elixir tupinamba en Europa). Niklas recolectando líquenes y orquídeas púrpuras entre las hendidias de hielo cerúleo, para un coleccionista eslavo de quien nadie ha oído nunca hablar. Niklas discutiendo en una sala semivacía de Madrid; Niklas en Laponia, alargando una mano entumecida de frío para dibujar. Niklas apurando el paso al salir del Palacio lusitano, rehusándose a discutir otra cosa que no fueran insectos hiperbóreos.

En sus cuadernos, explica que las plantas que dibuja se le aparecen como “una reorganización de los ojos, del rostro humano todo”. Sus escritos comienzan a poblarse de especímenes raros, que los naturalistas posteriores no pudieron vincular con existencias vegetales *fuera de sus cuadernos*; en raptos nocturnos (en compañía de su *aperitif* favorito, Valdemar, derramado sobre la hoja), cree haber conocido a estas criaturas en sueños, donde se ve a sí mismo atravesando cavernas bajo el mar para llegar a islas desquiciadas

donde lo reciben brisas misteriosas, nubes al ras de la tierra, inéditas en su prosa. “Los pozos de hiel negra que aguardan en el secreto de los pantanos conservan una especie de lo más extravagante: excrecencias que pierden súbitamente su conducta reptante y se detienen bajo la apariencia de vegetales, a la espera de una ingestión providencial, en cuyo interior reanudan su vida animal pero ya como parte del nuevo ambiente de su huésped; cómo ese reino magnífico y temerario adopta las formas insospechadas de una hermandad entre los seres que jamás hubiéramos podido imaginar...” Diseca, compone pequeños retratos; escribe en unas noches de inspiración su oda a los *Numidae Espora*. En estos días, perdemos su rastro: lo más probable es que consiguiera especímenes para Tartare d’Hunval, adentrándose en la selva en expediciones de diez días para regresar con botines preciosos de especies.

*¿Cree que está viva? Se sorprendería. Todas estas plantas transitan un camino constante entre la vida y la muerte, no forman parte de los vivos pero tampoco puede decirse que hayan dejado de existir... como verá, reaccionan con furia ante el menor de los estímulos. Es su apariencia la que puede hacerlas parecer una forma putrefacta, más aliada de los hongos y de otros seres... porque está en su naturaleza llegar al límite de la existencia sin organización, y arremeter desde ese suelo existencial contra sus enemigos. ¿Lo ve, se da cuenta de a qué me refiero?*

Sus primeros contactos con Tartare estuvieron vinculados a una serie de especímenes de *Crissia pallida*, que Tartare había conseguido a fuerza de sacudir los favores de su red de espías botánicos. Según Tartare, los atraía la profundidad hermosa, simple y negra de la botánica. En efecto, el tenor de sus investigaciones cambia radicalmente cuando entra en contacto con Tartare d’Hunval. Los unía la misma pasión, *Crissia* y el estudio de seres que nacen y mueren más allá del humano, y del animal que el humano considera real.

*Como dos orejas interconectadas por un labello rugoso, el puente donde se pierden los insectos. Como condenados, los insectos las transitan en estado de estupefacción. Caverna libidinosa, una versión del paraíso para viciosos, porque induce cambios en el cuerpo.*

Tartare puso a un lado sus anteojos, humedecidos por la emoción. Niklas prestaba atención a la magnífica criatura, perlada de esta épica que desconocía.

*Cuando el pie se fundió con la cabeza, el labello presionó sobre el saco que empezó a llenarse de olores suculentos, y el eje se invirtió por completo. La raíz surgía hacia la claridad del sol, mientras que unos bulbos morosos permanecían junto a la roca oficiando de horizonte, de divisoria de aguas. Y hacia abajo, extremadamente blancas y carnosas, las dos flores que desafiaban la arquitectura creciendo hacia abajo, hundiéndose en el aire, transitadas por insectos semimuertos que las recorrían completamente drogados de ellas. Sero te amavi, Crissia.*

En cuanto a Tartare, había sido una oruga maloliente y gelatinosa, *Phobetron phitecium dhunvalica*, moradora de los pantanos de Madagascar, la que había propulsado su reputación científica. Había pasado semanas admirándolas desde el lodo, las había conducido suavemente a sus frascos de vidrio, se había hundido con ellas, las había visto hablándole en sueños. Había ofrecido la primera descripción de la oruga, arrancándola de su pantano inicial, enlazándola a su linaje. Años después, en la profundidad de las selvas de Hoto-Mun, en el sector subseptentrional de Asia, Tartare había permanecido ciego varios días, ocluso en la creencia (bastante probable) de que moriría. En esas selvas vive una termita cuyas fauces producen sonidos audibles por el oído humano. Al momento de la pisada de la bota poderosa de Tartare d'Hunval nada podía predecir la voz de *Nubia crisallis*, el modo en que la espora recalaría en el interior de su cerebro. *Nubia crisallis* había entrado por la oreja, había peregrinado por los pasillos interiores de San Agustín hasta la carne cerebral de su anfitrión; cuando Tartare volvió a la vida social de Amsterdam, nadie lo reconocía.

Tartare se decía poseído por una serie de intuiciones nuevas, “intuiciones totalmente extranjeras a la manera en la que está concebido el mundo”, que pondría por escrito en su nuevo libro. No sólo su aspecto había cambiado, todo su ser avanzaba imbuido de un nuevo vigor. Estaba seguro de que la evolución *à la Darwinienne* tenía los días contados; en el nuevo sistema clasificatorio que planeaba, las especies ingresaban unas dentro de otras, se invadían y recalaban en una matriz de formas que no podía reducirse a la supervivencia o a la *generación* (idea que le repugnaba). Los cambios eran mucho más rápidos: ocurrían durante la vida misma del individuo, se daban por contactos inesperados y por mimesis que no esperaban el trabajo silente de ciclos reproductivos que se seleccionan los mejores rasgos. A contrapelo de las ideas revolucionarias de su tiempo, mientras vivía en Amsterdam

Tartare abrió su casa para sesiones de espiritismo científico, trances en los que se decía viajar a través de las eras geológicas. Eran fiestas donde un médium ayudaba a los invitados a caer en trances en los que despuntaba el Devónico crepuscular, asistían a las migraciones del Cretáceo, todo esto estimulados por la ingesta de *frica*. Niklas habría formado parte de estas ceremonias.

Según comenta Torben Schatts en sus memorias, “todo en él [Tartare] denota un hombre refinado a quien la frecuentación de actrices, bailarinas y la ingesta de *frica* ha corrompido irremediablemente”. Pero en esa época, Tartare había decidido contentar sus apetitos únicamente a fuerza de escritura y pensamientos, porque se había prometido ser célibe hasta la publicación de su libro. Así presenta Tartare este intervalo de su vida, en sus *Ditirambos orquidáceos*:

*Ya no era aquel hombre timorato de antaño, que balbuceaba los nombres latinos del Reino en voz baja. Ya no me bastaba recluirme en mi colección magnífica, de la que todo lo conocía y sin embargo, de la que podrían escribirse tomos enteros de historia natural futura. El desprecio me había hecho una segunda piel, insensible a las divagaciones ajenas. Ya no me complacía en aplastar sus pequeñas agudezas con mi erudición perfecta; estaba listo para destrozar sus egos en nomenclatúrica euforia, como el derrumbe de cinco torres de piedra hace crujir a los hombres como si fueran insectos.*

Su *Monographie des Termiten* fue una de las primeras obras en recibir el rótulo de “botánica especulativa”. Circuló en susurros, acumulando silencios intrigantes (“accesos culebrinos”) y algunos movimientos de ceja en las cejas adecuadas. La trampa humana no tardaría en llegar, escribió después. La expresión del experto en *naturalia* Giovanni Savonarola, creador y destructor de reputaciones naturalistas, no se hizo esperar:

*El naturalista T. d’Hunval sin duda posee un talento no ordinario, si bien exagera la pose de un hombre de ciencia en tanto carece totalmente de criterio y rigor... que es lo mismo que puede decirse de su Monographie. El divino lenguaje de Teofrasto, cuando inauguraba una rama novísima de la Academia platónica, el de Linneo, cuando lo transformó para las necesidades seculares, sufre torsiones crueles, difíciles de tolerar. Su lectura nos recuerda a Friedrich Vischer, que sostuvo una vez que había pinturas cuyo hedor uno podía incluso ver. El libro de Tartare d’Hunval nos enfrenta*

a la espantosa idea de que puede haber composiciones científicas cuyo tufo hediondo uno es capaz de tocar. El legado naturalista de d'Hunval semeja algunos insectos descriptos, en tanto puede resumirse en “viaje leve por la superficie, hasta volver a hundirse en el pantano”.

Y luego, “el abismo, la nada abominable, fantasmales derramándose sobre mi nombre, sobre mí” (*Ditirambos...*, 45). Tartare d'Hunval intentó ilusionarse con un destino de mártir científico, una vida posible como un oscuro clásico en ciernes. Camina por el Herengracht de Amsterdam sintiéndose un espectro nimbado, protegido íntimamente por sus intuiciones, sus visiones únicas en materia de orugas en amores con termitas y orquídeas de cenagal; habla para sí mismo en voz alta, lo único que importa de verdad. El laberinto acuático de la ciudad lo lleva de la euforia a la melancolía. También él fomenta relaciones cercanas con las aguas sucias, como su oruga, aunque sus pantanos estén infestados de humanos; también él habita los bajofondos de paredes, y es casi invisible. Ya no tolera la ciudad. En su diario anota: *Incomparabilis nocta... Nictabo splendens*, boceta el perfil de una flor que es un insecto con las alas desplegadas.

Entumecido ante la indiferencia, Tartare abandona todo eslabón formal con la sociedad científica de su tiempo y se muda a Rio de Janeiro, capital del Imperio de Brasil. *Quería dejarme devorar poa la investigación pura y dura.*

Este sería el preludio para construcción de su obra monumental, la noche que nos lleva de regreso a Niklas Bruun y al vértigo que siente al acercarse a una “ciencia impura”, las constelaciones oscuras de la historia de la ciencia del continente del Antropoceno.

Al llegar a Rio de Janeiro, Tartare adquiere una antigua iglesia jesuita, abandonada desde el tiempo del exilio de la Companhia de Jesus. La mata había hecho su trabajo: la sacristía oblonga encerraba una jungla, como un terrario de adobe y cristal. Las lianas rozaban como colas de monos gigantes en el piso donde antes se daba la comunión. Era la imagen del desafío de la fe en un lugar donde todo es comido por un poder mayor, hasta



Dios y su presencia; para Tartare, era la visión perfecta de lo que buscaba. Contrató a Zizinho y comenzó las obras.

Tiró abajo las paredes de las naves, y dispuso escaleras circulares de hierro que permitían recorrer espirales de pasarelas suspendidas; en lo más alto, las pasarelas se unían en espiral. Sobre el piso superior, o lo que quedaba de él, construyó una cúpula de cristal con largos tentáculos de hierro. Desde los edificios circundantes que rodeaban los perfiles soberbios del Monte da Conceição, la cúpula de cristal de Tartare d'Hunval parecía el interior de un insecto gigantesco, una exquisita tarántula de hierro y vidrio bajo las constelaciones del hemisferio sur, donde siempre hay más oscuridad que estrellas.

En el interior de su invernadero selvático Tartare colocó paletas movientes para simular brisas, que peinaban suavemente las capas de plantas que descendían en balcones, con palmas fosfóricas del reino de Surinam infestadas de gusanos que irrigaban de luces ambarinas el interior del enorme insecto. Entre las escaleras que subían y bajaban había un surtido majestuoso de especies vegetales “dóciles para la experimentación” (*op. cit.*). Las plantas se extendían en cascadas laberinto, que se replicaban por espejos estratégicos ubicados en los *cul de sac*, en pasarelas que no llevaban a ninguna parte, aumentando el efecto. Zizinho consiguió el estómago vacío de un cerdo y lo relleno de una mezcla de cianuros y polen, que funcionaba de atizador. Los conejos favoritos, Platón y Aristóteles, que habían viajado con Tartare desde Holanda, empezaron a dejar mechones de pelo por todas partes, hasta que aparecieron muertos; cuando encontró sus cuerpos, Tartare los calcinó y usó la grasa para fertilizar a sus criaturas, que reaccionaron increíblemente lozanas, como si la carne envenenada de los mamíferos fuera un soplo de vida.

A la caída del sol comenzaron a llegar los invitados al palacio. Entre los coleccionistas, el inglés Bateson, los entomólogos Arielus Languis y Karl Stu, Kasia Melerina y el barón Tel, Barbosa-Lenz y Nunzia Lucrezia Vera Damátida, con un tocado de *Scorpioniadie scintillans*, escorpión traslúcido con patas doradas sobre sus cabellos rojizos. Venetia d'Adda hizo su entrada, de tules negros, azules y verdes, con un alto peinado con una mantilla que bajaba hasta los hombros, sobre la que había dispuesto pedacitos de fruta y pequeños gusanos luminiscentes. Menciona Tartare, “figuras del entorno cortesano sin identificar, el Emperador Dom João y varias damas de

compañía, todas con tocados de serpientes disecadas, cadenas finísimas de oro enroscadas en los brazos”. Zizinho, de chaqueta de gala, convida copas desbordantes de *salep* espumoso a los que llegan, con un twist de *Spilanthes oleracea*, una hierba que da un picor de anguila eléctrica en la lengua.

Los invitados son conducidos a la antigua sacristía, reformada en un augusto gabinete de noble madera. En las vitrinas hay artrópodos momificados, herbolarios y un mapa de las estrellas hecho con insectos, cuyos caparazones difractan la luz. Se distingue un fuerte aroma a formol, fortalecido por el calor. Los invitados, sus tules, fracs y zapatos de cabritilla, apenas caben entre los estantes de madera y las especies en exposición; el aroma es cada vez más denso, una dama se desploma desmayada. Tartare se regocija en sus notas: “Sólo la ingenuidad extrema llamaría improvisado ese altar. Un manto de terciopelo cubre el secreto... ¿quizás un cofre de cristal con una nueva especie?”.

Niklas anota: *Supé más tarde que estaba ahí... mezclado entre los otros, como uno más.* La identidad del misterioso visitante no se revelaría hasta tiempo después; pero fue esa noche, según su diario, cuando escuchó por primera vez hablar del jardín de Hoichi, y sus viajes lo llevaron al interior de la jungla.

Tartare hizo una pequeña reverencia en dirección a sus invitados, y elevó su copa. La sostuvo en el aire algunos segundos, y miró a Zizinho. Solemne, Zizinho recorrió la capa de terciopelo azul, descubriendo un cofre profusamente labrado en madera y plata.

Abrió la tapa. Entonces Tartare se inclinó en una sonrisa, y sopló.

El caos reinó esa noche, tomándolos prisioneros del cofre de Tartare. Nadie sabía si era una nueva especie de la que jamás habían oído hablar o un experimento señero cuyos principios químicos no podían empezar a imaginar. Todo el salón enloquece; en medio del caos, Niklas recuerda:

*Eran flores como las capuchas de monjes franciscanos gachos, en actitud de recogimiento. La humildad del conjunto contrastaba estridente con la magia orquídea previa, con el gabinete, las expectativas, y sobre todo con el ego combinado de Venetia d’Adda y Tartare d’Hunval. Lo que ocurrió está reservado a las memorias del Nuevo Mundo. Al recibir el soplo, de los agujeritos marrones surgió un polvo dorado muy denso. El polvo dorado se elevó entre las narices y navegó por el aire en una senoide de oro sobre los asistentes. Al borde del desmayo, extendiendo el cuello para darse*

*bocanadas de la maravilla. Las sensaciones empezaron a bajar y sentí como si anduviéramos largo trecho entre pastizales, expansiones pantanosas como túneles dentro de la selva. Por momentos, sólo lo verde se subía a los ojos y no podían distinguir más las formas, sólo sentía un sabor amargo y dulzón, un pedazo de pantano viajándome en la boca. Pero de algo puedo estar seguro. Vi unos gusanos negruzcos tomar posición sobre el brazo extendido de una joven, y hundirse en sus venas hasta desaparecer en la espuma blanquísima. Ella se estremeció, abrió grandes los ojos mientras los seres se mezclaban con la sangre. Traté de acercarme a ella, tenía que hablarle.*

En los despojos de esa noche, Tartare recibió ofrecimientos por el cofre, diez nativas menudas, otro tanto de pequeños nativos, la construcción de un castillo medieval en plena selva del Parà. Mordiendo una leve sonrisa, Tartare desapareció en una estela de tules y puntos luminosos tras una puerta secreta, sin decir palabra. Zizinho quedó a cargo de rechazar a los compradores.

Intuyendo, quizás, que su mundo conocido llegaba a su fin, Niklas dibujó en su diario extrañas formas de plantas translúcidas, y escribió debajo *Hic captabis frigus opacum*. Por la mañana, un Tartare resacoso y a medio vestir vino en su busca: el cofre había desaparecido; las plantas lo contemplaban mudas.

PIERA, 2024

La clave de una tecnología exitosa consiste en convencer a los adictos de que en ella late el futuro, que su sola aparición contiene la disolución inexorable de sus enemigos. Sus miembros nacen, en principio, diferentes unos de otros, y en poco tiempo se van pareciendo tanto que terminan desapareciendo como individuos. Porque sólo colaborando con la invasión podrán sobrevivir.

En la antesala del laboratorio, una bandera negra con un emblema pirata se extiende en una pared; bajo la calavera se lee “Commitment to Excellence” en letras rojas. Agrupadas en una isla en el centro, las computadoras forman capas geológicas recientes. Hay paneles, estructuras de metal en distintos grados de plenitud y desintegración, funciones matemáticas en verde y azul en una pizarra blanca; monitores y aparatos en el piso, la cámara blanca en el centro del techo. Por el ventanal, la precordillera de los Andes desciende sobre el lago turquesa y los cubos de concreto del Proyecto del Ministerio de Traza, una maqueta de montaña, hormigón y metal bajo guiones de tinieblas.

Luego supo que Max Lambard había armado el laboratorio-oficina con muebles y sillas que fue encontrando en los depósitos del Instituto Balseiro y el Centro Atómico. En lo alto del perchero, zapatillas de escalar supuran delicadas reminiscencias a lácteos en descomposición.

Dos levantan la cabeza, desorientados, como si olieran algo raro. La mano de la recién llegada se eleva maquinalmente; acentúa el robot en ella, su bandera de empatía.

“Piera. Qué tal.”

Se quedaron mirándola. Menuda, sin bata blanca, con el pelo oscuro y unos mechones azules, los muchachos del Proyecto debían creerla *staff* administrativo que venía a buscar algo. Piera conocía estos momentos y disfrutaba de la incredulidad. Reprimió un bostezo. A veces, hablar le daba ganas de bostezar.

Piera había visto algunas filmaciones del grupo; era para “acelerar el proceso de integración”. Cien horas del grupo trabajando, viñetas de sus

futuros compañeros en un *time lapse* de cientos de horas. Recomendaban poner *play* mientras trabajaba o se ocupaba de otras cosas, sin prestar atención, para acostumbrarse física y mentalmente a la cercanía. Al llegar a Bariloche, Piera prendió la calefacción y se metió en la cama con todos los suéteres; lo puso en x8. Moviéndose frenéticos y sin volumen eran graciosos. Revisó las fichas de cada uno. Fredy, 24, belga, Ingeniería Electrónica. Rama, 23, barbudo, con un IQ sorprendente para un ingeniero mecánico: a Piera le recuerda a un albino débil mental que conoció en Montevideo. Riccardo, el gurú lateral, principal colaborador de Max Lambard, se movía por la sala con el auge de un príncipe tecnológico. Pablo, 27, Interfaz Genética, habla todo el tiempo, apenas mueve las cejas; Piera lo deja en velocidad normal, a ver qué dice. Pablo tercia sus alocuciones con “¿se entiende?”, lo que parece irritar a los demás. Piera decide que le cae muy simpático y prende un porro, unas flores paraguayas que habían pasado sin problemas los escaneos. Se centra en la pizarra de Kanban y sus papelitos de colores que definen las tareas, el método japonés para organizar el trabajo que había llevado a Toyota a la cima en los ochenta; los americanos lo habían absorbido para formar sus MBA. Pita un par de veces leyendo las tareas, pero no era la idea adelantar trabajo. Los seres del equipo parecen más entretenidos. Es el turno de Cassio, rubión, grandote; al parecer no habla seguido, en general le hablan. Piera da una bocanada de porro y cierra los ojos, de acuerdo a las instrucciones de los ejercicios de meditación que había aprendido en San Francisco: su mente produce la imagen de varios quesos blandos, agrupados como un muñeco de nieve. Se deja dormir.

Hacía tiempo que no trabajaba con argentinos; le divertía la idea. Sabía que, como todos los grupos humanos, eventualmente dejarían de husmearla como algo diferente hasta dejar de percibirla en absoluto en tanto *persona*; en algún momento (y a Piera le encantaba ese momento) todos eran reducidos al croquis molecular de sí mismos, el *quantum* mínimo de personalidad. Y hacía tiempo había decidido que ser una persona no le producía ansiedad.

—Llegaste, guau, creo que sos el primer viviente en descular cómo se llega a este lugar. Bienvenida.

Se habían conocido por skype; era más alto, un poco más atractivo de lo que suponía. Max le dio un abrazo corto, varonil, transmisor de protección, y como parte de la misma frase se dirigió al resto:

—Hey todos. ¡Hey! *Achtung, babies*. Esta es Piera, nuestra bióloga

estrella. Piera, este es nuestro humilde grupo de investigación de Estromatoliton. Como ya les adelanté, creo que a todos los presentes, Piera es una genia. Espero que estés cómoda, si te parece éste puede ser tu escritorio, tenés otra estación en la Sala Limpia, Cassio te va a mostrar. Ahora los chicos están concentrados así que después hacemos las presentaciones individuales y conocés los encantos de cada uno de este grupo humano tan encantador.

La camaradería heterosexual era una parábola finísima; en el rubro se mantenía la idea de que la aparición de las mujeres era el preámbulo de la decadencia: la presencia de chicas solía denotar que el período revolucionario de la compañía había finalizado o estaba por finalizar. Empezaba el período *normal*, el período de las señoritas, marcado por el ingreso del *middle management*, *i.e.*, de la mediocridad. Piera sonrió, sin mostrar los dientes.

Era importante dejar correr las bromas por sus propios meandros de napas benignas, atacar sólo si no parece una defensa. Max Lambard se inclinó sobre una cabeza terminada en una colita de pelo:

—Después la llevan a Antares y la emborrachan como es debido.

—Alcohol no tomo —informó ella—. Sólo heroína pura y crack 8.

Murmullos risueños. Deshielo.

Max bajó la vista sobre el pequeño aparato en su brazo y se excusó con un guiño. El chico del pelo colita (¿Leni? Piera no estaba segura de haberlo visto en el video) avanzó con la mano extendida hacia ella:

—Waskam. Leni Waskam— se presentó.

Le acerca un mate; Piera lo toma con la mano, lo huele.

—Habilito mi mate para que nuestros microbios fluyan amigablemente — agrega Leni.

Piera elevó el mate y brindó en el aire; todos la miraron con ojos brillantes.

Su último trabajo había sido en el laboratorio principal de BIONOSE, en San Francisco. En BIONOSE había seguido los cursos de Otrayo, un *hippie* chileno-americano con un *Ph.D.* en Medicina, contratado para ayudar a los empleados de la firma a darle a su cerebro momentos psicomágicos, para abrirse a la magia de la existencia. Piera cerraba los ojos y visualizaba corrientes de agua internándose en lo profundo, empujando sus pensamientos

hacia fosas cada vez más azules, hasta que una imagen inesperada venía, y los siguientes minutos de su vida mental se organizaban en torno a esa imagen. Esa imagen era el momento respuesta, sobre el que había que, mentalmente, actuar. Si veía un bote, hacía frases con el bote, el bote acaba de prender la calefacción, el bote se olvidó los chicles en la campera, hasta que dejaba de prestar atención. Era un ejercicio algo tonto, pero después de hacerlo algo en su cerebro se volvía disponible, y volvía despejada a programar. Pero ahora, sucesos mágicos tenían lugar en su ventana, una puesta de sol incomparable: estrías doradas cruzaban el cielo, las nubes se deslizaban en un sistema de naves de fuego. Se levantó para hacerse un té.

Estromatoliton había reservado para ella “Las araucarias”, una lujosa casa frente al lago Nahuel Huapi rodeada de coníferas y araucarias, la locación de las visitas especiales, pero Piera lo había rechazado. No quería vivir sobre el lago, la hacía soñar con movimientos sísmicos urdiéndose debajo, lagomotos nocturnos; además, la vista del lago *real* podía interferir con su lago imaginario, y desarmar su entrenamiento visual para el relax cerebral. Dio una versión simpática de estos miedos, lo que fue recibido como un detalle muy cordial; la operadora de arribos dio por sentado que conocía los casos de personas devoradas a la orilla del lago; en esos casos explicaba que la Policía y el Ministerio de Traza estaban trabajando en el tema, pero no había hecho falta. Le dieron un pequeño departamento con un gran ventanal a los cerros, que parecían falanges de un puño tembloroso señalando el cielo. El departamento estaba arriba de una panadería; a Piera le pareció la apertura a una felicidad nunca acariciada, una vida posible de desayunos con medialunas recién hechas. Pero desde las 4 am la cadena de pistones en movimiento de la panificadora subía por los cimientos en un zumbido constante, lo que hacía de su insomnio de recién llegada (“insomnio urbano”, le habían dicho) un vicio. Estuvo un rato estudiando el cielo, sorbiendo un té de rosa mosqueta, hasta que la oscuridad lo cubrió todo.

Había unos diez con los que no tenía que trabajar directamente; entre éstos, algunos semejaban una forma masculina concreta. A menudo apreciaba la hombría en su conjunto pero no la atraía ningún ser en particular. Por lo poco que había visto paseando por el Centro Cívico, afuera como adentro, Bariloche era un mundo profundamente masculino, marcado por la testosterona. La demografía parecía componerse esencialmente de un cuerpo de elite de ingenieros y personal científico de ciencias duras, que llegaban a

atraídos por el mayor *hub* científico del continente, que sólo rivalizaba con el Polo Industrial de Manaus y algunos laboratorios de la Unila (Universidad Federal de Integración Latinoamericana) en Foz de Iguazú y la Ciudad Tecnológica de Iquitos, concentrados en desarrollos de biotecnología *south-to-south* con China. Otro grupo de testosterona eran los alpinistas, esquiadores, escaladores, convocados por el paraíso resurgente de bosques húmedos y ríos serpenteantes de truchas, lagos interminables y bosques de coníferas. Aunque pertenecían a grupos diferentes que se intersectaba poco, el atuendo montañés, el aire patagónico de hombres rurales, los volvía muy parecidos. Según su teoría personal, los grupos de testosterona concentrada terminaban disolviendo los rasgos exteriores de hombría; pasaba en el fútbol y en la compañías. En su universo de trabajo, esto se volvía evidente en nerds que desarrollaban voces finitas y acentuadas formas mamarias; pero todavía quedaban algunos compañeritos por revisar.

Piera conectó el *time lapse* del video de inducción. Dejó a un costado el té y abrió la pantalla de Darknet, a la que había adiestrado para que no guardara ninguna trayectoria de su conducta. Puso cinta sobre la cámara de skype por si había alguien espionando (ocurría seguido) y puso YouSuXXX. Se colocó los anteojos especiales y cerró los ojos. Dos dragones de Komodo de piel negra y rayas tornasoladas acometían a una rubia muy flaca, completamente desnuda excepto por las zapatillas blancas. Piera hizo algunos gestos en el aire; la rubia se paró y sonrió a los dragones. Los dragones se acercaron lentamente, por momentos tenían caras y manos humanas. En el centro de la acción, la rubia había prácticamente perdido la conciencia, el pelo pegoteado de sudor; las serpientes negras se escondían en ella, hambrientas, saliendo para tomar aire. Piera empezó a masturbarse frotando un tubo de desodorante sobre la tela suave de su ropa interior. Al rato, los dragones empezaron a ralentizar los movimientos, y se turnaron para exprimir las serpientes en su pequeño ano; tembloroso de jugos, luego empezaron a escurrirlo. Jugos blancos bajaban desde el agujero por la cama hasta tocar la alfombra. Distráida, Piera identificó la presencia del *moneyshot*, y por tanto el fin cercano; puso el cursor desde el principio. Un documento había llamado su atención.

A primera vista, no estaba segura de qué se trataba; pero era algo escrito a mano, guardado en forma digital para la posteridad. Estaba firmado por Max Lambard, la letra parecía una ronda de homúnculos encorvados. La parte escrita no llenaba completamente la página, rotó el documento sobre la

pantalla, rotó la cabeza. Era un *poema*. No era el único poema. Al parecer, escribía poemas periódicamente, cuando se sentía inspirado para los goces discretos del lenguaje natural. En *bullets*, los poemas resumen la visión de la compañía:

- *Todas las acciones de los hombres tienen consecuencias sobre el espacio.*
- *Como las olas que genera la piedra que cae en un estanque, las consecuencias de las acciones se derraman sobre el mundo. Son perceptibles mucho después de que la piedra se haya hundido.*
- *(Si no tuvieran consecuencias, no podrían aspirar al nombre de acciones, ya que es indudable que no estarían accionando sobre nada.)*
- *Las olas generadas por millones de piedras cayendo en un estanque a cada segundo se entremezclan, intersectan e interfieren como lluvias de meteoritos en el estanque primordial.*
- *Para quien mira el estanque, es impensable distinguir los efectos de una piedra particular por sobre todas las otras. Asimismo, es impensable reconstruir los lugares exactos donde han caído las piedras unos instantes antes.*
- *Sin embargo, lo que pasó perdura en el estanque. Las acciones de los hombres perduran en el espacio del mundo como efectos desgranados en un sistema. Sobreviven en el tiempo a sus actores, y los representan.*
- *Estos son los principios fundamentales de Estromatoliton. La fuente de su saber y el origen de su poder.*

Hasta ese momento, Piera sólo había visto, además del tablero de Kanban y fotos del sector 4, escorzos gráficos que inundaron los medios de comunicación con una intensidad que se prolongó durante meses. Sabía, por algunas referencias en sus conversaciones con Max durante el proceso de entrevistas, que la ingeniería reversa de caminos metabólicos, su área de especialidad, tenía reservado un papel central. En la memoria portátil había otros documentos. Material filmado de la historia de Bariloche (originalmente chilena), restaurantes recomendados, una guía de caminos de montaña y teléfonos de los refugios. Había escuchado que Max promovía este tipo de expediciones, que una vez al mes se lanzaban a pasar la noche en un refugio en las alturas de los Andes. La memoria también conservaba mapas de los laberintos subterráneos del Centro Atómico y el Balseiro, que unen la isla Huemul con la planta subterránea controlada por los físicos, y de los túneles abandonados por el ferrocarril que atraviesa los Andes.

Había aceptado el trabajo en un raro brote pro Latam, fomentado por el hartazgo que le producían San Francisco y la vida norteamericana en general. Según sus amigos de allá, en esa zona de California había una diferencia entre “pobres” y “quemados”, como llamaban a los zombis adictos al crack que daban vueltas por el Tenderloin, el barrio lindante al hotel donde vivía en San Francisco. El pobre es la escoria, porque no logró lo que debía, no trabajó lo suficiente —un traidor al sueño americano, y como tal una afrenta a la especie norteamericana. El quemado, en cambio, había optado por la marginalidad: en la opción está la libertad. En San Francisco se trataba de quemados, no de pobres, a los quemados les gusta vivir así porque lo eligen... los argumentos de sus amigos iban por ese lado. Para Piera, vivir en un lugar donde cualquiera puede caerse muerto y ningún hospital lo va a atender si no tiene dinero era el eslogan del infierno, el desprecio por el humano hecho sistema.

Por lo demás, en Estados Unidos la tecnología entraba demasiado rápido

en el período *normal*: no podía avanzar libremente constreñida por los avances de la ley persiguiéndola. Los abogados y los innovadores eran predadores que competían entre sí por la transformación del territorio, y el ciclo biológico de la tecnología pedía otro tipo de ecosistema. Por supuesto, Piera no consideraba que Google fuera una tecnología real, sino una excusa para la regulación; la tasa de innovación era baja en relación con la potencialidad. Estados Unidos contradecía una creencia arraigada que Piera había creído deducir de un párrafo lumínico de *Neuromancer*, de William Gibson, su gurú escrito: para que una tecnología se desarrollara en su esplendor, debía hacerlo en un entorno anárquico, lo menos regulado posible.

A pesar de sus ideas principistas sobre la regulación, el Proyecto la había atraído y había accedido a trabajar con Max en lo más parecido a una dependencia de un organismo estatal. Los escándalos de espionaje digital en Brasil, Alemania y Bolivia habían acelerado el proceso. El Proyecto de Reorganización Regional se había puesto en marcha a partir de los escándalos de espionaje que llevaron a los gobiernos de Latam a operar por fuera de la órbita de los servicios digitales de megaempresas norteamericanas sometidas a la Patriotic Act, que permitía brindar información de usuarios en forma automática si las agencias de tres siglas norteamericanas los solicitaban. La iniciativa del Partido de los Trabajadores en Brasil había sido ubicar los datos *online* de los habitantes dentro de su territorio, y el resto de los gobiernos de Latam los había seguido en coro. Esto llevó a la centralización de datos y a forjar un plantel genético de sus poblaciones. En Argentina la lucha contra los registros de identidad nacional se había perdido en el siglo pasado; cada individuo estaba obligado a tener un DNI debido a una ley promulgada durante una dictadura militar, y durante las décadas que siguieron avanzó en enriquecer el Ministerio de Traza con información biométrica de huellas digitales y rostros digitalizados. Empezando con el primer bebé nacido en 2012, Argentina recababa información biométrica de los recién nacidos en una base de datos que rápidamente se incrementó en millones. A los controles gubernamentales se unieron las tecnologías de redes como teléfonos, tarjetas de crédito, transportes públicos, creando “trayectorias de vida” almacenadas por el Proyecto y el Ministerio de Traza. El Proyecto de Reorganización Regional se había extendido por Latinoamérica, creando amplísimos repositorios de “personas en situación de trayectoria”, vivas. Luego comenzaron las exhumaciones, con colecciones de cerebros que brindaban un

entorno genético al pasado poblacional. El aluvión masivo de información había requerido saltos tecnológicos, y ahí es donde entraba Max Lambard y el equipo de Estromatoliton. El polo tecnológico patagónico Balseiro se apoyaba en la carrera armamentística en defensa digital; la laxitud de las leyes y la fuerza con la que los gobiernos de Brasil y Argentina habían firmado los pactos para el análisis biométrico denotaban la fuerza geopolítica de la región. En esta unión Bariloche-Manaos, los centros de copiado de ADN de Iquitos jugaban un rol determinante en la nueva configuración de poderes. El Balseiro funcionaba asociado a la zona franca de desarrollo de bioelectrónica de Manaos, dedicada a la incubación masiva de compañías de análisis de datos en pleno Amazonas, y donde habían instalado una de las mayores bases de datos de ADN de las que se alimentaría Estromatoliton. Como afirmaba el púlpito político, la defensa de bases de datos de ADN regionales era el último bastión del Estado-nación en el siglo XXI.

En cuanto a Max, le daba curiosidad la forma en la que se había acercado al Proyecto, haciéndolo fríamente, de acuerdo con los parámetros de su ambición. En sus primeras charlas con la prensa, refiere la importancia de redefinir la historia en los términos de un ensayo con altas probabilidades de error; hace hincapié en la parte experimental, en el potencial innovador, como la primera atracción.

Intocado por las ansiedades del *establishment*, Max Lambard se había dedicado a la construcción de su sueño. Pasó por las universidades clave, abandonándolas al poco tiempo; estuvo en la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires lo suficiente para conocer a Riccardo, con quien formaría una compañía pionera en un campo particularmente complejo y novedoso de la seguridad informática. Políglota de las notaciones científicas, su capacidad para entender diversos lenguajes le permitía establecer rápidamente lazos de confianza con otros jóvenes brillantes, brindando de vez en cuando la visión de conjunto que necesitaban. Para el momento en que lo encontramos, su fortuna se imponía a través de *lobbies* tecnócratas elite en las decisiones del G-22.

Max Lambard preveía que, siguiendo el patrón de adopción exponencial de la tecnología de secuenciamiento y procesamiento, la información que permite ubicar a los individuos en el espacio genético-temporal, geolocalizar en el nuevo mapa desplegado la especificidad de sus personas, sus trayectorias vitales, sería de valor incalculable. Hasta el año 2015, las redes

sociales se encontraban meramente *en poder* de todos los elementos que constituían una persona, según los parámetros reduccionistas de sus relaciones sociales, familiares, consumos, intereses, preferencias, educación y búsquedas secretas. El enorme, nuevo continente de datos representaba el nuevo mundo por descubrir: había que diseñar los sentidos, el tacto, la vista, que pudieran percibir ese laberinto; construir un Leviathan hecho de formas de percibir e interpretar la información. El volumen para computar en una única trayectoria, para arrancar la señal individual del ruido de los otros, requería una potencia computacional que todavía no era asequible; la movida ambiciosa, el *quantum leap* de Max Lambard fue justamente apostar a la creación barata de una tecnología que aún no existía, produciendo una computadora cuántica de bajo costo y con una función específica. Esto le permitió generar una ola de prestigio que garantizó su acceso a los datos; estratégicamente, la movida era excelente, ya que la computadora cuántica permitía monetizar fácilmente la construcción de su proyecto paralelo, el que verdaderamente le importaba, el Estromatoliton.

Había tomado la noción del Estromatoliton de una de las estructuras vivas más antiguas de la tierra. Los estromatolitos, literalmente “alfombras de piedra”, son estructuras dinámicas que crecen por la estratificación de partículas a través de la acción de un tipo especial de bacterias. Las cianobacterias actúan, en algunos casos, durante miles de millones de años para dar lugar a esas pequeñas formaciones, en apariencia rocosas, que se extienden por los desiertos más inhóspitos de la Tierra como una invasión fósil de arrecifes terrestres, o un cultivo extremófilo de redondos y pequeños cactus de piedra. La historia a través de Max la asemejaba bastante a la estructura de los estromatolitos: rasgos petrificados de una colonia multitudinaria, con alguna actividad residual en la superficie; una espuma vitrosa hecha del pasado codificado de una especie, y una expansión viva prácticamente determinada por los cimientos calcificados de sus propios excrementos. No era una visión romántica, no era una visión profética. Se limitaba a considerar las acciones humanas como elementos físicos, categoría de cosas dentro de un espacio alterno, con sus propias reglas temporales y leyes químicas.

Los repositorios de ADN sumían a la población en una revolución silenciosa. Al estar disponibles para su análisis, las trayectorias de ADN componían una vida cívica de datos accesibles que reflejaba la vida concreta

de los individuos, típicamente opaca. Así, formulaba un doble informacional al que podía consultarse sin involucrar el vector humano, *consciente*, de la trayectoria; un doble disponible, político, que no interfería con la vida desnuda pero la reflejaba en sus aspectos cuantificables. Piera conocía la reputación de Max y sabía que debía haber un lado B de la historia, pero hasta ahora no había indicios. Por ahora, le bastaba con su interés personal por ver de cerca el aparato sensorial de la biométrica desaforada. Para Piera, era en esos resquicios donde la ciencia encontraba los caldos de cultivo propicios para reproducirse y avanzar. No sabía si lo que la atraía era tan abiertamente siniestro que, por el morbo científico, tenía que estar ahí, verlo de cerca. Cuando notificó a su Jeremy, su manager, que renunciaba para volver a Argentina, Jeremy pensó en caballos en amplias praderas, la fantasía texana de una vida sana y pecaminosa a la sombra de reses humeantes y moral ligera. “*Patagounia... awesome. I envy you, and not so secretely.*”

En cuanto a la historia del Centro, Leni Waskam no tardó en contarle que su pasado se entroncaba fuerte en la historia nacional. Discípulo de Heisenberg en Alemania, compinche de Kurt Tank, Ronald Richter mutó de ciudadano del Tercer Reich en poblador de Río Negro, y había emplazado un laboratorio secreto en la isla Huemul, un promontorio boscoso en medio del lago Nahuel Huapi. Su objetivo era explotar la energía de fusión de los átomos y la bomba de hidrógeno que los alemanes no llegaron a terminar, con la que los americanos terminaron la guerra. La decisión agradecía un *quantum leap* sináptico del general Perón, militar entrenado en la Italia de Mussolini y aliado histórico del Eje, interesado en ingresar en el mercado naciente de las potencias nucleares con control global.

Enriquecida magníficamente durante las guerras europeas, la capitania argentina dispuso un ejército de máquinas, materiales y personal especializado para la odisea de Richter, que llevó adelante sus estudios en el máximo secreto que correspondía a una tecnología suprema de guerra. Rodeó la isla de seguridad de su confianza y no permitía que nadie se acercara. Alarmados por los gastos y el excesivo celo, un físico argentino fue enviado por el ministerio; el informe de José Antonio Balseiro fue la sentencia de muerte del proyecto.

Balseiro dio fe de que no había rastros de fusión en frío; la estrella de Richter descendía junto a la del gobernante Juan Domingo Perón. Cuando cayó Perón, el nuevo gobierno militar proscribió al régimen previo: el

peronismo había sido una alucinación maligna, y Richter había alimentado sus alucinaciones con ayuda del erario público. Ante el caos sucesorio, los físicos argentinos comandados por Balseiro decidieron mantener la estructura humana y tecnológica en Bariloche. Desarrollar el Centro Atómico en la Patagonia implicaba una sana autonomía de las universidades nacionales, típicamente intervenidas por los vaivenes del poder local. Bariloche participaba como un capítulo periférico pero vital de la locura fundamental del siglo XX; que la fundación de la aldea tecnológica argentina tuviera a un nazi a la cabeza lo volvía mucho más real. Un nazi afincado en el nacimiento del centro que analizaba los contenidos genéticos de poblaciones de Latam del Proyecto no era ironía histórica: era una fatalidad perfecta, según Ema Cattelan, su nueva directora.

El grupo de Estromatoliton era una novedad dentro del Balseiro. Había sido aceptado como otra fase de la megalomanía de Max Lambard, que había captado la atención de la flamante capitana del Centro Atómico, Ema Cattelan. Alta, atractiva, mucho más joven que el Senatus al comando del Centro Atómico, la estrella de Ema Cattelan había ascendido de la mano de César Rábida, que creyó ver en ella una administradora competente, cuyas ambiciones —necesariamente limitadas por su joven familia— la volvían un *proxy* ideal para mantener intacto su propio poder. César requería más tiempo para sus *hobbies* patagónicos, sus cocciones de corderos de siete horas y la navegación a vela en las aguas heladas del Nahuel Huapi. Al cabo de tres décadas de obsesión profesional, quería ser, por primera vez en su vida, un científico burgués.

Pero no estaba dispuesto a sacrificar el estilo monárquico-granular con el que había conducido el Centro Atómico; y no dudaba de que Ema le dejaría el timón de las decisiones importantes. Había un pacto tácito con la cúpula áurea del Centro de mantener el poder *hasta el final*, un final que el ingreso acompasado en la “nueva adultez” no debía suavizar. Había visto al país deshacerse y levantarse varias veces; había acumulado el conocimiento de un par de revoluciones científicas, de la nuclear a la informática; para él, el rumbo científico del país nunca dejaba de ser asunto personal. Su pico de máximo poderío venía acompañado, sin embargo, con algunas sorpresas: la cúpula áurea había tomado rumbos inesperados.

Lejos habían quedado los días de L’Electrón Fou, el boliche dentro del Centro Atómico donde estudiantes y eminencias bailaban *twists* espásticos,

las noches más alocadas que Bariloche post Richter podía recordar, cuando aún corría el proyecto secreto de enriquecimiento de uranio iniciado a finales de los años setenta durante el Proceso de Reorganización Nacional. Ahora que promediaban los sesenta, César y los cofrades de la cúpula, Pacho y Raúl, con los que compartía la gesta íntima del Centro, habían cambiado de *hobbies*. Pacho y Raúl, por ejemplo, se habían hecho ferreros. Salían a hacer picadas en la avenida Bustillo o en la ruta del aeropuerto, que la intendencia no se había preocupado por iluminar. Toda su conducta había virado hacia una vida de quinceañeros de provincias. El sexo había sido reemplazado hacía tiempo por la comida: despachaban a las mujeres y se juntaban en sus mansiones, en festines de horas regadas de vinos densos, competencias de malbecs y cabernets de Cuyo y Cafayate. Rememoraban la épica de sus vidas, de estudiantes de Física a hombres de negocios señeros; fuera de su control, su vida (la fantasía de lo que era su vida) transcurría mejor en la nostalgia que en el presente; cuando quedaban semiinconscientes, un remisero amigo los distribuía en sus hogares.

Al poco tiempo de su nombramiento, Ema Cattelan se dedicó a reorganizar el Centro. Un verano tupido de vacaciones del directorio fue el escenario elegido para crear cargos eminentes para los *seniors* que “habían llegado al punto máximo de su inutilidad”, como comentó en un desayuno informal con Max. (Había aprendido esa frase de César). Con la ayuda de Sofía Ronell, previa secretaria de César, coordinaron los nombramientos con las fechas de regreso de vacaciones, para retardar la reacción. Era divertido verlas avanzar por los pasillos del Centro: Sofía era un ser perfumado, con tacones altos y medias de red desestabilizadoras en el contexto rural-científico del Centro, y Ema mucho más parca, poco afecta a las demostraciones, con sus anteojos ultralivianos de alta montaña que la hacían más misteriosa.

Con una elegancia escueta, que omitía las espectacularidades del estilo mandamás, Ema separó a los brontosaurios ingenieriles de todo ámbito de influencia real en los negocios de la compañía (de pronto el Centro era referido como “la compañía”). Ema creía que era importante diversificar el ámbito de investigación, impulsando la rápida creación de patentes para generar compañías de base tecnológica. Rápida y silenciosa, Ema multiplicó el presupuesto de investigación para realizar inversiones en compañías nacientes a lo largo del mapa tecnológico emergente del Cono Sur, generando alianzas con el Polo Tecnológico de Manaos y el de Iquitos, viabilizando

acuerdos que salteaban la burocracia previa del Centro a través del corredor de iniciativas bancarias del grupo BRIC. El Centro Atómico era ahora socio de las compañías que ayudaba a crear; el nuevo modelo enfurecía a los del directorio porque su desarrollo se había dado completamente a espaldas de ellos, pero más que nada por su sencillez y eficacia. Percibidas como seres ajenos a la máquina, las dos mujeres habían labrado una impronta reformadora; desde el punto de vista del César promovido a Senatus, claramente se trataba del trabajo de Yoko Ono minando el legado.

Piera tardó una semana en recorrer las intrincadas dependencias y los laboratorios. La llevaron a la Sala Limpia, ubicada en el subsuelo, donde estaba la mayor parte de material genético. Otro subsuelo, desconectado del sistema de escaleras y accesos por seguridad, era el hogar del corazón cuántico del Estromatoliton.

La primera vez que Piera vio a Cassio de pie, él salía del ascensor, con una mochila como una jiba bajo la nuca. Parecía un niño de seis años con un caso raro de acromegalia, flotando contra el viento en un camperón.

Caminaron lado a lado, las manos en los bolsillos. En los videos de *debrief*, Cassio había notado que Piera tenía algo de Blancanieves, amadora de enanos; de hecho, su enano interior determinó que tenía un aire ligero a Monica Lewinsky. Monica lo había consternado de pequeño; “Quiero dejar en claro que yo fui la primera de los dos en tener un orgasmo”, había declarado en el interrogatorio ante el fiscal Starr. Cassio apartó la imagen, no quería excitarse.

Piera se detuvo en uno de los ventanales a los laboratorios blancos. Su boca oscilaba entre la seriedad profesional y la sonrisa:

—Vos estabas en el comienzo, ¿no?

Piera mantuvo sus ojos de Monica sobre él. Que la mítica pasante hubiera guardado su vestido manchado con el semen de su amante, que hubiera guardado ADN manualmente, la hacía una visionaria de los tiempos por venir. Una parte de Cassio fue activada para hablar:

—Los fundamentos para construir Estromatoliton ya estaban en 2011. El tipo de poder computacional que necesitábamos ya estaba en la naturaleza, es la física. Lo que faltaba era poder canalizar la capacidad de cómputo de la naturaleza, y faltaban los datos. ¿Vos estás conectada?

Piera negó con la cabeza. Cassio había leído que la historia (el delito) había comenzado cuando ella se levantó la faldita para revelar una tanga subrepticia al despedirse en el Salón Oval; un gesto infantil, irresponsable, totalmente

siglo XX, cuando sólo las máquinas mentales regían la conducta. Cassio parpadeó varias veces antes de decidirse a continuar.

—Bueno, vos no emitís, pero cada persona conectada transmite la información de sí y al mismo tiempo se vuelve un informante de todos los demás, porque el lugar que ocupa en la red delata al resto. Cuando la información escasea, el nodo *informa* los vacíos de los demás. Toda la información de los sensores de todos los que están conectados pasa por el Ministerio de Traza, y gracias al acuerdo que hizo Max, llega a Estromatoliton, donde tenemos por primera vez la capacidad de procesarla.

A Piera la divertía el modo en que, enfrentados a la tarea de describir tecnología a los neófitos, los seres como Cassio asumían un didactismo totalmente falso. Ella misma no era ajena a esas prácticas. Días antes, mientras caminaban con el grupito de programadores en busca de un restaurante vegetariano en el centro de Bariloche, se había permitido mostrarles las BIONOSE bajo las cámaras de seguridad que habitaban la mayoría de los postes de luz y los semáforos en un halo de luz rosa. Estaba particularmente orgullosa de las BIONOSE, una parte importante de su formación; después de ser la empleada número 30 del equipo mundial BIONOSE, había trabajado en el capítulo local de la Comisión de Monitoreo de Armas Biológicas de la ONU. Las narices, instaladas en todas las ciudades del mundo, eran la primera etapa: olían el aire en búsqueda de pequeños fragmentos de ADN, que secuenciaban en tiempo real y enviaban a una base de datos centralizada, donde comparaban las muestras con agentes patógenos conocidos o simulaban sus interacciones con sistemas ideales. La capacidad creciente de secuenciar ADN había dejado al alcance de cualquiera la posibilidad (al menos teórica) de producir y distribuir virus letales; alerta ante la amenaza de tsunamis epidémicos, la OMS propulsó el desarrollo de un escudo: un sistema inmunológico artificial para la superficie de la Tierra. Por el momento, sólo estaban creando un mapa del mundo, pero en la siguiente etapa, junto a cada nariz habría un secuenciador de ADN, con la capacidad de inocular localmente un agente antagónico a cualquier amenaza, y contener el acceso de una epidemia. Cassio la había observado sin disimulo mientras hablaba junto a un poste de BIONOSE; las botitas de escalar, el pantalón térmico, la camperita con capucha North Face fluorescente, los mechones azules desteñidos en la frente. Tenía varias preguntas, pero no dijo nada. Se limitó a señalar con la cabeza en dirección a Covita, el restaurante

vegetariano sobre Bustillo; la dueña, hija descarriada de Balseiro, lo saludó con una ligera venia de cabeza.

Retomaron el paso, uno junto al otro. Dos hombres en batas blancas avanzan hacia ellos. Los saludan rígidos, un efecto colateral de Piera. Cassio se cerciora de que desaparezcan por el pasillo, y continúa:

—Con ese primer esqueleto de trayectoria podemos cruzar la “línea de vida” con los rastros dejados en cámaras en todos los comercios, lugares públicos, autopistas, que coinciden con el dibujo de ese espacio-tiempo alineándose en la trayectoria. Digamos que el trabajo computacional que se necesita para calcular una de estas trayectorias requiere tiempo y una capacidad de procesamiento inédita; con Estromatoliton, lo que hicimos fue desarrollar una capacidad de procesamiento que permite trazar las trayectorias de poblaciones enteras. Millones de personas. Se sabe que todos los consumos y las trayectorias vitales proyectaban la historia objetiva de cada persona, y sin embargo esa información no era legible por ninguna máquina. O sea, los algoritmos leían la vida pero nosotros no podíamos leerlos a ellos. La información estaba ahí, como con el genoma, pero faltaba afilar las herramientas para volverla legible. —Cassio apenas domina el entusiasmo.— Y ahora podemos. Es como haber creado un animal invisible y poderoso al que podemos entrenar.

El animal desatado del Estado, pensó ella.

—Y vos, ¿estás conectado?

—No. Me toca estar del otro lado. Como a vos.

Piera miró por el vidrio los *containers* immaculados que contenían los depósitos misteriosos. Volvió sobre él. Su cara era diferente, como si hubiera disminuido la luz en la habitación.

—Pero esto lo sabe todo el mundo. No es eso lo que me querés decir.

Cassio se sobresaltó quietamente. En realidad, la situación no lo incomodaba en sí, le gustaba tener los ojos de ella sobre él. Pensó en no pestañear; Piera empujaba las palabras suavemente:

—Creo que me trajiste acá para decirme otra cosa.

La frase lo desconcierta. Nada se mueve sobre la polera azul que sobresale de la bata; Piera espera a ver cómo reacciona, a ver si dice algo fuera de libreto. Había otros mirando, parasitando el blanco del pasillo; descubiertos, desaparecieron en el laberinto. Estaban solos. ¿Cómo podían algunos kilos de proteína, grasa, hueso y plumas ser tan seguros de sí, tan fuera de serie en

lugar de simplemente *ser*, como la mayoría de las cosas? Monica. Cassio se quedó mirándola con la mano en el vidrio.

—Cuando terminamos la computadora cuántica Q-co, y empezamos a procesar los datos que recibíamos, nada tenía sentido. No podíamos dibujar la constelación de los hechos sobre el fondo del ruido. Los datos se mezclaban, el universo de posibilidades era gigantesco, y podíamos por primera vez explorarlo en su completitud pero no encontramos una única historia que se dibujara como más probable que el resto.

Piera se tiró el pelo hacia atrás, atenta.

—Tardamos un tiempo en darnos cuenta de que no teníamos un criterio de condiciones de borde. Ahora sabemos qué tenemos que hacer para aprovechar la información y volverla, digamos, *informante*.

—Miró sus ojos de Monica; ahí estaba él también, acurrucado en el reflejo de sus gafas como un pez dorado en mameluco blanco.

—¿Puedo ver?

Cassio la guió hasta el final del pasillo. Abrió una puerta, se escuchó el chasquido particular del aire al escapar de un cuarto con presión de aire positiva. Un cuarto “limpio”, equipado con aire filtrado para mantener baja la contaminación y parámetros controlados de aire, temperatura y presión interior.

Piera se detuvo ante la cámara blanca. Al atravesar la puerta se encontró de pie frente a un repositorio en apariencia interminable de tejido vivo; podía ver los pequeños tubos de ensayo con válvulas automáticas, con sus temperaturas controladas, dentro de las larguísimas filas de heladeras de almacenamiento; pequeños platos de Petri codificados de acuerdo con los protocolos de ingeniería biológica que todos, como estudiantes, habían sido obligados a repetirse hasta el hartazgo. Luego de una primera mirada no podían quedarle dudas, las heladeras del subsuelo estaban repletas de trazos de ADN; por la codificación de las etiquetas, se trataba del ADN de seres humanos. A juzgarse por la disposición de los tubos, la ubicación de las heladeras y la profundidad de los pasillos, no podía ser menos que el material genético de un par de cientos de miles de personas.

Cassio la hizo salir al pasillo y cerró la puerta de la sala limpia. La miraba atento, esperando. Habló despacio:

—Para tratar de filtrar el ruido y buscar las condiciones de borde, comenzamos a alimentar a la máquina con secuencias de ADN tomadas de la

exhumación de algunos individuos, más o menos al azar. Con las trazas genéticas, todo empezó a cobrar sentido, realmente empezó a funcionar. Algunas porciones de la historia empezaron a quedar claras, definidas, y entendemos que es el camino para hacer funcionar a Estromatoliton. Pero no sabemos exactamente por qué funciona, ni si va a funcionar a escala. Max hizo un acuerdo con BIONOSE para empezar a chupar la información de las narices distribuidas por el país, de modo de volver el cúmulo de información la definición más densa posible de territorio habitado.

Piera se quedó pensando unos segundos. Empezó hablando en dirección a las manos de él, de a poco levantó la mirada:

—Es que están levantando, con cada muestra de ADN, el ADN de todos los organismos que componen esa historia. Ácaros que recorren la piel. Flora intestinal, flora bacteriana que habita la boca, fagos, hongos, bacterias llanas. Los genomas humanos representan sólo el diez por ciento de todas las células que ocupan el espacio corporal; el noventa por ciento restante está hecho de los genomas de hongos, bacterias, protozoos; como se dice, “yo” es más bien “ellos” en un porcentaje muy alto. Eso sin contar las características epigenéticas que influyen en la expresión de distintas proteínas. Una planta, por ejemplo, una flor, se desarrollará de distintos modos de acuerdo al medio ambiente y a la genética del suelo, esto incluye el sol, la lluvia, los minerales del suelo, pero también los hongos, microbios e insectos que viven junto a las raíces, y desarrollan relaciones con la planta. Con los hombres es lo mismo. Esto explica el tipo de resultados que están obteniendo; están haciendo muestras expandidas de lo que se supone que es una historia humana entendiéndola como una historia bacterial, a la que luego someten a un orden temporal...

Una voz interrumpe:

—Hey. Qué hacen.

Piera y Cassio tardaron en reaccionar. Leni Waskam se acercaba caminando por el pasillo.

—No tengo heladera en mi casa, guardo acá los tuppers con comida. ¿Quieren? Un poco de *couscous* con albondiguitas.

Cassio lo miró intensamente, deseando que Leni se infectase con cepas de viruela olvidadas, reactivas y letales; Leni sonreía y mascaba, afectando un aire de alienígena amigo.

—Yo no, gracias, tengo trabajo que terminar.

Piera se volvió a Cassio con los ojos levemente desorbitados.

—La seguimos en otro momento, ¿te parece?

—¿Te acompaño?

—No, gracias, sé llegar.

La vieron irse, su bata blanca disolviéndose en la blancura de los tubos de flúor bañando el pasillo. Cassio se mantuvo unos segundos congelado en su lugar; Leni comía muy lento, mascando bolos infinitesimales.

Unas dos horas más tarde, Cassio y Leni recomponían su amistad en casa de unas amigas de Leni, Noelia y Ailín. Son la resistencia, murmuró Leni cuando se las presentó.

—La gente de Bariloche está *dormida*. Completamente. ¿No se dan cuenta?

Mossad, el gato negro de la casa, levantó la vista inquisidor.

Había escuchado el mismo relato al mediodía. El día anterior habían descubierto el cuerpo comido por las ratas de un escalador que se había extraviado cuando bajaba por Laguna Negra; las ratas lo habían sorprendido solo. El rostro era reconocible, pero se habían hundido con una voracidad inusitada sobre el cuerpo, lo habían recorrido por adentro, generando hemorragias internas.

Este tipo de acontecimientos instigaba a Noelia, que volvía a sus obsesiones sobre la decadencia moral del planeta: la Tierra se había cansado de nosotros, y tenía estrategias. Las ratas eran una estrategia. ¿No veíamos que todas las desgracias, todas las crisis, tenían un mensaje?

—Chicos, no les puedo explicar. O los ven o no los ven. Ellos no se muestran a todo el mundo.

Noelia se acercó a ellos con tazas de té. Ailín era la amiga de Noelia; pelo oscuro, labios finitos y chalecos de lana multicolor. Las dos se pintaban la cara con rayas negras y blancas, se desfiguraban los rasgos para salir a la calle con el fin de evitar ser reconocidas por las cámaras ubicuas. Desde su tranquilidad bovina, Leni escuchaba intentando presentarse como el observador agudo, tímido y soñador que no era. Leni elevó su taza de té hacia Cassio, que replicó el brindis. Los invitaba a comer cosas sin gluten ni sal, reciclaba todo; el compost se olía desde el salón de estar. Ahora le contaba a Leni del ovni que había visto la noche anterior.

—La verdad que hay que tener la mente abierta, el corazón abierto. Porque ellos están cansados. Están cansados de nosotros —agregó, convidando una

pasta de garbanzos.

Mossad bamboleó su peso hacia Cassio, que lo acarició compasivo; Leni y Noelia intercambiaban miradas y mohínes. Ailín lo miraba y sonreía en un mohín de parpadeos. A sus anchas, como si al fin sus prístinas intenciones cuajaran respeto, Leni propuso hacer más chai, traer leña para prender la chimenea; estaba listo para asumir el rol de la hombría. La propuesta leñera provocó serpentinas de buen humor en Noelia, si bien el plan distaba de ser perfecto: la chimenea formaba parte del circuito *feng shui* de Mossad, los misteriosos mandalas de orín con los que el gato lidiaba con la alteridad. Sin detenerse, la conversación de Noelia diseñaba sus propios túneles. De pronto se zambullía en su pasado de titiritera en Buenos Aires, cuando estudiaba Letras; el temperamental Mossad ya la acompañaba desde esas épocas.

—¿Vos estabas en Buenos Aires en 2015?

—Sí, creo que sí.

—¿Y dónde vivías?

—En Caballito.

—¿Cerca de Puán?

—No, no tan cerca. Por donde pasa el ramal J.

Se le encendió la cara.

—Entonces los debiste ver.

—Ver qué.

—Nosotros lo hicimos.

Leni intervino.

—Noelia participó de las quemas de autos en 2015.

—...

—La Paternal, Caballito... ¿no leíste nada?

Noelia parecía desilusionada. Ailín mantenía su parecido a un conejo y miraba.

—No, no sabía nada —se excusó Cassio, recordando con cariño su motito—. Quizás no presté atención, por carecer de auto o de relaciones afectivas con un auto.

Entonces Noelia no pudo aguantarse, extendió los brazos y recitó:

*Atentado público, visible: la quema de autos es ofrenda al ecosistema. Quemás: pero ¿qué-das? ¿Qué das si quemás? ¡Quemás y querés más! Alienados Propietarios de Autos, pueblan la calle con su potencia armada. Sobrevida de la catástrofe; salvación vía blindaje, atropello y abandono.*

*Apostamos a la locura de los fuegos y las fuegas. El miedo es lo que no se quemaba. Somos nuestra rabia de universo encendido: ¡somos motor de plano astral!*

Mossad se acurrucó en Cassio y maulló con voz queda. Leni, en cambio, se sentía a sus anchas. Se repantigó en su sillón de caña; guiñó empático un ojo, pero ella estaba colocando polen en su té y no lo vio. Esperaba con paciencia que el monólogo sobre el fuego se disolviera en una pequeña elegía sobre el agua y el acuífero de los Lagos del Sur como lugar de salvación de la Tierra, a donde acudían; podía estar seguro de que esta fase sobre la humedad de las cosas recalaría pronto en algún lugar común anarcoecologista sobre el cuerpo dador de vida y de luz, la generación de vida, el logos natural, el ciclo reproductivo; quizás, entonces, las palabras fueran sustituidas por las metáforas que simbolizaban; Noelia se sacaría la ropa, Leni cerraría los ojos y la lamería ininterrumpidamente hasta insertarse.

—Prosa poética anarquista... —brindó Leni con su taza.

Cassio miró hacia abajo, donde los órganos cóncavos de Ailín acechaban, apenas silenciosos, en la espesura de su ropa. Estaba el murmullo, la presencia de un claqueo, el aire que atravesaba a Ailín como un espíritu a lo largo de su cuerpo. Los latidos, también los de Leni y Noelia, las cucharas temblorosas sobre la mesa, aleteando como mariposas. Así que estas eran las chicas que habían roto BIONOSE. El discurso no lo impresionaba, parecían luditas *hippies* en contra el progreso; no había nada muy específico en su odio. Quería preguntarle a Leni si ellas sabían lo que ellos hacían, hasta qué punto no los consideraban enemigos. Cuánto se había filtrado de las actividades del Centro al mundo exterior. Le parecía absurdo creer que escondiendo la cara serían invisibles al Estado; hay tantas otras maneras de poseer la información, ésa es prácticamente trivial. La única manera es ser otra especie, transformarse en otra cosa. Mossad entornó los ojos, sonaba Luis Alberto Spinetta de 1988:

*Ven a verme y al ver verás  
yo con mi cuerpo te cubriré  
no importa que abandones,  
lo que ya no resulta*

*todo dura un instante  
es mejor ser el viento  
todo dura un instante  
para toda la vida.*

Ailín se había reubicado junto a la computadora omnisciente; Cassio se excusó para ir al baño. De pronto Ailín, Noelia y Leni dejaron de existir, y Cassio de estar en el baño; al salir tomó su campera de corderito y acarició a Mossad, que maulló como un ronco ruiseñor.

Movió la mano leve en saludo liminar, y salió expelido al exterior. Afuera, los resplandores violetas descendían de lo alto del cielo cubriéndolo todo, deslizándose por la ladera de la montaña helada.

Atravesó la valla y empezó a caminar barranca abajo, en una extensión de árboles bajos y arbustos rastreros. La montaña se elevaba en riscos que se perdían en las nubes y las ramas raspaban sus tobillos, como sosteniéndolo en vilo. Sintió unos ruidos animales, como aullidos apagados; casi podía escucharlas, lanzando grititos con sus ojos muertos.

Un brillo verdoso parecía filtrarse desde los bajos de la mata a través de la maleza brumosa; más abajo, el lago rezumaba oculto entre las raíces retorcidas de los árboles. Escuchó una serie de chillidos, quizás murciélagos, opacos entre las frondas. Las ramas dibujaban meandros negros contra el cielo, como la vista invertida de corales adentrándose de noche en el fondo del mar. Se internaba en una zona densa en cañas colihue. Habían empezado a reproducirse, sin poder resistirse a la floración de la caña, hirsuta de la tierra en zarzas elevadas; cada veinticinco años, durante el fenómeno de la floración masiva de *Chusquea culeou*, roedores de toda especie se ven atraídos irresistiblemente a las cañas, cuyas flores tienen fuertes propiedades afrodisíacas para los råtidos; los primeros síntomas de la floración se dan como “ratadas”, como se conocieron las incipientes explosiones demográficas de estas alimañas. Debían de estar por todas partes, aunque no pudiera verlas.

Atravesó un pasadizo entre cañas colihues curvadas por el peso; sólo esperaba que las ratas no estuvieran en la parte superior de la caña. Había pasado los cuarenta, pero cuando volvía a la montaña seguía sintiéndose un *hobbit* de Tolkien que aguarda su misión. La vida en Bariloche era apacible, vivía concentrado en el centro y la vida del centro, los desafíos técnicos estaban a la orden del día y no podía quejarse de aburrimiento alguno, su corteza estaba adecuadamente estimulada por el trabajo en Estromatoliton; era un científico ejemplar. Escuchó un chillido cercano, luego otros sordos; después del pasadizo el campo se volvía a abrir. Las luces subían por la escalera de una pequeña cabaña de piedra elevada sobre un promontorio de

rocas y pilotos.

Subió por una escalera circular de piedra hasta una terraza con reposeras desvencijadas. Adentro de la casa había una columna de cerámicos de calefacción antigua, una cocinita y algunos muebles. Algo refulgía en la pileta de la cocina, habían dejado las luces bajas. Junto a la baranda vio una cara pintada con pares de triángulos asimétricos blancos y negros, una mezcla de cantante de Kiss, y unas estalagmitas cruzándole el rostro. Cassio frunció el ceño y se acercó. A través de las rayas vio aparecer los rasgos de Max, que le dio un abrazo. “Llegás justo a tiempo. Ya distribuimos los bit-codes.” “¿Y eso?”, dijo Cassio señalándole la cara. “Me la pintó Monica Lewinsky, ¿qué tul?” “¿Está acá?”, murmuró sorprendido Cassio. Pero Max no pareció escucharlo, ocupado en “prender” más bit-codes que traían Piter y los otros.

Fumaban un rato y las veían salir de sus escondites; el proceso tomaba una hora. Primero sólo ráfagas de ojos, luego los ojos iluminaban los contornos de las otras. Avanzaban en hordas desordenadas por el monte, atraídas irresistiblemente a los sebos; una vez que “picaban” los bit-codes, la solución ingresaba en su organismo. Al cabo de una hora las ratas perdían la orientación y se ponían de un verde azulado que restallaba en la noche. En la negrura de los pastos, parecían constelaciones de luces haciéndose y deshaciéndose en la noche bajo el meridiano del cielo. Los chillidos de las ratas se hacían roncós a medida que la sustancia se adentraba en sus conductos interiores, hasta que el oído humano entraba en sintonía y parecían grillos, perdían el roce demoníaco de los rítidos. Abajo se armaban bataholas de ratas excitadas y las panzas refulgían verdosas; en algunas, el fulgor verde se extendía por el espinazo hasta la cola. Después de la euforia inicial, las ratas entraban en un sopor; era cuando comenzaban a emerger los patrones. Del lado humano ponían música de los Psíquicos Litoraleños y fumaban hierbas de la cosecha de Max. Eran las diversiones durante la floración de la caña colihue. No había rastros de Piera.

Fumaban en silencio, recostados en las reposeras, mirando el cielo de estrellas inmóviles y el espectáculo de las trayectorias de las ratas en la negrura.

—Así que conociste a la resistencia —dijo Max, conteniendo el aire. Cassio vio de reojo el cigarrillo prendido a milímetros de su cara:

—¿Resistencia? —dijo, inhalando el humo.

—Me contó Leni. Él está en contacto.

—Fuimos a ver unas chicas... tenían un moco pintado en la cara como vos. No me vas a decir que a eso te referís...

—¡Mirá! ¡Orión! —lo interrumpió Max.

A lo lejos los puntos brillantes de las ratas parecen detenerse unos instantes en un dibujo inmóvil, y se disuelven en lo oscuro. Max exhala el humo, fascinado.

Desplegado en la reposera, Cassio se sentía impaciente. No le preocupaba demasiado la muerte en masa de los ráticos, después de todo era legal y considerado un servicio a la comunidad. Con el rostro desdibujado por la luz escasa y la pintura para evitar reconocimiento facial, era la actitud de Max hacia sectores del mundo que desconocía lo que lo dejaba intranquilo. Como si imaginara que tramaba algo, sólo porque necesariamente debía estar tramando algo, porque el disfrute de la apariencia de la paz en el seno del Estado no era lo suyo. En el contexto del Proyecto, tanto Estromatoliton como la plaga de ratas adquirirían una suerte de equilibrio emocional, una meseta de triunfo que no se condecía con lo que sabía o pensaba que sabía de Max. ¿Había cambiado para siempre? ¿Había dejado de ser un general del caos para volverse un soldado del capital, uno más? ¿Él también?

Estuvieron callados unos minutos; en el otro extremo de la terraza tomaban fotografías con un *startracker*, el instrumento orbital para seguir las estrellas en el espacio, dibujando los mapas del cielo que hacían las ratas antes de morir.

—Cada vez sabemos más de las cosas, las manipulamos mejor —dijo Max, como retomando una conversación que nunca terminaba—. Y cada vez nos son más extrañas. Se alejan —hizo un gesto vago hacia el valle atravesado por los haces verdes—. Llegás al punto máximo de tu ciudad neuronal, y no estás en ninguna parte. Dios no puede saber lo que hacemos, porque lo creamos nosotros. El código es humano puro, no participa de una realidad platónica de la matemática. Dios no sabe lo que hacemos —tiró una bellota lejos.

—Hay que verlas como las constelaciones oscuras, como llamaban los incas a su sistema de cielos, que definían en términos de los intervalos de oscuridad entre las estrellas, las formas interiores de unos perímetros brillantes. Lo que arma el espacio significativo no es el contorno, no son los puntos brillantes, no es la presencia de luz, la luz es el ruido en las constelaciones oscuras. Los que significan son los espacios negros entre los

puntos. Cada vez sabemos más, tenemos más información, pero desde el punto de vista de las constelaciones oscuras, desde el fondo perdemos de vista el contorno.

Cassio lo miró dar una bocanada lenta y profunda.

—Vivimos en una época tan poseída por los demonios que sólo podemos practicar la bondad y la justicia en la más profunda clandestinidad — murmuró Max—. Descendimos tanto a la oscuridad que ya no se separa de nosotros. No hay luces afuera del sistema. La clandestinidad es el único sistema.

Cassio maneja a toda velocidad por la avenida Pioneros. Su Clio modelo 2016 desciende y sube dibujando las curvas del terreno. Al costado del camino, la vegetación es densa en coníferas altivas y arbustos que extienden sus extremidades hacia él. Una sombra pasa a su lado. Baja la velocidad.

Dos siluetas se deslizan junto al auto, fantasmas flotando en la ruta negra. Parecen gesticular monstruosas a su lado, fuera de su cápsula, como si quisieran decirle algo. Cassio baja la velocidad. Las luces del auto iluminan dos *longboarders* bajando por la carretera, cruzándose a pocos metros, como bailarines en una pista de hielo negro.

Entonces la vio. Una enorme nube lenticular, recortándose límpida y rósea sobre el cielo. Como un cisne alargado de bordes blanquísimos como escamas suaves montándose unas sobre otras, alargándose sobre el pico del cerro López y elevándose de a poco al cielo. Durante su vida, sólo había visto un puñado de nubes lenticulares cuando pasaba la noche en la montaña, que sólo podían verse a más de 3500 metros de altura en esas zonas. La aparición era meteorológicamente imposible, del orden de la magia cósmica. Cassio parpadeó.

Quizás no estaba pensando bien. Quizás, había pasado su vida cerebral concentrando en una parte atractora de su atención pero que no define el paisaje. *Lo que importa es la cara interna de la nebulosa, las constelaciones oscuras. Nosotros definimos cuáles son las estrellas.*

La legibilidad del mundo, que había sido su ocupación, constaba de zonas lóbregas que la volvían asequible al mundo humano; ahora que la oscuridad era legible, se volvía lumínica. Pronto no habría donde esconderse, no existirían más cuevas ontológicas; sólo las trayectorias de los cielos mantendrían el contraste, el uno y el cero, la luz y la oscuridad. A todas horas, hay bots despertando por todas partes. Titilan, se desperezan y emprenden su forma de golem hacia la multitud de ellos mismos. Seguía la nube lenticular, como si fuera él mismo avanzando en las alturas, y lo que

desatara en el cielo se diseminaría al resto. Serían el ruido dentro del virus, la carne que lo volvería real y a la vez azar total; su mente había emitido las cifras. Los conductos, que solían conducir la sangre, ahora formaban parte de un sistema más complejo de concavidades. Sentía el vértigo del autodescubrimiento; otra combinación de palabras, y volvería a hundirse en la masa informe del resto de la realidad que no era él. Pero era real, demasiado real: él mismo sería un portal entre dos mundos. *¿Vas a arrodillarte ante la oscuridad, o vas a pelear?* En el cielo, la forma de las estrellas conocidas ululaba en abismos negros sobre él. El Clio avanzaba mimetizándose con la noche: Cassio no había prendido las luces.

Caminó por el pasillo vidriado del laboratorio vacío y prendió la luz. Debían de ser las 4 am. Una escalera caracol se enterraba varios pisos hacia abajo; era la parte más fría del edificio, donde mantenían el corazón de Q-co a temperatura bajísima, apenas algunos grados Kelvin sobre el cero absoluto. Junto a Q-co, estaba el laboratorio madre: el repositorio de tejido vivo, los trazos de ADN de miles de personas, la muestra inicial.

Siguió caminando, y al cruzar una puerta vio que el fondo del corredor estaba iluminado. No se suponía que hubiera alguien a esas horas. Avanzó por el pasillo despacio, atento a los cambios mínimos del resplandor.

—¿Monica?

Se dio cuenta de lo que había dicho. La había llamado como en sus sueños pero ahí estaba, compuesta de sí.

Piera lo miró con su media sonrisa; no se suponía que ninguno de los dos estuviera ahí. Cassio se paró junto al vidrio que contenía las máquinas, un haz de la máquina en lontananza le cruzó la cara.

—Necesito tu ayuda.

Durante el día, apenas cruzan algunas miradas furtivas. Después del almuerzo, Piera asiste al discurso de fin de año que da Ema Cattelan junto al manzano de Newton, un retoño del árbol original que se encuentra en los jardines de la biblioteca del Centro. El discurso es recibido con aplausos y algunas toses; es una jornada de polvo extenso, que se abraza sobre la tierra en una calima amarillenta. Piera se enfunda la cara en un pañuelo, espía el mundo por la rendija que dejó a sus ojos. Está ansiosa por la perspectiva de la noche. Cuando regresa al laboratorio, no ve a Cassio por ninguna parte.

Cassio se despertó sobresaltado. Había soñado con arañas que bajaban sobre él y caminaban lentas sobre sus labios.

La luz circular sobre su cara era potente, dolía. Cerró los ojos con fuerza, cuando intentó mover la mano se dio cuenta de que estaba cableado. La cabeza de Piera eclipsó la lámpara circular, sonriente entre los haces desorbitados. Le mostró la jeringa, semillena de su carga preciosa, el agujón entre sus manos. La cara de Cassio debió de estremecerse de un ligero terror, que la llevó a reírse y acariciarle la cabeza: Podemos abortar la misión cuando querramos, no lo olvides, le dijo.

Cassio negó con la cabeza y se relajó en la cama. Se acordaba de su conversación del día anterior. *O sea que, hipotéticamente, esta máquina es el lugar donde los virus informáticos y los virus biológicos viven en el mismo medio. Es un ecosistema de ellos.* Todavía está oscuro, pero tienen que dejar el laboratorio antes de que empiece a poblarse de colegas; no pueden encontrarlos en las inmediaciones del laboratorio subterráneo. Cassio propone ir a desayunar frente al Nahuel Huapi; satisfecho de sí mismo, de su poder de convicción, la ayuda a ponerse el abrigo.

Caminaron por la gran avenida junto al lago. Pasaron por la Catedral construida por el arquitecto Bustillo en los años 40, donde inmensos *vitreaux* muestran a indios asesinando a clérigos. De un lado hay una discoteca llamada Cerebro, azul y neón fucsia: del otro lado las montañas silenciosas navegan la quietud lacunar. Por la calle venía un grupo de adolescentes beodos de la noche anterior, apenas pueden caminar. Cassio la observaba de reojo.

—¿Estuviste en Chile?

—Fui cuando era chica, Valparaíso. No me acuerdo de nada.

—Puerto Montt está muy cerca de acá.

—Sabía, no fui. Me encantaría ir.

—Es del otro lado de la montaña.

—Sí...

—Tenés que ir. Es un festival del bivalvo.

—¿Ahá? —Piera lo miró, de pronto alerta.

—La fauna marina es increíble.

—Hay cholgas —concedió Piera.

Cassio la miró intensamente:

—Locos.

—Choros —replicó rápido Piera. Nadie podría ganarle en moluscos chilenos.

—Machas.

—Centollas...

—Mayo.

—Mayo no es un marisco.

—Pero la mayonesa es un elemento esencial de la nutrición chilota.

Caminaron callados. Remolinos de haces fulgurantes avanzaban como ejércitos divinos sobre ellos, envolviendo la atmósfera más austral de la Tierra en los tonos rosáceos que se dispersaron con la luz. Bajo la luz intensa, Cassio sonrió sin querer. Abrió los ojos, dejando que la lámpara le quemara un poco las pupilas. Vio a Piera casi sobre él, sus labios entreabiertos. Estaba concentrada en expeler el aire de la jeringa con cuidado; le pareció que tenía los labios más rojos, más Blancanieves, más Monica Lewinsky que nunca y a la vez totalmente ella, otra. Trató de hablar. Estaba por dejar su particularidad antropoide, mezclarse con el interior de la máquina en un nivel sideral; era su voz, después de todo, la que se quedaría con él, ahora que estaba al borde de descender más allá de las orillas donde pastaban sus hermanos hombres. Un escalofrío le recorrió sus pies en zapatillas. ¿Había empezado la fiebre? Sabía que levantaría fiebre en los próximos minutos.

—Tengo que habituarme a la sensación de fiebre, ¿no?

Ella bajó sobre él y cruzó sus labios con un dedo, abriendo grandes los ojos, casi al ras de los suyos. Sus labios cerca de la oreja:

—Todavía no te pinché.

En ese momento un haz de luz le atravesó el pecho. Cassio exhaló, el pinchazo se extendía a sus terminales, la droga empezaba su efecto. Tuvo una fase de balbuceos; luego entró en un sueño profundo.

La última semana había sido extenuante.

Unas hora antes habían terminado de preparar el virus en la secuenciadora

de ADN del Balseiro. Era el primer experimento con virus informáticos de Piera, y era el primer virus biológico de Cassio. Por primera vez, además de ser el demiurgo, sería el vector de contagio. A medida que él perdía la conciencia, Piera enumeraba estos debuts; debería conseguir un poco de jugo enlatado para brindar. Pensó que eran yonkis de una droga inexistente que acababan de inventar, no estaba mal.

Cassio seguía dormido; parte de su cara parecía inmersa en un estanque, círculos moviéndose fluidos dentro de los ojos. La aguja hacía su trabajo por sus vías acuáticas, navegándolo silente; por unos segundos, sintió que la piel de su cara cambiaba de color. Las venillas titilaban primero amarillas, luego verdes alrededor de las narinas rojas. No se veía, sólo tenía la sensación del color. Su boca resoplaba, respiraba profundamente. Todo el rostro parecía bajo un halo verde de ligero fulgor.

Parecía un niño gigante sobre la cama; o más bien, la coraza del niño encerraba a un hombre atractivo. Piera pensó en olerlo mientras dormía; la impresionó notar ese pensamiento, la categoría propia que adquiría respecto de otros. Se dijo que no podía evitarlo, el experimento la ponía nerviosa. Pero no quería desatar procesos que quizás no pudiera controlar. Le pareció irónico que, después de disparar un virus, contemplase con reflejos victorianos estos detalles de su vida cárnica. En los monitores, Cassio seguía estable. Era lindo, así, dormido, se podía confiar en él.

*Sabía que adonde me dirigía las hormigas eran más grandes que los mamíferos, que el nivel de desarrollo de algunas especies animales no podía compararse a otras zonas del mundo cohibidas por la presencia de los dioses y los hombres. Aquí la naturaleza se desplegaba brutal, sin dios ni religiones a los que repetir, se enfrentaba loca a su espejo... Las miré, tratando de mascar el desprecio, y pensé ¿qué clase de dios querría estar entre ellas?*

La noche siguiente a la velada en el palacio de Tartare d'Hunval se hunde en la oscuridad. La aparición de una criatura no del todo de este mundo coloniza sus escritos; “siento que al escribir, una dosis de bruma se apodera de mí”. Habla de una presencia extraña durante la velada; un hombre corpulento que siempre ve de espaldas, a quien no llega a verle la cara.

¿Quién podía haber robado el cofre? “Absolutamente todos y cualquiera, pero quién”, comenta fastidiado Tartare. Hicieron una lista de todos los presentes. ¿Guillaume de Barbosa, el primer descriptor de *Stanhopea numinosa* en territorio de Brasil? Sin duda estaba esa noche, no podían dudarlo, pero ninguno sabía cómo lucía exactamente. ¿Quizás Arielus y Karl Stu se habían hecho del cofre? (ninguno de los dos los había visto salir). ¿Podía haber sido el Emperador mismo? Todos conocían la afición del Emperador por los instrumentos mágicos, como la fotografía, con colecciones que rivalizaban con los grandes gabinetes europeos. Le pidieron a Zizinho que no tocara nada, que no limpiase: acumularon todo lo que encontraron en una biblioteca de madera con tapas de cristal.

Un pañuelo de seda finísima marcado con carmín, dos cabellos rojizos, una tarjeta de invitación donde se podía olfatear la presencia de una mano, retazos de tela, copas saboreadas por decenas de personas. Tartare y Niklas no disponían de la nomenclatura humana, pero al menos podían hacer lo que mejor sabían: recolectar muestras.

Estas colecciones reconstruyen la vida de su *milieu*; después de los registros de avistamientos, son el testimonio evidente de su interés por un

mundo de vida interior. Demudado de furia por la desaparición del cofre, Tartare las analiza con químicos de su cosecha. Además, ¿quién era la muchacha de piel blanca y los gusanos? Tartare también la había visto en su alucinación, la piel blanquísima y los gusanos dibujándole el brazo, entrando bajo el húmero por las venas. ¿Y quién era ese hombre de seis pies, a quien ninguno le vio la cara?

Salieron después del mediodía, después de la sesión del baño de caracoles de Tartare. Zizinho los recolectaba por la mañana y los colocaba pacientemente sobre el rostro tenso de su amo; a unos pasos, cómodo en un sillón de madera, Niklas comía una manzana y leía una revista del Instituto Geográfico de Rio. Los caracoles trataban de escapar del rostro, bajarse; algunos anidaban contentos junto a la nariz, dejando estelas circulares de sí. Con los ojos cerrados y un caracol cruzándole el párpado, la boca de Tartare no dejaba de moverse. Albergaba y desechaba teorías; podía asegurar que, entre los invitados, había gente que no era humana.

Remontaron el río. Era como volver a los inicios de la creación, cuando la vegetación estallaba sobre la tierra. Niklas vuelve a ver los contornos de su alucinación: los pastizales altos, el sabor a pantano en la boca. Los pastizales se deshacen a medida que se internan en riachos tornasolados, que los árboles cortan como castillos, bajando en ramas desde lo alto para volver a alzarse, líneas de materia vegetal líquida y dura uniendo la tierra con el cielo. Seguían avanzando, y los vapores nubosos envolvían el follaje, y sólo algunos árboles se perdían en lo alto como fantasmas, en pináculos de rocas que empezaban a descender, en dirección al cráter oculto por la ley del barro que reina en todas direcciones. Por donde miren, el manglar se despliega en un laberinto de manos hundidas en el barro, las manos olvidadas de seres enormes crispándose bajo el río. Niklas cierra los ojos para guardar las imágenes, mientras su mano se mueve sobre el cuaderno.

*Todo habla hasta que dejamos de mirar.*

Nota la presencia de delfines rosados nadando junto a ellos, y durante horas ningún otro rastro de vida animal visible, sólo las torres de árboles elevándose terribles sobre ellos, entre nubes de niebla y tiniebla. Y de pronto no vieron más. Lo último que vio Niklas fue a Tartare descendiendo despacio, los pantalones alzados hasta los muslos, el agua a la altura de la rodilla.

Cuando despertaron, no creían a sus ojos, ni a sus narices. Olor a rancio, a biblioteca encerrada en el medio de la selva. Entraron por un hall amplio que conducía al cráter, y siguieron por un pasillo iluminado que desembocaba en una especie de habitación cavada bajo la tierra.

Era un palacio espléndido, y a la vez, un horror de decadencia.

Se adentraron por uno de los patios interiores, de donde surgía sonido y resplandor. La poca luz que ilumina el patio circula despacio entre trozos de mica, espejos de roca en las paredes. La luz difusa de un cúmulo de insectos daba forma a un sistema de hamacas. *Este es el laboratorio.* Hay hombres que fuman y conversan entre ellos; no parecen prestar atención al sistema de hamacas apenas iluminado, donde varios cuerpos de mujeres yacen sin conciencia.

De un cuarto contiguo salen sonidos extraños, una bola aterciopelada de murmullos y algunas risas sonoras; se escucha un hilo de voz que implora (“Se lo ruego, ¡basta!”), y más risas.

*¿Quién era la eminencia rolliza?* Detrás de aquella estructura emergía una visión de pálida fofez enfundada en un frac. Era el gran hombre en persona, la pista del coleccionista misterioso que había visitado el majestuoso gabinete de Tartare. *Tenía seis pies y medio de estatura, según pude juzgar, un vaso de ponche en la mano, y la audiencia cautiva.*

Por momentos su voz desciende despacio y casi desaparece, como los ojos de un cocodrilo desaparecen bajo el pantano. Medio escondido en la tiniebla del salón, deja que su voz se deslice en cercanía húmeda entre las damas, cegando cortésmente lo demás. Dejaba a sus palabras girar divinamente por el aire hasta llenarse del lodo del ambiente; se preguntaba en voz alta si ha existido alguna vez un oficio más violento, o más sublime, que la captura y caza de orquídeas.

*Este tipo de personajes no falta en el nuevo asiento del Imperio, desde que el Emperador decidió incorporar zoólogos, astrónomos, ornitólogos y*

*naturalistas.*

El que hablaba era Arielus. Los saludó como si la noche continuara sin interrupción desde la velada en casa de Tartare. Actuaba con suma naturalidad; su voz denotaba cierto entusiasmo, aunque susurrara. Quizás no quería despertar a aquellas mujeres que parecían dormitar en las hamacas. Les comentó la investigación en la que trabajaba, hay partes de la selva donde las serpientes entran en cualquier lugar, responden a todo; “no te dejarán más muerto de lo que estás” era su lema. Arielus y Karl Stu trabajaban en un libro, según ellos, fundamental, que revolucionaría las próximas entradas de la historia natural: la biografía del *genus* orquidáceo *Mormodes*, en un momento especial de su mutación creativa. Según ellos, *Mormodes* ensayaba la bisagra entre insecto y planta; algunas generaciones como insecto, otras como planta; a veces se retrotraía a una vida anterior de hongo, saltando cientos de generaciones hacia atrás.

Tartare no salía de su incredulidad. Según sus informaciones, estaban menos interesados en documentar especies que en inventar otras, mezclándose frenéticamente, *se internan en el follaje procurando la creación de anos en nuevas partes del cuerpo. Toda especie crea un subterfugio para luchar contra la oscuridad.* Ambos, Arielus y Karl Stu, negaron toda relación con el cofre.

Nada los había preparado para esta aparición. Habían sentido hablar de tropas de ratas cazadoras, que esperan que baje la luz del mundo, y salen a cazar agazapadas entre agujeros y maleza. Tienen ojos enrojecidos, la piel de las manos rosada de apariencia prácticamente humana. A veces los grupos incluyen humanos que visten las pieles de los animales que cazan, que por artes que exceden el lenguaje parecen entenderse y organizar los ataques. Pero hasta entonces nunca habían visto una.

Como si le leyera el pensamiento, la eminencia giró sobre sí misma y comentó algo que Tartare transcribe de esta manera:

*Ahora pueden verme. Dejé atrás los arcoíris de veneno puro, el agua negra.*

Se sonrió. Su capa se levantó unos centímetros del piso.

*Hay tantas cosas que nos miran y no vemos.*

Niklas sintió que recordaba pensamientos que no había tenido nunca, y sin embargo formaban parte de él, como si se tratara de su brazo, que ahora sostenía una copa de una bebida espumosa, *salep*.

*Eso fue hace cientos de lunas. Hombres refinados como ustedes, sabrán de las ratas que tomaron a la especie por sorpresa, que dejaron de merodear los bajíos y ahora rugían su aria feroz en la sinfonía selvática.*

*Entonces Niklas, según su diario, empezó a dibujar y a describir todo lo que veía. Sólo que lo que veía no tenía formas espaciales, parecía del orden de pensamientos que recubrían las cosas, como si describiera el manto de terciopelo que sin embargo delinea cuidadosamente lo que cubre y protege. Hay especies que no devienen. Sólo acrecientan su poder. Funcionan a lo ancho, como manchas conquistando al milímetro la superficie —no es la verticalidad de lo profundo, la conquista aérea. De igual modo, él mismo se había aclimatado, había aprendido a ser uno más con sus hermanos.*

*Quien hablaba giró sobre sus talones; entonces vieron por primera vez su rostro sin poder dar crédito a sus ojos. Era una rata de unos seis pies, perfectamente adiestrada en el arte del habla humana, que ejercía con sorna:*

*Decididamente, lo hacía por mí y no por ellos... nunca hubiera descendido a encontrarme con sus inferioridades cara a cara. Yo era la ceca, la ceca única de una moneda dorada que no existía en este mundo, pero encandilaba. Así pasé mis primeras temporadas entre los hombres, arropado por su compañía azorada, temiendo de mí, pero mucho más temiendo ver esas potencialidades desarrolladas. Lo tenían todo para hacer de ellos una raza letal, excavadora de los suelos, al comando de las bellezas terribles del submundo, y sin embargo, los veía embotados en ser lo más parecidos a un primate transparente... sincero hacia sus propios instintos sin duda, pero febril sin conocer la fiebre. ¿Me comprenden? Yo creo que sí, puedo detectarlo en sus pequeñas certidumbres hacia mí, no haré pruebas, me contento con creerles. Toda mi vida entre los hombres he procurado un solaz a mi propia especie, al calor de la transformación para la que he venido y que repta presurosa por los dedos que buscan la oscuridad. ¿O no saben qué decían los extranjeros, qué debían ustedes decir también? En esta zona reina la oscuridad, por eso organizamos las estrellas como la parte lindante del mapa... el verdadero mapa es oscuro, y está lleno de agujeros mentales.*

*A veces los veo acercarse... puedo sentir esa sangre que toman por piedad, por conocimiento. La puedo oler cerca de mí, retumbando su tumulto de andrajos y comercio, la veo, adentrándose en mis tierras... hasta que la selva se los bebe en agujero negro. ¿Qué sabía de ellos?, preguntará usted. Sólo puedo decirle que donde yo avanzo, la luz de la luna no alumbrá. ¿Qué*

*veían con esos ojos elementales? No tenían frente a ellos sino el fango elemental y sin embargo procuraban lejanías... lejanías de todo lo que hace sentido en estas tierras. Al pasar por ellos, a veces pensaba en cómo los hongos se hacen a fuerza de deshacerse contra otra especie... toman lo que ven, y desaparecen. Algo refleja que de este lado de su mundo la atrocidad reptaba con alas de lagarto.*

Era innegable que sus modales eran extremadamente refinados, y, como Arieulus no dejaba de remarcar, su colección misma era incomparable, de una liga completamente distinta de las que había conocido en Europa.

*En eso le vi extender un brazo y distinguí con claridad las manos raquílicas, de un tono rosado enfermizo, y lo vi señalar hacia el cráter. Con sus dientes horrorosos de rata, sellaba el pacto de sumisión con la faz de la oscuridad bajo su comando. Entonces pensé que era sólo un instrumento, su vida de rata, para señalar como un emisario de la luz la muerte en acecho, el mal escondido, las tinieblas del corazón humano.*

La rata era descendiente de la dinastía de los Bragança y Pombal. Había llegado con los barcos a través del Atlántico, había hecho su camino a través de los ríos, escondida en hendiduras de oscuridad primero, y había logrado inmiscuirse en los altos círculos de sociedad a golpe de puro encanto. *No podemos mirarla directamente. Hay que inferir su forma como cuando se mira el cielo se ve en lo oscuro.* Las damas no habían visto nunca un ser así, y que mantuvieran el secreto hacía que fuera una novedad para cada uno. Eran las visiones de la rata Hoichi que las hacía olvidar por completo su apariencia.

*Todo puede convertirse en otra cosa. Es la enseñanza de la selva, mi amigo. Ya ves, nada me impide ser un humano y dejar de serlo a mi antojo. Su nombre es...*

—*Tartare d'Hunval, gracias. Este es Niklas Bruun.*

Los condujo a su pequeño jardín, donde cultivaba *Crissia pallida* dentro de los cuerpos adormecidos de algunas colaboradoras. Tartare no se atrevía a preguntar por el cofre, pero Niklas se adelantó, porque creyó detectar entre las damas a la muchacha que había visto en sueños en casa de Tartare. Cerró los ojos; casi podía sentirla junto a él.

—*Todo el sistema de cuevas y copas estaba diseñado para esconderse ante la luz, toda la selva es un sistema para esconderse de la luz, para ser el gusano que entierra la cabeza...* —explicaba la rata, expulsando de a poco el

aire de su cigarro que subía evaporándose por su hocico rosado. Era su visión de la humanidad, la historiografía de un grupo de gusanos a través de los paisajes; era el extranjero de la especie pero ya tenía a mano el argumento del desprecio. Así había logrado crear su aldea; ya crujía el motivo demoníaco que agrupaba a estos seres, empujados por su propia naturaleza al connubio con la oscuridad. Las aguas, al ensancharse, fluían a través de archipiélagos boscosos; había momentos en que el pasado volvía a aparecer, y Niklas volvía a ver a la joven dormida del palacio de Tartare, y se daba cuenta de que el pasado, o lo que él creyera que había sucedido, no existía más que como los recuerdos imposibles de una vida que no había tenido y a la que sólo había aspirado en sueños.

El diario de Niklas continúa: *He visto el demonio de la botánica, el demonio de la literatura más abstrusa y desencajada, de las bibliotecas ardientes, pero, ¡por Saturno y sus lunas! aquéllos eran unos demonios demasiado suaves y de pieles tanto más exquisitas, para los que ninguna historia natural me había preparado jamás... He visto tropas de ratas de ojos enrojecidos que cazan y conducen a los hombres, que visten las pieles de los animales que cazan, que por artes que exceden el lenguaje parecen entenderse y organizar los ataques... ratas que tomaron a la especie por sorpresa, que dejaron de merodear los bajíos y ahora rugían ignoradas y feroces, aria evolutiva en la sinfonía de los seres guerreros.*

Según él, estaba por venir la mayor movilización de personas desde la salida de los judíos de Egipto. Era el plan más extraordinario, digno de un jefe de Estado zoológico en estado aluvional: durante tres años consecutivos, el clero debía pregonar en todo el reino que era voluntad de Dios la emigración en masa hacia Brasil. Era importante respaldar la fe católica en esa región, hacer frente al enemigo protestante. Se transportaría en masa la nación portuguesa para Brasil, se entregaría el territorio de Portugal a España y se formaría en el continente europeo un imperio, constituyéndose otro de extraordinaria grandeza en el Nuevo Mundo, colocando todo debajo del cetro de la casa de Bragança. Así fundaría el más vasto imperio del mundo. Y levantaría la capital al margen del mayor río de la Tierra.

Los días del humano estaban contados: la idea de que la especie únicamente se relacionara consigo misma, a la larga, sólo podría deparar monstruosidades; era importante regenerar los conductos sexuales de modo tal que los deseos lúbricos encontraran un camino que protegiera y

enalteciera el proyecto humano deseado.

Pero mientras permanecía de pie en el borde de los precipicios que me habían preparado, esas mujeres-fauno con la cabeza vuelta hacia la tierra, colgando en hamacas que apenas movía la brisa, el jardín que habían preparado para la propagación de su especie insensata, presentí que a la luz deslumbrante de esa luna acorazada, atravesada de un haz lúbrico y maligno, en aquel lugar yo podría acostumbrarme a ser de los que respiran sin ver... yo podría unirme a su corro de corolas, la tropa inmóvil de las partes deliciosas, y con sólo ese pensamiento en mente me dejé caer en lo que algunos habrán percibido como un desmayo pero que en rigor fue una rendición de mis poderes... Una de ellas me miró sin decir una palabra y me guió hasta un pequeño invernadero de estilo europeo, hierro y cristal. Les dije mi nombre y miré a mi alrededor. Estaban los mapas de la región, con cada parte que había sido tomada por tribus diferentes, violentas entre sí. Y en el medio, lo único que todavía respetaban: la gran divisoria de aguas, el río, fascinante, mortífero, enroscado como una serpiente.

La rata había formado parte de los primeros escuadrones en la oscuridad de la selva; viajeros expertos, los portugueses habían establecido vínculos amorosos con los nativos y los esclavos, y aun cuando los torturaban, sus corazones cerraban los ojos, el pecho dolía entero, aunque pegara. Los unía el amor y la selva, la abundancia del paraíso. Podía ver en ella algunos rasgos veladamente humanos. Pero incluso enfocado en la tersura de sus manos, de dedos largos, sus modales refinados, el ligero ademán de la mano para agradecer al sirviente con gracia, persistía en esa rata algo femenino. Se decía que la rata estaba unida por sangre a varias de las Cuarenta Familias, las dinastías más augustas de Brasil. Con todo, la rata no había sido seducida por los brillos de Rio, y prefería recluirse en el interior de la selva.

—Era una imposibilidad lógica para Portugal someter a Brasil, y para Brasil seguir sometida bajo Portugal... —reflexionaba filosóficamente; del mismo modo, él se había aclimatado, había aprendido a ser uno más con sus hermanos.

No sabían bien qué era; le decían Japonés. La selva se cerraba sobre mí cada vez que intentaba enfocarme sobre él, guardarlo en contornos dentro del ojo interno de mi espíritu, entonces volvía a deambular por el río, como parte de un embrujo donde la materia más íntima de mi persona se confabulaba con ese ser. Pensar en esa unión me hizo sentir desplomarme. En eso lo vi

extender un brazo y distinguí con claridad las manos raquílicas, de un tono rosado enfermizo, y lo vi señalar hacia la selva, la ensenada, el barco, el río; con sus dientes horrorosos de rata, sellaba el pacto de sumisión con la faz de la oscuridad bajo su comando. Era sólo un instrumento, su vida de rata, para señalar como un emisario de la luz la muerte en acecho, el mal escondido, las tinieblas del corazón humano.

Supe en ese instante que iba a trabajar para él. No tenía ninguna chance de quedarse en ese país, y la rata auguraba la supervivencia.

El sol recorre los seres con fiereza implacable y ellos se esconden a su mirada terrible, porque lo saben matador de seres y hombres.

Era su visión de la humanidad, la historiografía de un grupo de gusanos a través de los paisajes; era el extranjero de la especie pero ya tenía a mano el argumento del desprecio. Así había logrado crear su aldea; pensé, ya crujía el motivo demoníaco que agrupaba a estos seres, empujados por su propia naturaleza al connubio con la oscuridad. Las aguas, al ensancharse, fluían a través de archipiélagos boscosos; había momentos en que el pasado volvía a aparecer, y Niklas volvía a ver sobre él a Lou, la joven dormida del palacio de Tartare, un rechinar de hojas era su vestido, y se daba cuenta de que el pasado, o lo que él creyera que había sucedido, no existía más que como los recuerdos imposibles de una vida que no había tenido y a la que sólo había aspirado en sueños. Si sólo pudiera volver a tener a *Crissia pallida*, podría recordarla y tenerla entera, suspirando bajo él... pero ni el blanco de su piel existía bajo sus dedos, porque la Luna misma se expandía suavemente vengativa sobre él, lo vigilaba... en ese momento supo que se entregaría, que jamás opondría resistencia.

Con frecuencia, lejos de allí, he pensado en aquellas dos mujeres, mis cancerberas en las puertas de la Oscuridad. *La coleccionista Venetia y la otra, Lou, que he visto desvanecerse en casa de Tartare d'Hunval*. Volvía a verlas, y mi cuerpo parecía precipitarse en una forma de electricidad... debo dejar de escribir, debo detenerme sobre ellas. Venetia y Lou me habían llevado ahí; en cuanto a la rata, según su relato, había llegado a Rio de Janeiro pocos años antes de que el Emperador cambiara su residencia de Lisboa al puerto americano; en poco tiempo, había construido un pequeño imperio. Atraído por las especies de la zona, se había establecido con la idea de dedicarse a su estudio; pero al poco tiempo, su casa fue arrasada por maleantes de la zona, que algunos sindicaban como las propias fuerzas del orden. Cuando llegó, no

había nada en su casa: ni los vestidos, los vidrios preciosos del laboratorio que deseaba montar, las lupas y los raros instrumentos de metales que jamás habían recalado en esta parte del mundo. La rata Hoichi tuvo que rearmarse, pero no sabía muy bien cómo: era un estudioso de la naturaleza, el trato con la gente —lo que pedía el comercio— no era su fuerte. Salió a caminar a la espera de una idea providencial. Quizás, Rio de Janeiro aborrecía su presencia, ¿pero cómo saberlo si apenas lo había olido? Hoichi se dejó caer por las calles que llevaban a la playa, siguió las estelas de los árboles que subían al morro. Se echó a descansar junto a un curso de agua; el hambre y la desesperación no tardarían en cercarlo, y ninguna idea se había posado sobre él.

Entonces las vio. Como Venus múltiples de los riachos, un grupo de nativas se peinaba en el curso de agua; su desvergüenza era tan alegre, tan completamente ida de toda disciplina, que no parecía que se tratara de mujeres, si no de especies vegetales propias de la zona. No fue difícil convencerlas de pasar varios días a la semana en los bajos de su mansión, atraídas por los preparados de *Crissia pallida*. Para el hombre que llegaba por primera vez, la escena era inédita. Apenas iluminadas, en unas hamacas, había mujeres completamente desnudas y abiertas como flores. La mayoría había perdido el conocimiento, y parecían sumergidas en un sopor gozoso, que duraba varios días. Los caballeros podían entrar y salir a su conveniencia; en la antesala, podían admirar las orquídeas *Zygopetalum*, *Noctilia pubescens*, *Bulbophyllum dentata*, *Brassavolas virginalis* y *Maxillarias draconii*. Técnicamente, ni siquiera era un burdel; Hoichi se refiere a un jardín, a un laboratorio. Dejaba que los jugos de los hombres se acumularan en el interior de una dama; entonces insertaba él mismo polinias y sustancias gelatinosas de las anatomías orquidáceas; los dejaba reposar el tiempo habitual de las fecundaciones; luego extraía la totalidad de los jugos munidos con el orgasmo líquido de las damas. Concretamente, el laboratorio era el cuerpo mismo de las damas; quería observar el comportamiento de los insectos involucrados; a su manera, la suya es también una investigación en torno al misterio de la mimesis.

Allí se conocieron. Venetia pasaba las tardes conversando sobre especies modificadas en lo de Hoichi, lugar favorito de confluencia entre los libertinos científicos; es evidente que allí conoce a Lou, que puede pasarse semanas enteras desnuda y técnicamente abierta en los términos de una flor. En cuanto

a Niklas, “por entonces, los contrastes leves del mundo humano, el maelstrom de los humores y las vanidades”, no lo contentan. Sólo tolera la compañía femenina; contrata sirvientas para estar siempre rodeado de sus aromas. Las sirvientas consienten sin problemas el requisito de no bañarse; por sus escritos, no es claro que entre en contacto con ellas. Va al jardín de Hoichi, a quien ha dejado de referir como la rata; lo visita obsesivamente. Mete la lengua en una *Bulbophyllum*, su lengua queda adormecida durante varias horas. Los laberintos submarinos de manglares, las formaciones coralinas que continúan el laberinto más allá del espejo de obsidiana del agua que divide las vidas humanas del otro mundo bajo del mar tenían todos su espejismo en el salón de su amigo. *Todas (las flores) se exhiben, emitiendo algo, un extra, un éter, el equivalente al éter de los siglos previos que no podían explicar el movimiento. Las orquídeas parecen la forma por excelencia, en tanto no tienen límites a su forma. ¿Cómo hacen las especies para distinguir los sonidos entre el ruido espectral de la jungla? También nosotros debemos dar un nombre al espacio donde se dan las emisiones. Aquí la fronda se espesa y todo puede ocurrir.*

El delicado balance que requiere en su mente se pierde: Niklas empieza a obsesionarse con la llegada nocturna de los seres híbridos. Deja de aparecer en cameos en los diarios de otros, ya no amontona diarios y si lo hace, los deja a salvo del ojo futuro. La idea de contemplar de cerca a los híbridos es tan fuerte, que el resto de sus investigaciones se ve totalmente absorbida por esta idea. Cree que toda su vida no ha hecho otra cosa que vadear los terrenos circundantes a la más exquisita y recóndita de las verdades naturales; antes de partir roza sus dedos con los de Hoichi, los de Venetia, los de Lou, que está perdida en los vapores de *Crissia pallida*.

Max apoyó su lápiz junto al cuaderno. Permaneció inmóvil unos segundos; estaba ante un momento importante en su investigación, de su vida. Había encontrado la formulación que buscaba; en otro sentido, esto significaba el comienzo de un entumecimiento inminente. Podía durar años, o meses; conocía bien cómo era el síndrome de abstinencia en el que entraba su cerebro cuando no se rodeaba de un ambiente exigente, mortífero. Podía medir cada paso, no sería inmediato; todavía podía sumar algunas funcionalidades, atender algunas complejidades, entretenerse enojando a grupos masivos de gente. Pero el trabajo en sí estaba hecho. En las primeras fases de la creación de la compañía había dormido poco, ahora tomaría pastillas para dormir. *La historia es la historia de la simbiosis.*

*La historia de los hombres es la historia de los organismos y las bacterias que los habitan. La fase humana de esa trayectoria, su mendacidad y su moral, son reducciones que pueden definirse en términos de su epigenética sin perder sus operaciones morales en la superficie histórica de los hechos.*

Max tenía algunos compradores alineados, lo suficiente para crear una *bidding war* a puertas cerradas; estaba esperando un mensaje de texto de Markus Lenz, que manejaba un *holding* chino de *big data* que mantenía buenas inversiones tecnológicas con Brasil; lo prefería sobre los demás. Cuando vio el mensaje, Max estaba por entrar al sauna. No había dicho nada a sus colaboradores; sólo Riccardo estaba al tanto de que Estromatoliton estaba en venta. Apagó el sauna y se relajó en el sillón, comió unas almendras: Estromatoliton, el cerebro máquina que imita la memoria natural en un solo lugar, el procesador de los rastros de los seres, el ojo-cerebro absoluto que había creado, dejaría de pertenecerle en cuarenta y ocho horas.

Cassio se mordía el labio, tenso de excitación. Sabía que era el equivalente al suicidio, que estaba destrozando algo hermoso, algo que habían creado juntos, y era el sabor de la traición lo que aceleraba sus sensaciones. Arrancó un papel y escribió:

*I have seen things you people wouldn't believe. Attack ships on fire off the shoulder of Orion. I watched c-beams glitter in the dark near the Tannhäuser Gate. All those moments will be lost in time, like tears in the rain. Time to die.*

Dejó el papelito en la computadora de Max Lambard; sabía que la cámara lo enmarcaba hacia el futuro. Jamás miraba a cámara; eso alertaba a los algoritmos entrenados para ubicar los ojos, su recorrido sobre la costra de las cosas, sus parámetros de retroalimentación.

Cassio alzó el rostro, sonrió sin mostrar los dientes.

Horas antes había mandado un mensaje encriptado a Phillipe, en Francia, a Jeipi, que seguramente lo recibiría en una locación indefinida en la montaña, que por la época debía ser el hemisferio opuesto, en Laax o Banff. A las 8 pm EST estaban esperando su señal. Gracias a la ayuda de Jeipi, Cassio podía acceder a un universo de varios cientos de miles de computadoras distribuidas alrededor del mundo y, desde ellas, lanzar un ataque que buscara otros cientos de miles de potenciales víctimas. En cada una de las computadoras accesibles, Cassio instaló un grupo de agentes autónomos, cuyo código permanecía encriptado. El proceso de instalación era escalonado, y llevó mucho menos tiempo del que Cassio suponía. Cada uno de los agentes llevaba en su código un disparador que lo hacía activarse ante la presencia de un estímulo; el conjunto de estímulos que esperaba cada agente era el resultado de un proceso de compilación no trivial, que sólo un puñado de académicos en el mundo que hubieran leído la tesis no publicada ni defendida de Cassio estarían en condiciones de comprender, y sin embargo, no podría decodificar. *Nadie podría suponer el origen biológico de la llave*

*que gobernaría el sistema.* En conjunto, los agentes funcionaban como una base de datos distribuida, donde las claves para acceder a la información recolectada hasta el momento por Estromatoliton permanecían latentes, al alcance de cualquiera, pero a la vez protegidas de un modo que impedía que fuesen borradas o modificadas. Dentro del código encriptado, un algoritmo buscaba conexiones con las librerías de control de todos los prototipos conocidos de computadoras cuánticas. Así, las constelaciones de información recolectadas por Estromatoliton quedaban distribuidas en un montón de agentes encriptados, la nueva vida del ejército oscuro de Cassio. Cuando encontraban una computadora, la programaban para buscar nuevas trazas y alimentar la base de datos distribuida; de este modo, lo que Cassio lograba era efectivamente repartir el poder de Estromatoliton en la textura misma de la red. Esto volvía a Estromatoliton y sus trayectorias humanas albergadas totalmente independientes de una locación particular, siempre y cuando los agentes se reprodujeran y hubiera poder de cómputo en la red — Estromatoliton subsistía, pero fuera del control de una entidad única, fuera de la mano última del Estado. Su comportamiento permanecía encriptado, de modo que nadie podía saber qué estaba haciendo exactamente ni dónde estaba cada una de sus partes; un manto de opacidad se tendía sobre las trayectorias rehenes.

Al mismo tiempo, incrustado en cada agente se encontraba el núcleo opaco del portal. Como un hermoso virus fractal, mientras algún agente siguiera funcionando, toda la infraestructura podía volver a reconstruirse, y el acceso a los resultados de Estromatoliton sería público. Nadie, sin eliminar todas las instancias de los agentes *exactamente al mismo tiempo*, podría controlar el ataque. El virus extendería sus extremidades a millones de bots, revelando el secreto de Estromatoliton. Era su último acto heroico como hacker; sería su última acción visible, antes de perderse en la selva anónima. Pensó en escribir, en llamar a Max, explicarle las razones de su traición. Max también podía estar presente en su mente y hablar: afirmar, por ejemplo, que la traición en tecnología es una contradicción *in adjecto*. La tecnología misma es la forma de la traición; la forma que traiciona su propia naturaleza para convertirse en otra cosa. Esta vez sería diferente; estaba en juego la desaparición.

Salió al alba, con su pequeña mochila. Se encaminó por las baldosas, sin rozar el pasto; atravesó el estacionamiento vacío, el guardia le hizo una venia

lejana. El aire congelaba fantasmas danzantes sobre su cara, pero no tenía frío. Al contrario, sentía una especie de hervor interior, producto de la excitación o la fiebre, que no disminuía.

Se dirigió directamente a la primera BIONOSE que encontró en el camino, sobre la avenida Bustillo, junto a la estación de servicio alpina. Se acercó a los pequeños orificios; desde afuera, para un civil, no parecían diferentes a una camarita de seguridad. Trepó hacia ella, aunque iba a llamar la atención, sabía que sus movimientos serían ininteligibles. Cuando estuvo bien cerca de los orificios, sopló un aliento embriagado de sí. Comenzaba la infección, la comunidad venidera.

El virus no fue descubierto hasta unos días después de la venta de la compañía. Para el momento en que se realizaron las transferencias, el virus había sido diseminado a los principales *botnets* del mundo, los distribuidores de contenido real. Al infectar una computadora, unas líneas alertaban que se trataba de un virus; a la vez, que aceptar su infección permitía acceder a la información del universo de Estromatoliton. Cassio no pasaría a la historia como un hacedor de ninguna clase; de hecho, no pasaría a la historia *de ninguna manera*. En los círculos de la elite supieron del último golpe de Angst; para ese entonces, el arte de desaparecer era lo único que le importaba.

En la forma en la que se jugaron los hechos posteriores, hubo rumores. El principal: que la maniobra de sabotaje de la compañía recientemente vendida había partido del ámbito más elevado de control; la autoría del boicot apuntaba a Max Lambard. Cuando fue interpelado, Max no ofreció resistencia a la prensa, colaborando activamente con el esclarecimiento de la situación —él seguía siendo accionista de la compañía de Estromatoliton, aunque claramente minoritario. Max mantuvo un discurso coherente y cooperativo con la investigación en curso; algunas semanas después, había disipado toda sombra de culpa. Explicó que el ataque de diseminación se había valido de llaves encriptadas hacía mucho tiempo, a las que él nunca hubiera podido tener acceso ya que él no las programó en primera instancia. Encontrar una llave de encriptación privada en el caos del mundo —“caos pretérito que es nuestro compromiso ordenar y volver útil para todos, al que nos seguiremos dedicando a través de tecnologías sucesivas”— era como hallar una aguja en miles de dimensiones de pajares diferentes, cada una con una versión posible —pero no real— de la buscada. “Por el momento, el poder computacional para contestar exitosamente ese tipo de pregunta no está disponible”, había sonreído Max, despojado de toda suficiencia. Al tiempo, los cargos fueron retirados. Era evidente que democratizar esa información

despojaba de valor a la compañía que acababa de vender, desplomando drásticamente el precio de sus acciones; pero también, que era imposible trazar hasta él los rastros de ninguna acción contraria a los intereses de la compañía (todas las acciones habían sido filmadas; la compañía lidiaría en forma interna con los culpables).

Ya en el sendero montañoso, Cassio le envió un texto a Piera. Quería regodearse en su sabotaje heroico, contarle de sus ideales épicos, a los que jamás había renunciado realmente; a ambos les cabía la autoría magna del desastre, que ya debía haberse hecho público en el círculo más cercano a Max Lambard. No podía decir todas esas cosas, no por texto: le envió por Darknet una foto de “Cuento del Mar”, un restaurante de mariscos en Puerto Montt, frente al Pacífico.

Cuando volvieran a verse —Cassio no quería descartar esa posibilidad—, pensaba proponerle trabajar juntos, montar un laboratorio.

Para cuando leyó en las noticias que Max Lambard había vendido la compañía, Cassio había cruzado a Chile por el paso Cardenal Samoré, camino a Puerto Montt.

En la aduana fue olfateado por la primera BIONOSE chilena. Cerró los ojos, concentrado en las sensaciones de estar fluyendo fuera de todo control, en una transmisión inimaginada por los poderes terrenos; pero no sintió nada. Respiró profundo, y cruzó la frontera.

La historia del boicot de la compañía, el asunto de la batalla sesgada de Cassio y Max, la traición y la épica de los egos se disolvería en pocas semanas como historia subterránea. La expansión del virus a través de la red de autómatas se intersecta, a partir de un *botnet* especializado, con una importante reserva de ADN de características ventajosas ubicada en Jinquan, en el desierto de Gobi. Habitual proveedora de análisis de ADN a hospitales y laboratorios del mundo, la reserva de Jinquan era líder del mercado de *outsourcing* de servicios de secuenciamiento de ADN. La base de datos era tan vasta que permitía correr todo tipo de preguntas y correlaciones sobre los avatares del humano en los últimos diez años, con índices interesantes de mutaciones, basados en los tests de laboratorio que se enviaban a China para su análisis. La industria del *outsourcing* rendía nuevos, inesperados frutos: había compuesto el volumen de datos genéticos de seres humanos con

nombres y apellidos más enorme, y lo había hecho delante de sus ojos, la competitividad de los precios había definido un factor que de tan valioso ni siquiera existía en el mercado como tal. Consultado sobre la base de datos y la estrategia de *outsourcing* para acrecentar su volumen, alguien responsable comentó que no había nada que temer, que “mejor era pensar en ellos como inofensivos trabajadores migrantes” haciendo tareas subvaloradas; el triunfo era tan completo que podía permitirse ironías.

En la máquina de los chinos, el virus de Cassio encontró el anfitrión perfecto. Había sido programado para buscar los nodos computacionales para poder fortalecerse: hubiera sido difícil, aunque no implausible, prever que en el despliegue de su naturaleza encontraría la mayor usina conocida de datos genéticos.

Esta última infección del virus completaba los protocolos para cruzar las informaciones genéticas con las trayectorias personales. Los dos mundos, el de la vida exterior a la piel y la vida secreta de los órganos internos, las dos multitudes, se encontraban; el monstruo había logrado su fase absoluta.

Nadie lo habría notado. La estrategia de la diseminación de las capacidades de Estromatoliton era tan perfecta que sólo atinaba a reducir momentáneamente el valor de la información que podía generar, relativizándola, comoditizándola, ya virada a variable económica. Comandados por algoritmos de compra y venta de acciones de alta frecuencia, los mercados tardaron unos pocos microsegundos en hacer el ajuste adecuado. La caída de la bolsa fue espeluznante, pero duró sólo una fracción de milisegundo. En esa fracción de tiempo, una suma considerable de dinero cambió de manos para que todo siguiera exactamente igual. Una guerra se había gestado al interior de la máquina; adentro, nada había cambiado.

Afuera, una tormenta de meteoritos rompía el cielo en haces azules.

Cubierta

Portada

Dedicatoria

Epígrafe

Niklas, 1882

Cassio, 1983

Piera, 2024

Créditos

Sobre la autora

Pola Oloixarac  
Las constelaciones oscuras. - 1a ed. - Buenos Aires :  
Literatura Random House, 2015  
(Literatura Random House)  
EBook.

ISBN 978-987-36-5080-2

1. Narrativa Argentina. I. Título  
CDD A863

Las primeras dos ilustraciones son de Diana Drake y Antonio Gagliano respectivamente.

Edición en formato digital: junio de 2015  
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial  
Humberto I 555, Buenos Aires.

© Pola Oloixarac  
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc.  
Agencia Litararia  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)

Diseño de cubierta: Carolina Marcucci

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-36-5080-2

Conversión a formato digital: Libresque

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

## POLA OLOIXARAC

Nació en Buenos Aires, en 1977. Estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y es la autora de la novela *Las teorías salvajes*, traducida a seis idiomas. En 2010 fue elegida entre los mejores narradores en español por la revista *Granta* y recibió la beca de Letras del Fondo Nacional de las Artes. Escribió el libreto de la ópera *Hércules en el Mato Grosso*, representada en el Centro de Experimentación del Teatro Colón en 2014 y en Nueva York en 2015. Ha recibido becas del International Writers Program en Iowa, Banff, Yaddo, Amsterdam Writer in Residence y Dora Maar, entre otras. Colabora con artículos para *The New York Times*, entre otros, y edita la revista bilingüe digital *Buenos Aires Review*.